

12 Octubre 78 24-85-600
BIBLIOTECA DEL MERCURIO

Librería de la Universidad
como lo
LA
409
LIBRERIA
DE
VIA SUAREZ
JACOMETREZO 72
MADRID
MUJER DE HIELO

POR

ADOLFO BELOT

5337
O. L. TORNERO

EDITOR

VALPARAISO — SANTIAGO DE CHILE

PARIS

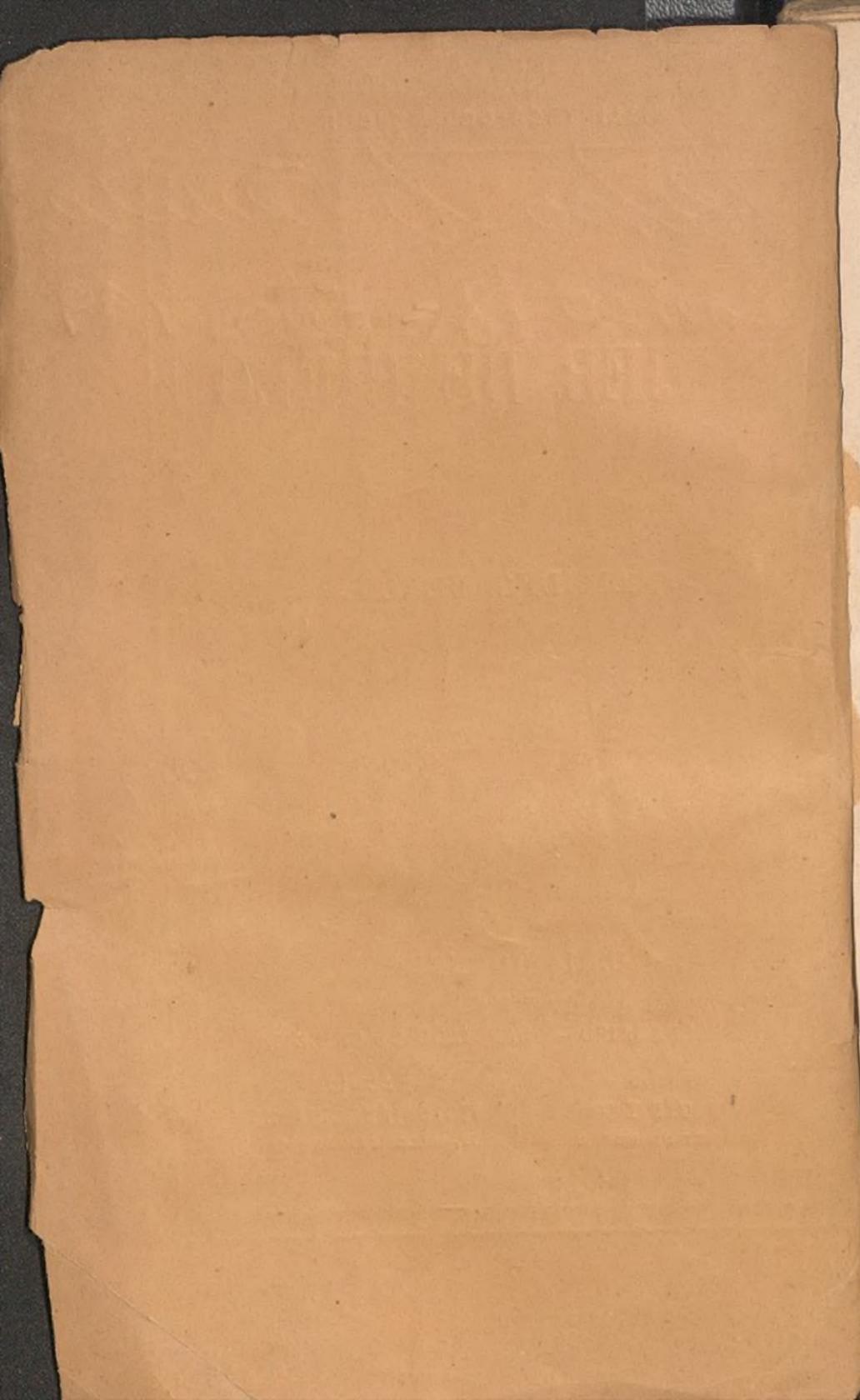
HATTU Y C^a

83, RUE DE RENNES

MADRID

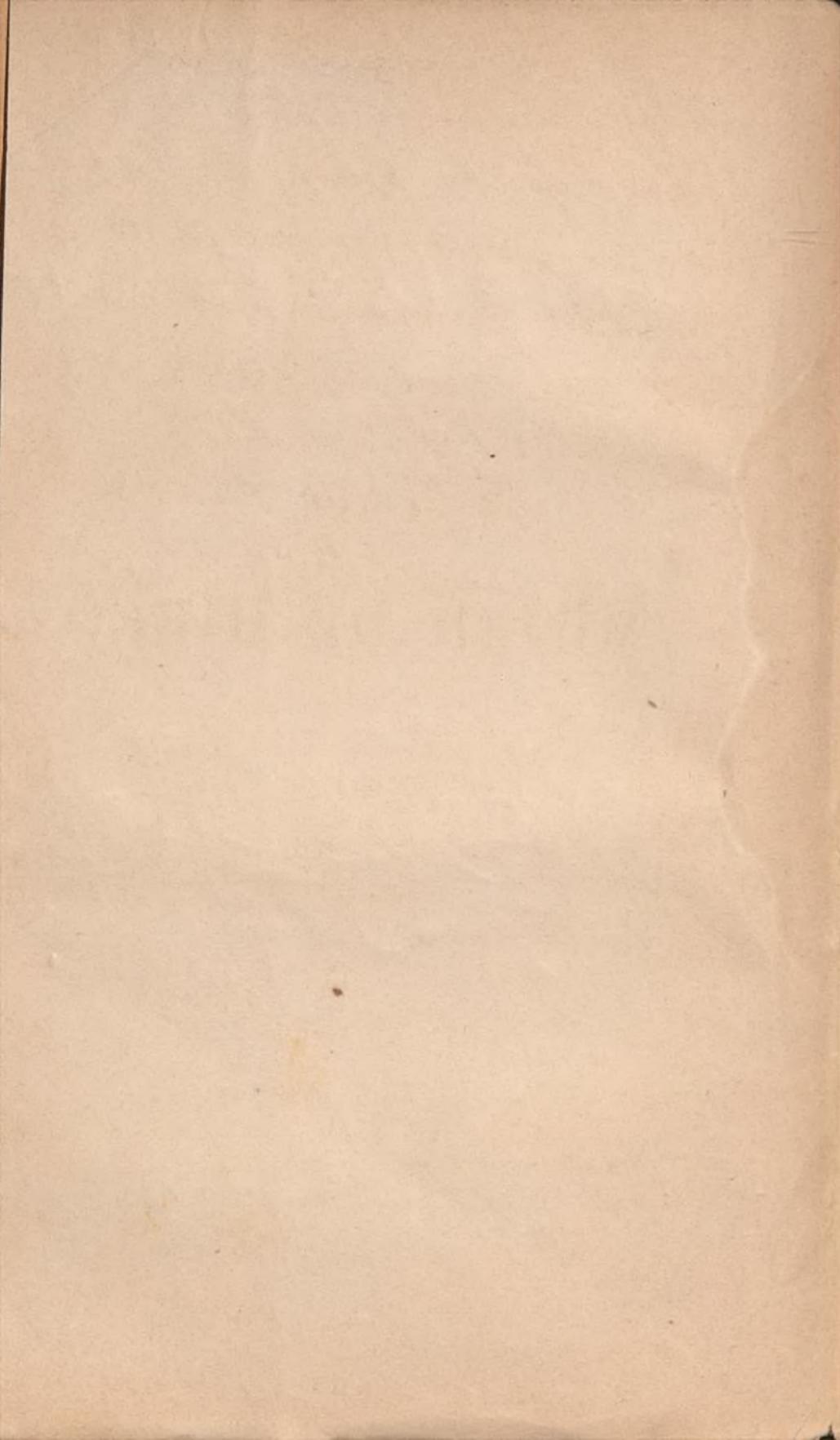
VICTORIANO SUAREZ

72, CALLE DE JACOMETREZO



247-4431

5337



Victoriano Guarey, ha entregado en
el Ministerio de Fomento para los
efectos que marca la Ley de 10 de Junio
de 1847. sobre propiedad literaria dos y.^{as}
presente obra como encargado de su venta
Madrid 12 Octbr. de 1873

Victoriano Guarey

LA
MUIER DE HIELO



Publicada por el mismo

HISTORIA DE UN CRIMEN

Por VICTOR HUGO

Con un extenso prólogo

Por EMILIO CASTELLAN

7 tomos. — LANCIO: 8 pesetas

Key. 609 Lib. 18

ES PROPIEDAD

Publicada por el mismo

HISTORIA DE UN CRIMEN

Por **VICTOR HUGO**

Con un extenso prólogo

Por **EMILIO CASTELAR**

2 tomos. — PRECIO: 6 pesetas.

BIBLIOTECA DEL MERCURIO

LA
MUJER DE HIELO

POR

ADOLFO BELOT



O. L. TORNERO

EDITOR

VALPARAISO — SANTIAGO DE CHILE

PARIS

HATTU Y CA

83, RUE DE RENNES

MADRID

VICTORIANO SUAREZ

72, CALLE DE JACOMETREZO

BIBLIOTECA DEL MERCURIO

LA

MULIER DE HIELO

FOR

ADOLFO BELLOT

O. L. TORNERO

EDITOR

VALPARAISO - SANTIAGO DE CHILE

MADRID

VICTORIANO SUAREZ

27. CALLE DE JACOBETHRO

PARIS

HATU Y C^a

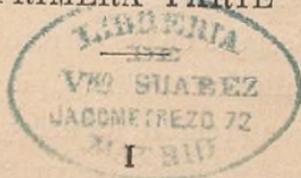
23. RUE DE BRUNES

LA MUJER DE HIELO.

Victoriano G. Lopez



PRIMERA PARTE



Enrique Vandelle, que á falta de otras ocupaciones, frecuentaba con bastante regularidad las carreras de caballos de las cercanías de Paris, sin ocurrírsele el comprometer su fortuna en una apuesta, cometi6 la imprudencia en Abril de 1875, de interesarse por cierta casaca amarilla coronada por una gorra negra, cuya victoria parecia asegurada. Uno de sus amigos, bien informado por Robert Aullon, se decidi6 por otro jockey relegado hasta ent6nces á la segunda fila, y se entabl6 entre estos dos señores una apuesta de las pri-

mitivas, sin que mediase en ella dinero; se trataba solamente de una comida de diez personas escogidas por el que ganase, en el dia y en el sitio que mas le conviniesen.

La casaca amarilla con gorra negra, fué pronto alcanzada, aventajada despues y en breve dejada muy atrás por el favorito de Robert, y Vandelle se vió condenado á pagar su deuda aquella misma tarde, despues de las carreras, en su habitacion de la calle Laffitte. Tuvo, pues, que resignarse, volver con premura á Paris y gracias al concurso del café Richer, improvisar una comida, que no tenia tiempo de hacer preparar en su casa.

A eso de las siete y media los convidados acudieron: primero el vencedor, despues un periodista muy conocido, enjerto en un hombre de mundo; A. M. uno de esos bolsistas que tienen un pié en el templo y el otro en los mejores salones, á los cuales la fortuna seducida por su modo de vivir, sus gustos artísticos, su espíritu parisien y quizás por su fidelidad á una dinastía caída, no cesa de sonreir; Raynal, un abogado en su aurora, emparentado con magistrados inamovibles, lo que hace temer que entre en la magistra-

tura y pierda sus ideas fantásticas. P... que no habiendo hecho jamás nada por sí mismo, vive á los piés de los grandes hombres, se calienta á sus rayos y se imagina que resplandece. Es amigo de todas las celebridades, satélite de todas las estrellas, admirador apasionado de todos los triunfadores. Si os encuentra en el salon de descanso de un teatro, os llama aparte para deciros: «Vengo de casa de Alejandro, me ha leído su última comedia, magnífica, muy fuerte! Victoriano me ha comunicado su elogio de Autran; ¡qué lenguaje amigo mio, qué lenguaje! Sarah me ha enseñado su Exposicion; mujer extraordinaria, !éxito inmenso! He encontrado á Emilio, Leon y Víctor y me han comunicado sus últimas impresiones políticas, muy graves, amigo mio, muy graves! la Europa tiene que andar con cuidado.»

Vandelle conocia á todos estos señores, les saludó y dió las gracias á su amigo el periodista por haberlos escogido. «Pero, añadió, no estamos todos: me habias anunciado diez convidados.— Hé aquí, los de última hora; llegan en masa, por timidez sin duda, contestó el periodista.»

En efecto, se oia en la antesala un murmullo

de voces, de carcajadas y de pasos ligeros, el roce de los vestidos en la alfombra, los rumores, ocasionados por las sedas y los encajes que anuncian una invasion femenil; y la puerta del salon se abrió para dar paso á cinco mujeres, en traje de baile y de aspecto seductor. Vandelle frunció el entrecejo; no esperaba aquella irupcion femenina en su domicilio privado: aunque era soltero, la sociedad que le imponian podia sin duda causarle disgustos. Pero, demasiado bien educado para manifestar su contrariedad, y demasido buen jugador para vacilar en el pago de sus deudas, se adelantó hácia las recién llegadas y les hizo con galantería los honores del salon.

¿A qué clase de la sociedad parisien pertenecian aquella señoras? Ni á la alta sociedad, ni á la clase media, ni á las artes, seguramente. — Formaban parte del mundo de la galantería? Quizás. Pero á cuál? Este mundo tiene, como los demás, la aristocracia y su plebe. En él saludais reinas, y os codeais con gentes sin importancia; como en la política, encontrais en él puras y muchas impuras. Se practica en sus rangos el grande y el pequeño comercio; la venta al por mayor discu-

tiendo el precio, á fin de mes; la venta al detalle al dia y á precio fijo. — Las convidadas de Vandelle se entregaban al gran comercio; eran grandes industriales con medalla. — ¿Formaban, pues, parte de aquella falange encopetada, tan á la moda bajo el imperio y que ha llenado el mundo con el ruido de sus aventuras? Estaban los huéspedes de Vandelle en presencia de Adela C., siempre seductora á pesar de las primaveras acumuladas sobre su cabeza adorable: de su amiga Fidelidad que despues de haberse enriquecido en el juego del amor, se arruina durante el verano en Luchon y durante el invierno en Monte Carlo en los juegos de azar; de Cora P., célebre por sus ventas que no son precisamente ventas de beneficencia; en fin de Carolina H., un sol poniente tan magnífico que parece la aurora de un hermoso dia. — No, las convidadas no tenian nada que ver con aquellas á las que un autor dramático irreverente ha llamado la vieja guardia. — ¿Debe considerárseles como formando parte de la jóven guardia? — Esta no existe: las viejas de la víspera no han adoptado pupilas, no han educado hijas dignas de sustituirlas: morirán como

han vivido, infecundas, sin prole. Todas las grandes cortesanas de los veinte años del imperio, las que han desaparecido como la Barucci, Ana Deslions y tantas otras, y las que sobreviven á su gloria no han formado escuela, no tienen imitadoras.

No queremos decir por esto que Paris se ha convertido en la Ciudad santa; pero ciertas costumbres se han modificado enteramente. Estas señoras no se muestran ya con tanto descaro, tienen ménos sitio en el teatro, en torno del lago, y en Longchamps; no se reúnen ya para formar una especie de sociedad con esta divisa: «Fuera de nosotras no hay salud.» Es decir, «con nosotras solas se hacen buenos negocios, se despluma en grande.» No se reciben ya entre sí, para comer cenar, bailar, tallar bancas de baccarat, observarse, denigrarse, desgarrarse, cambiar los amantes, pasárselos de mano en mano, y devorarlos á dos carrillos todas juntas, por asociacion sin que la víctima pueda salir jamás de su círculo vicioso.

No se las vé ya ostentarse en el bosque con carretelas de ocho resortes, tirar los platos por

las ventanas del Café Inglés, ocupar habitaciones de veinte mil francos y hacer gala cínicamente de un lujo mal adquirido. Viven aisladas ó de dos en dos y desdennan á sus correligionarias haciendo alarde de no conocer sus nombres. Afectan costumbres modestas, prefieren un cupon de renta á un raudal de diamantes, van con frecuencia á pié y visten trajes sencillos y de color neutro. Está principalmente de moda entre estas damas, el reemplazar las grandes y suntuosas habitaciones: por una simple habitacion de *soltero*. La mayor parte de ellas hacen tan poco ruido que apenas se las conoce. Si alguien pregunta: ¿Quiénes son las *cocottes* á la moda, dónde está la generacion nueva, quién ha reemplazado á las antiguas cortesanas? el concurrente más experto de los boulevares no puede contestarle y busca en vano un nombre conocido.

Sí, las grandes cortesanas mueren, y nosotros no sentimos que hayan tomado este partido violento. Ya pasó el tiempo en que estas señoras hubieran cantado con gusto: «Soy una *cocotte*, una gran *cocotte*.» Lo son aún, pero tratan de disimular su *cocotteria* bajo apariencias auste-

ras; el gallinero no tiene ya casa propia. Se avergüenzan de su pequeña industria, y la ocultan, tratando de darse un barníz artístico. Los teatros de operetas que tanto están de moda, les son de gran utilidad: con un hilo de voz se contratan en la Renaissance, con un falsete en las Folies-Dramatiques, se deslizan en un coro y salen del paso, creyéndose desde entónces y para toda la vida colegas de la Patti, de la Nilson ó de Krauss. Algunas llegan á escribir ó hacerse escribir un pequeño volúmen, que imprimen, como es natural, por su cuenta, lo envian á la prensa, y encuentran siempre para elogiar su estilo, un admirador de su belleza, y de mujeres de placer se convierten en literatas.

Esta aspiracion general, que hace honor á nuestra época, hácia una profesion reconocida, produce tambien otros resultados: el verdadero artista ántes desdeñado por estas damas, ó por lo ménos, relegado en segundo término, considerado como objeto de lujo y sacrificado siempre al financiero, sale de la penumbra para vivir en plena luz. Al hablar de él la doncella dice: «El señor ha venido,» y no piensan ya en ocultarle

en un armario, al primer campanillazo. Es verdad que el artista, el pintor, sobre todo, ha hecho tambien algunos progresos; ya no usa melena ni sombreros puntiagudos; ha reemplazado la pipa por el cigarrillo; hace economías, indica cuando conviene los buenos valores de la Bolsa, hace comprar un objeto de arte, sobre el cual especula, y cuando está en voga, gana cien ó doscientos mil francos al año. Merece, pues, estar al sol, puesto que, segun la espresion argótica, despreciada por los académicos, él mismo *brilla*.

Y como todo se encadena, la que se llama artista y vive con un artista, se cree obligada á guardar ciertas formas. Su vida es de las más arregladas, se levanta temprano, practica la hidroterapia, cultiva su salud, monta á caballo en una avenida discreta, está vestida ántes del mediodía, educa con frecuencia un hijo verdadero ó adoptivo, sale con una señora de compañía, se dedica al sentimentalismo por la noche, y es en todo concienzuda, porque ya parecieron los tiempos en que Gavarni decia de estas señoras: «El hombre que logre preocuparlas podrá vanagloriarse de ser un valiente conejo.»

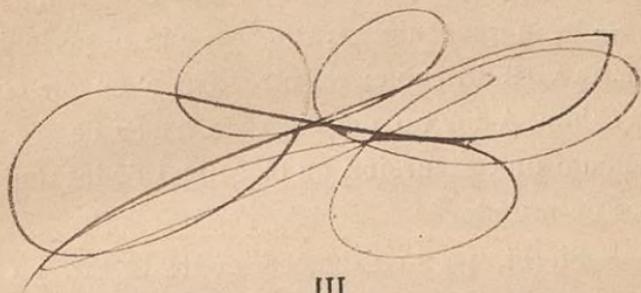
II

Las cinco mujeres reunidas en casa de Vaude-
lle, con motivo de la apuesta de las carreras,
pertenecian á la generacion moderna, á las nue-
vas capas. Eran tambien grandes dignatarias de
la legion galante, pero dignatarias ignoradas,
modestas, que no llevaban ostensiblemente las
insignias de su grado. Sólo una de ellas tenía su
personalidad y un nombre conocido. Era una ru-
bia de las más lindas, descendiente de la queri-
da de Felipe el Bueno, María de Cambrugge, en
cuyo honor, para eternizar el recuerdo de sus
magníficos cabellos rojos, fué instituida la orden
del Teison de Oro. V... llamada de sobrenom-

bre el *Pudor mismo*, á causa de su aire inocente (algunas malas lenguas dicen que no hay que fiarse de ella), es elegante y delgada, pero los hombros están perfectamente modelados, las líneas son finas, la pierna de raza, las caderas se dibujan armónicamente, y Francheschi, segun se dice, la ha tenido de modelo... parcialmente, para su *Isis*. El *Pudor mismo* es artista de instinto y de razon. Ha querido hacerse una posicion, y la ha conquistado, porque sabe querer; sobre su cuerpo frágil se levanta una pequeña cabeza de las más sólidas. Su imaginacion da algunas veces saltos desordenados; pero en la vida ordinaria, en la vida doméstica, es mujer de orden, y casi mujer de negocios. Posee actualmente una casa en el campo y otra en la ciudad, escribe á ciertas horas, pinta sobre la porcelana y dispara en su casa de campo en ciertas ocasiones, fuegos de artificio políticos. Lais y Phryné la aceptarían como hija suya; pero quizás ella no las querria por madres: sueña en parecerse á las cortesanas griegas solamente en sus fases plásticas y artísticas, y su sueño se realiza.

Sólo designaremos á sus compañeras con

nombres supuestos: Berta, á la que cualquiera creeria espiritual, si como algunos afirman, la belleza es el espíritu del cuerpo. Luisa, cabeza encantadora sobre un cuerpo flaco: por esto la han llamado, en memoria de la Guimard, el esqueleto de las gracias. Julieta, hábil desde hace mucho tiempo en mantenerse entre dos edades, lo que ha hecho que digan de ella, que «juega al treinta y cuarenta.» En fin, Blanca, una morena eléctrica, cuyo corazon parece un molino: «Bate y da vueltas.»



III

Se habian sentado á la mesa en un comedor del mejor gusto y del más puro estilo Luis XIII. Muchas bujías, colocadas en candelabros y lámparas de plata, artísticamente cinceladas, iluminaban á los convidados sin deslumbrarles. Los vinos de Vandelle, sacados de su *casa*, una de las mejores de París, se derramaban con profusion y empezaban á desatar las lenguas más discretas y á sobreescitar las imaginaciones más refractarias á la expansion.

— No, señores, decia Luisa, yo no comprendo que los hombres cometan la necedad de atacar á las mujeres honradas: si ellas les resisten pier-

den el tiempo; si sucumben dejan de ser mujeres honradas y han perdido el tiempo tambien.

— Dí lo que quieras, interrumpió el periodista, la virtud tiene cierto atractivo, y en ella está la calma. A mí no me disgusta hacer de vez en cuando una excursion en el campo de las mujeres de mundo.

— Sí, sí, ya lo sabemos, contestó V... y conocemos tambien el objeto de tus preferencias. És una mujer de mundo, sea, pero la lista de sus amantes llenaria dos tomos in folio.

X... se disponia á replicar, cuando Berta para cortar la discusion, levantó de pronto su copa diciendo:

— A la salud de nuestro anfitrión, á la buena comida que nos da, y á las que se propone darnos en el porvenir.

— Sobre todo á estas últimas, añadió Blanca.

— Dispensen Vds., señoras y caballeros, dijo Vandelle sonriendo, beban Vds. al pasado si el agradecimiento se los inspira así, pero no comprometan el porvenir.

— ¿No quieres, pues, convidarnos más? exclamó V... esto es hacernos sentir cruelmente que

hoy pagas una deuda de juego : si la fortuna te hubiese sido propicia, hoy no estaríamos aquí.

Como Vandelle no contestaba, todos insistieron para que explicase sus palabras. El joven vaciló un momento, pero como le apremiaban de todos lados, acabó por declarar que aquella comida era la última que deberían á su munificencia.

Apénas habia terminado esta declaracion, cuando de todos los extremos de la mesa, partieron ruidosas exclamaciones.

— ¡La última! ¿por qué? ¿cómo es esto?

— ¿Con qué derecho? No se pertenece, pertenece á sus amigos.

— ¿Se hace trapense?

— ¿Está arruinado?

— ¿Se convierte en hombre sério?

— ¿La fábrica de sus padres ha cesado de funcionar?

— No es nada de esto, exclamó Blanca, un horrible pensamiento acaba de cruzar por mi mente; Vandelle se casa.

— ¡Él! es imposible... no tiene el derecho de engañarnos.

— Les digo á Vds. que se casa: ¿qué podeis esperar de un hombre que oculta á su querida?

— Es verdad, jamás la hemos visto.

— Miren Vds..... se ruboriza, baja la cabeza, le dado en el blanco.

Blanca exajeraba: Vandelle que tenia ya treinta años, parisien de corazon, vividor distinguido, no era hombre para turbarse con tanta facilidad. Vacilaba solamente en comunicar una resolucion que quizás le asustaba á él mismo, y en vez de mirar á todas aquellas señoras con una audacia de que ellas jamás le habian hecho un cargo, entornaba los ojos y parecia reflexionar.

En fin tomó valerosamente su partido, y apoyando los codos en la mesa, y la cara en las manos, dijo:

Pues bien, sí, el hombre no es perfecto : me caso.

Luisa se levantó y adelantó su copa esclamando:

— Señoras y señores, están V invitados á los funerales y entierro de la jóca juventud del señor D. Enrique Vandelle que fallecerá próximamente en el domicilio del señor Alcalde, pro-

visto del sacramento del matrimonio... Bebed por ella.

— Bebamos por ella, repitieron en coro todos los convidados.

Cuando las copas estuvieron vacías, se cruzaron nuevas preguntas :

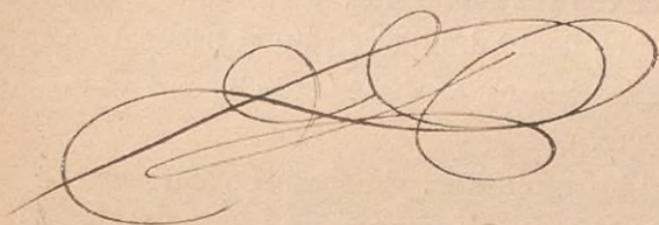
— ¿ Con quién te casas ? preguntó Berta.

— ¿ Es un matrimonio de dinero ?

— ¿ Es un matrimonio por amor ?

— ¿ Es la misteriosa dama de la cual acabamos de hablar ?

Vandelle decidió sin duda callarse, encendió un cigarro, se levantó y ordenó al criado que sirviese el café.



IV

La conversacion no era ya general. La unidad de los convidados se habia roto, rodaron los sillones y se formaron pequeños grupos en los extremos de la mesa ó en los ángulos del comedor. Julieta y Luisa se habian apoderado de Raynal y le decian con voz suplicante :

— ¿ Nos dará Vd. billetes para el tribunal de los assises, no es verdad? jamás hemos visto criminales.

— Ni los verán Vds. tampoco, señoritas, contestaba el abogado con voz grave.

— ¿ Por qué?

— Porque no existen.

Algunos concurrentes se aproximaron.

— ¡Cómo, no hay criminales! exclamaban.
¿Qué dice Vd.?

Los vinos y los licores de Vandelle habian conmovido á Raynal, las miradas de Julieta y de Luisa le embriagaban y sus propias palabras iban á dar cuenta de él.

— No, señores, decia, los criminales son una invencion de la justicia... Hay culpables porque los jueces tienen necesidad de vivir... Los jueces no han sido creados á causa de los criminales; son los criminales los que han sido instituidos para ocupar á los jueces.

— ¿Entónces los asesinos, los envenenadores, los falsarios? preguntaron A. M. y el periodista que acababa de acercarse.

— Meros accidentes, señores, circunstancias desgraciadas, extravíos, encuentros... la fatalidad... cuando más una cuestion de temperamento... hay personas que no son afortunadas... Esto es lo que nos esforzamos en probar á los jurados y si nos creyesen, si pudiéramos hacer penetrar en su ánimo la conviccion que nos anima, la sociedad conservaria todos sus miembros.

— Felizmente para la sociedad, los jueces se muestran sordos á vuestros nobles acentos, dijo el *Pudor mismo*, autoritaria acérrima.

Vandelle, que desde hacía algunos minutos se paseaba con agitacion, sin que nadie pensara en él, interrumpió al abogado.

— Esta disertacion, dijo, es muy interesante, pero tengo que hacer algunos preparativos, pues, me marcho mañana.

— ¡ Cómo ! ¿ te casas en provincias ? preguntó una voz.

— ¿ En tu fábrica, en medio de tus máquinas ? Vandelle no contestó.

— ¿ Acaso tiene Vd la pretension de despedirnos ? exclamó Berta.

— ¿ Antes del baccarat de rigor ? continuó Luisa.

— ¡ Sí, sí, exclamaron todas las mujeres, un baccarat !

— ¡ El baccarat de los funerales !

El amo de la casa comprendió que debia ceder, llamó, dió sus órdenes y en breve estuvo preparada una gran mesa de juego en el salon contiguo. Pero despues de haber accedido á los deseos de sus huéspedes, no se creyó obligado á acom-

pañarles en el juego; abandonó el salon, pasó á la alcoba, cambió de traje, dijo algunas palabras á su criado y salió. En pocos minutos llegó al boulevard de los Italianos, y rehusando los ofrecimientos de los cocheros, se dirigió con agitado paso á la calle de Séze. A la mitad de esta calle, se detuvo delante de una puerta espaciosa, subió precipitadamente dos pisos y llamó.

Una doncella fué á abrirle, y cuando sin dirigirle la palabra iba á penetrar en la casa, se detuvo al oír esta frase:

— ¿El señor sabe sin duda que la señora no está en casa?

— ¿La señora no está en casa? repitió Vandelle palideciendo. ¿Qué dices?... ¿Cuando ha salido?

— Hace media hora escasa, y me ha parecido que se dirigia á casa del señor.

— ¿Por qué no lo decias enseguida? exclamó Vandelle recobrando su color.

Y sin detenerse bajó la escalera y se dirigió á su casa, murmurando en el camino:

— ¡Ah! la amo más de lo que creia... y sin embargo...

Entónces se acordó de la sociedad un poco libre que habia dejado en su salon, y asustado al pensar el efecto que esto produciria, tomó un coche y se hizo conducir rápidamente á la calle Laffite.

Todos los huéspedes de Vandelle no se habían sentado en torno de la mesa de juego : A. M, Raynal el abogado, V... y Blanca hablaban en un ángulo del salón.

— Denuncio á Vds. á A. M, decia Blanca; conoce á la querida de Vandelle y se niega á decirnos lo que sabe sobre ella.

El bolsista intentó defenderse, pero dos lindos brazos le enlazaron al mismo tiempo que una boca diminuta murmuraba estas palabras á su oído :

Veamos, ¿qué temes? qué mal puedes causar á esta señora, si se casan con ella, si su si-

tuacion va á ser legitimada? Ya no hay misterio, desahógate, este secreto debe pesarte desde hace mucho tiempo.

— ¿Quieres que te ayude? dijo V... inclinándose hacia él. Tengo una pista y apuesto á que es la verdadera.

— Veamos la pista, exclamaron todos en coro.

— ¿Se acuerdan Vds. de aquella extranjera? una portuguesa, segun creo... Tenia una hija que se le parecia extraordinariamente... Todo el mundo las miraba... Se las encontraba en todas partes... en el bosque, en las carreras, en los teatros, en los baños de mar.

— Pálidas, morenas, ojos singulares, vestidos algo vistosos.

— Esto es... Todo les parecia bien para singularizarse. Una de ellas, la mas jóven, apostó un dia á que haria subir á su caballo hacia atras toda la avenida de los Campos Eliseos! Al llegar á la mitad de la avenida, el animal, que hasta entónces se habia doblegado á todos los caprichos de su dueña, se negó á avanzar, ó, mejor dicho, á retroceder. La amazona luchó primero con dulzura, pero en breve la cólera se apoderó

de ella, y cogiendo una pistola que llevaba siempre en el cinturon, hizo fuego sobre su caballo, le hirió y rodó con él por el polvo.

— Diablo! qué calaverada!

— Pobre caballo! murmuró Raynal, que tenia la embriaguez sentimental.

— La historia no me sorprende, dijo Blanca, yo la he visto hacer otras escentricidades en los baños de mar... Nadaba siempre hácia adelante sin ocuparse del regreso, y tenian que salvarla lo ménos una vez por semana.

— Nada la asustaba, continuó V... Un dia partió de Luchon en direccion al puerto de Venasque, ascension muy respetable, como saben Vds. Pero ella almorzó cerca de una nevera, segun la costumbre, se embriagó de champagne y del aire del campo, y cuando todos se disponian á regresar, declaró que queria subir hasta la cumbre del Maladetta, una montaña soberbia pero casi inaccesible. Se la hicieron muchas reflexiones, su madre la rogó que renunciase á su proyecto; fué imposible persuadirla y se puso en camino con los guias que habia seducido con sus dádivas. Al dia siguiente no se tenian noticias de su

paradero : inquietud extrema, desesperacion de la madre, exploraciones por todos lados. Al fin la encontraron, casi muerta de frio, delante de una nevera que no queria abandonar, obstinándose aun en subir hasta la cumbre.

— Tipo chocante! exclamó Raynal.

— Aguarden Vds., mis recuerdos se despiertan, continuó V..., la madre se llamaba la señora Sandraz, y la hija... Esther.

— Hace dos años que no se las ve en ninguna parte.

— La señora Sandraz ha muerto... y la señorita Esther debe haber regresado á Portugal, dijo A. M.

— Se equivoca Vd., interrumpió V..., la Esther en cuestion está en Paris... vive en el barrio de la Magdalena y es la querida de Vandelle.

— ¿Cómo lo sabes?

— Por ciertos indicios á cual más concluyente.

— Yo preferiria oir á A. M, dijo Raynal, puesto que segun parece ha conocido á la persona que nos ocupa.

— A. M. tiene la palabra.

- ¿Qué quieren Vds. que les diga?
— ¿Quién es esa señorita Esther?
— Ante todo una jóven honrada.
— Una jóven honrada que tiene un amante?
— Solo tiene uno y se casa con él.
— Buena suerte tiene.
— En qué, en tener un solo amante?
— No, en casarse con él.
— Y quién era esa señora Sandraz? preguntó Raynal.

— Una portuguesa, como decia V..., viuda de un francés establecido en Lisboa; se fijó en Francia despues de la muerte de su marido... era una mujer encantadora, un poco exaltada y que solo tenia una idea en la cabeza : casar á su hija... Por esto vino á Francia, contando con la belleza y la originalidad de Esther y con los parisiens que pasan por hombres de gusto... Solo tenia un pequeño capital, y jugando el todo por el todo, lo gastaba sin vacilar, para llamar la atencion y vestir elegantemente á Esther, esperando siempre encontrar un yerno príncipe ó millonario , que le reembolsase los gastos de exhibicion con usura... Murió pobre, dejando á su

hija en mitad de la calle, en donde la ha recogido Vandelle.

— Creo que otros muchos hubieran deseado poder hacer otro tanto, dijo el abogado.

— ¿Por qué no nos la ha presentado? dijo Blanca.

— No sé como contestar á esto sin ofender la modestia de Vds., contestó A. M, pero no pertenecen Vds. completamente á la misma clase.

— Toma! pues qué tiene ella más que nosotras?

— Más que Vds. nada seguramente, replicó el bolsista, pero tiene quizás ménos...

Afortunadamente para el amor propio de aquellas señoras, Raynal, siempre embriagado, se precipitó con la cabeza baja en la conversacion.

— Acaba de plantearse una cuestion de cantidad, exclamó, sin saber positivamente lo que decia. Esto no debe ofenderlas á Vds., señoras; quien puede lo mas, puede lo ménos... Es un axioma de derecho, *jus romanum*... Estoy dispuesto á sostener esta tésis en todas partes y la haré triunfar ante el jurado.

— ¿Está Vd. seguro de lo que dice? preguntó V...

— Ruego al ministerio público que no me interrumpa; la acusacion me contestará.

— Bravo! bravo!

— Necesita una toga.

— Un birrete.

— Un alzacuello.

Y acompañando con acciones las palabras, vistieron en un momento al orador con un chal negro, una toca de mujer y un alzacuello de papel.

— Y el vaso de agua tradicional, exclamó Blanca colocando una copa delante del orador.

— Confundes, objetó Raynal, el banco de los abogados con la tribuna legislativa... No importa, beberé.

— Está completamente embriagado, dijo Blanca al oído de V... No nota que su vaso de agua es una copa de kirsch.

Raynal, de pié delante de un sillón, con los brazos apoyados en el respaldo, continuaba su peroracion en los siguientes términos :

— De qué se trata? Del número de amantes que han podido tener estas señoritas... Pues bien! os proponéis hacer un crimen de sus

triunfos? ¿Pretendeis que se vuelva en contra suya el brillo de sus victorias? Al revés de los grandes capitanes cuyas proezas celebra la historia, la belleza perderia su prestigio en razon del número de sus conquistas?... Esto seria inicu, esto seria monstruoso, y si una opinion semejante prevaleciese ante el Jurado, declaro... declaro... declaro...

— Qué declaras?

El orador no pudo continuar : la emocion ó el kirsch le cortaron la palabra : estendió los brazos y cayó sobre la butaca que prudentemente habian colocado detras de él.

VI

Este discurso ruidoso y gesticulante impidió el oír un campanillazo que acababa de resonar en la puerta de entrada. Felizmente la cocina estaba silenciosa y el criado de Vandelle corrió á abrir.

Una jóven embozada en un ancho albornoz blanco penetró en la antesala, y sin preguntar nada se dirigió como si estuviese en su casa, á un pequeño gabinete contiguo á la alcoba. En el momento en que atravesaba la puerta, el criado, sorprendido al principio, se acercó á ella y le dijo :

— La señora va á encontrarse sola; el señor ha salido hace media hora.

— Cómo! está fuera! exclamó la jóven retrocediendo, todas las ventanas están iluminadas. Desde la calle parece que hay una iluminacion.

Al mismo tiempo llegó hasta ella un ruido confuso.

— Hay gente en el salon, lo oyes? añadió.

— En efecto, el señor ha recibido esta noche á algunos amigos; pero, continuó el criado con aire discreto, su sociedad no le gustaba sin duda, y ha salido una vez terminada la comida.

— Sin duda habrá ido á mi casa, dijo la jóven sonriendo, y como le dirán que estoy aquí, no tardará en volver. Le aguardaré.

Y al terminar estas palabras entró en el gabinete y se quitó el albornoz, miéntras el criado encendia las bugías.

Terminada esta tarea iba á retirarse, cuando la jóven le preguntó:

— ¿Es una comida de solteros, la que ha ofrecido esta noche Vandelle?

— Sí, señora..... de solteros..... balbuceó el criado.

— Solteros acompañados de sus... amas de llaves, porque oigo voces de mujeres.

El fiel José creyó poder cometer una indiscrecion para defender á su amo. Por otra parte, creia que no era nuevo para la jóven lo que iba á decir. Acaso no la interesaba directamente?

— La señora no debe escandalizarse, dijo con tono pretencioso, ha sido una comida de funerales.

— Una comida de funerales? No comprendo.

— Sí, señora, el señor se ha despedido esta noche de su vida de soltero : acaba de anunciar solemnemente, miéntras yo servia la mesa, su matrimonio á los convidados.

— Ah! exclamó la jóven vivamente.

Miéntras en voz baja murmuraba :

— Al fin!

José, ya en el camino de las confiancias se disponia á ser elocuente. Hubiera llegado sin duda, con este atrevimiento de los criados parisiens, iniciados en los secretos de sus amos, á felicitar á la jóven por su nueva posicion, y á pedir que le conservara en la casa, cuando ella le despidió con un gesto, despues de haberle ordenado que cerrase la puerta para que ningun indiscreto penetrase en el gabinete.

Con motivo de una representacion en los Italianos, en la cual Esther Sandraz, que acabamos de ver entrar en casa de Vandelle, llamó extraordinariamente la atencion, *el Señor de la orquesta* creyó oportuno hacer en *El Figaro* el retrato de la bella extranjera, é hizo, por decirlo así, un retrato descendente. Parte de la cabeza para llegar hasta los piés, y dice todo lo que ve, lamentando sin duda no poder decir más. *El Señor de la orquesta* no es ordinariamente tan minucioso. Esther Sandraz le habia pues subyugado: durante la representacion miró constantemente con los gemelos á la jóven, y probablemente se des

lizó en su paso á la salida del teatro. Hé aqui el retrato :

« Cabellos de un negro brillante, en los cuales parece que se ha perdido un rayo de sol poniente: frente pura y espaciosa; cejas pobladas y casi unidas; cútis mate con un matiz rosa-thé; ojos negros, rasgados, aterciopelados, de expresión extraña; rodeados de un círculo azulado; nariz regular, recta, con ventanas sonrosadas que parecen aspirar siempre algún aroma y se dilatan á la menor emoción; labios gruesos, vellosos, encarnados; el superior estrecho, para poner de manifiesto unos dientes soberbios; barba carnosa, corta y espaciosa como la frente; cuello algo fuerte, pero desgajado y gracioso; hombros anchos, llenos, perfectamente modelados; seno abultado, pero cuya rigidez no puede ponerse en duda; talle redondo, elegante y delgado; caderas desarrolladas, onduladas; piés de niña... ó de portuguesa. Mujer sorprendente, espléndida, que con seguridad producirá una gran sensación en Paris. »

En efecto, hizo una sensación profunda durante un año. No salía sin verse inmediatamente ro-

deada de una verdadera corte; tres parisiens y cinco extranjeros pidieron su mano, y ella les despidió, con gran disgusto de su madre, bajo pretexto de que no los amaba. Despues, un dia Mme. Sandraz murió, y Enrique Vandelle, que frecuentaba la casa desde hacia algun tiempo, y gozaba de la intimidad de aquellas señoras, se aprovechó de la desesperacion de Esther, del gran vacío que se habia hecho en su existencia y del aislamiento á que la condenaba su luto, para penetrar lentamente en aquel corazon invulnerable hasta entónces, enternecido ya por el dolor.

Aquella victoria tenia su razon de ser: nacido en los Altos-Pirineos, en el país de la vida áspera y dura, de las marchas penosas, de las asenciones peligrosas, y de las cazas con frecuencia mortales, Enrique Vandelle habia tenido una juventud activa, aventurera, durante la cual sus músculos se habian desarrollado, su sangre habia corrido más rapida y más ardiente y su cuerpo habia adquirido fuerzas para la edad madura. Cuando á los veintiun años tomó posesion de la fortuna de su madre, muerta en edad temprana,

y resolvió establecerse en Paris, se encontró en excelentes condiciones para afrontar las fatigas de la vida parisien, y las afrontó todas, sin excepcion, sin reserva y sin sucumbir en la lucha. A los treinta años, cuando encontró á Esther, gracias á su pasado vivificante y á la vida campestre de sus primeros años, no habia perdido ninguna de sus primeras cualidades; una existencia demasiado febril y el abuso de la sensualidad, sobreescitando su sistema nervioso le habian dado fuerzas ficticias que aumentaban las que ya tenia.

Pero este desarrollo, exclusivamente material, se habia producido á expensas de sus facultades morales; abusaba demasiado de la vida para mirar como vivia y descender hasta sí mismo; sus sentidos hablaban con demasiado imperio, y era demasiado esclavo de ellos para escuchar los latidos de su corazon y obedecerle. ¿De qué le habria servido en el mundo en que vivia, en medio de los placeres fáciles á que se habia abandonado sin reflexion desde su llegada á Paris, con todo el ardor de sus veinte años y la impetuosidad de su temperamento? En sus rudas

montañas, entreviendo apenas á su padre, al cual absorbían los trabajos de una fábrica importante, privado de las caricias de su madre, á la que apenas habia conocido, ¿ en dónde podia haber aprendido á amar ? ¿ Le habian hablado acaso de ternura, de sentimiento, de amor verdadero ? ¿ Le habian dicho que no debia confundirse la satisfaccion de los apetitos materiales con la felicidad ; que á más de las mujeres de placer que le habian ayudado á gastar su fortuna, habia otras al lado de las cuales podia vivir dichoso y gozar placeres inefables ? Él se complacia en su inconciencia, y continuaba dejándose arrastrar por el mismo torbellino ; orgulloso por sus triunfos de tocador, satisfecho de sus amores siempre renacientes, ignorando lo que es la mujer, y confundiéndola con las mujeres.

VIII

La señorita Sandraz despertó en su sér sensaciones y no sentimientos. Pero Esther pudo engañarse ; por más montañés que fuese, á pesar de su constitucion vigorosa, y de su tez rubicunda, Vandelle tenia cierta distincion natural, la gracia, la finura y algo de ese disimulo de los bearneses sus vecinos, una intuicion de las cosas del mundo y todas las elegancias, todas las estratagemas de la vida parisien. Comprendió que Esther debia ser de otra esencia que las amables criaturas junto á las cuales habia hasta entonces vivido; era además superior á ellas, tanto

por la belleza, como por la educacion, y merecia ser tratada con ciertos miramientos.

Supo, pues, disimular sus deseos, y fué apasionado, tierno, discreto, porque estaba convencido de que ella no habria comprendido ni alentado ninguna audacia. Gracias á esta habilidad, la jóven no desconfió de él ni de sí misma, y le dejó entrar en su vida lentamente. Desde aquel momento estaba perdida; miéntras que durante sus entrevistas, Vandelle lanzaba miradas profundas sobre Esther, admiraba su belleza á la vez original, fina y voluptuosa, saboreaba á distancia aquellos lábios gruesos y sensuales, y con la imaginacion intentaba adivinar aquellos misterios encantadores, haciendo caer los velos que los cubrian, y construyendo con el pensamiento una Vénus espléndida, conmovida y palpitante: miéntras que aprovechaba todas las ocasiones que la casualidad le ofrecia para acercarse á su ídolo, respirar el aroma de sus cabellos y aspirar su aliento, llegando de este modo á desearla ardientemente, Esther, por su parte, se enamoraba de él de otra manera. Demasiado pura para adivinarle, para tener la menor idea de sus aspira-

ciones, para distinguir el amor del deseo, se sentía conquistada por sus cuidados, sus atenciones, su discreta ternura y su constante respeto. Estaba fascinada por el encanto de aquel espíritu, muy fino, muy flexible, apto para todas las transformaciones, dispuesto á sostener todas las tésis, hasta las más morales, aguijoneado por el deseo de agradar y de triunfar. La jóven sólo le veía á él en aquel gran Paris, en la cual era extranjera, sin familia y sin amigos. Sólo con él podía hablar de la madre adorada que acababa de perder ; él sólo la comprendía ; él sólo lloraba con ella, y... un día, sin darse cuenta de ello, le amó, honradamente, castamente, con todo su corazón.

IX

¿Aquél amor debía necesariamente arrojarla en los brazos de Vandelle? No; la caída no es obligatoria por más que se esté en el borde del precipicio. La educación en primer término, un invencible respeto de sí misma, y algunas veces la religión, preserva absolutamente á ciertas mujeres de las faltas irremediabiles. Otras, sin principios fijos, tienen en sí mismas una fuerza natural de resistencia; se complacen en luchas heróicas, se agarran á su virtud, y gracias á sus esfuerzos desesperados no sucumben jamás. Por último, otras, de un temperamento frío, siempre guiadas por su razón, triun-

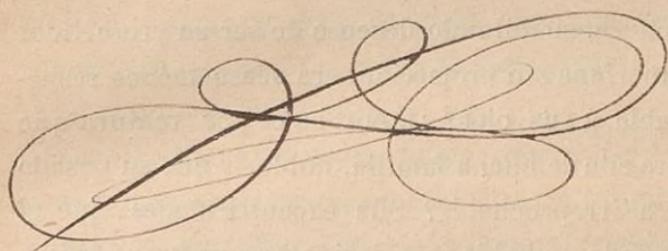
fan de todos los peligros. En las unas y en las otras, el alma y la inteligencia salvan el cuerpo.

Pero Esther no podía ser de estas mujeres privilegiadas ; bajo la tutela de una madre algo ligera y que la adoraba hasta la debilidad, su instrucción había sido más completa que su educación. La imaginación, naturalmente viva, se había exaltado al calor de la vida errante y fantástica, llena de sucesos inesperados, de agitaciones febriles, de sueños peligrosos, tormentosa en el presente, inquieta en el porvenir, rodeada de una atmósfera embriagadora. Además, Esther era portuguesa, y las mujeres de su país, cuyos antepasados colonizaron el Brasil, tienen sangre india en las venas, y su temperamento se resiente de su origen tropical, casi ecuatorial. Nos han contado ya las excentricidades de la señorita Sandraz ; sus locas carreras á caballo, sus largos baños de mar, y sus ascensiones peligrosas; todas estas excentricidades indicaban una gran necesidad de actividad física, una naturaleza fogosa y fuerzas latentes que debían ser combatidas. No conociendo las exigencias de la naturaleza, las sentía por instinto y triunfaba de ellas

por medio de fatigas excesivas. Pero estas victorias sobre la materia son pasajeras ; tarde ó temprano recobra sus derechos con más imperio que ántes, y Esther era ahora impotente para vencerla. Su amor por Vandelle la habia hecho indolente, la habia quitado su actividad primera, dándole el gusto del hogar, de las conversaciones íntimas, de las sensaciones peligrosas.

Mientras su corazón fué libre, sus sentidos durmieron, ó si hablaron, ella no comprendió su lenguaje, pero cuando amó, todos sus ardores se despertaron, y el amor la iluminó. Estaba desde entónces en poder de Vandelle, desarmada moral y físicamente, sin poder combatirle.

La lucha se estableció entre dos fuerzas, la de Vandelle simplemente material, la de Esther más ideal, pero que acababa de materializarse. Una corriente eléctrica se estableció entre ellas, y despues de un choque la chispa brilló.



X

Esther no habia puesto ninguna condicion, ni exigido ninguna promesa. ¿Podia acaso admitir su caida? Habian cruzado por sus rostros luces ardientes, se habian cambiado sonrisas apasionadas, dos miradas se habian confundido en una sola, dos manos se habian estrechado hasta lastimarse, los labios se habian confundido en un beso supremo. La victoria de Vandelle y la derrota de Esther, escritas en el porvenir, habian sido debidas á la casualidad.

Despues, qué podia pedirle á Vandelle? Que se casára con ella? Acaso podia dudar de sus proyectos? No eran libres los dos? No la habia rodea-

do hasta aquel día de ternuras y respetos? No se había presentado en su casa en tiempo de su madre, suspirando deseoso de ser su prometido? Huérfana sin protección, era acaso ménos respetable á sus ojos? ¿Ignoraba él por ventura que era ella de buena familia, noble, y que su pasado era irreprochable? Sus excentricidades que el mundo se había complacido en exagerar, debían ser un motivo de reproche para un parisien como Vandelle, acostumbrado á otras singularidades? Además, el tiempo de las locuras, había pasado para no volver más; la existencia de Esther era tan simple y tan silenciosa como ántes había sido ruidosa y agitada. Vivía como una reclusa en su casa de la calle de Seze en donde había muerto su madre; solo recibía á Enrique Vandelle, solo salía con él, siempre misteriosa, para que sus relaciones no fuesen conocidas.

Esta reclusion, esta existencia oculta, no podían durar siempre. Vandelle aguardaba indudablemente para casarse con ella, que la olvidase el mundo parisien: deseaba darle una existencia sino vulgar, por lo menos tranquila: quería principalmente que su padre, uno de los mas ri-

cos fabricantes del Mediodía, propietario en el Alto-Garona, cerca de Montréjeau, de canteras de mármol y de pizarra que esplotaba él mismo, no se opusiese á su matrimonio y se considerase feliz en tener á Esther por hija.

Pero M. Vandelle padre habia muerto desde hacia seis meses y su consentimiento era ya inutil; por otra parte Paris incensaba nuevos ídolos, sin pensar ya en la bella portuguesa, que en otro tiempo habia adorado. Todas las causas que retardaban la union de los dos amantes habian desaparecido y la señorita Sandraz, que por un sentimiento de delicadeza se habia propuesto no apresurar el enlace, esperaba sin embargo con cierta impaciencia que el único hombre que habia amado, el que ella habia escogido entre todos, le diese en el mundo la posicion á la cual ella podia aspirar, disipase las tinieblas que la rodeaban y la permitiera vivir, no como en otro tiempo en medio de la agitacion, y de la muchedumbre — en lo cual ya no pensaba — sino en medio del dia y en plena luz.

El momento deseado habia llegado al parecer. Enrique Vandelle, acababa de hacer un viaje al

Alto-Garona, que habia durado quince dias, y que indudablemente tenia por objeto el poner en órden sus asuntos y el preparar el matrimonio. A su regreso habia enviado á Esther magníficas alhajas que no podian ser mas que un regalo de boda, y en fin, aquella comida de despedida á la vida de soltero, aquella declaracion hecha en la mesa, indicaban claramente que se tocaba al fin de la union ilegal y que á los amores ardientes pero ocultos, iban á suceder nuevos amores tan apasionados como los primeros, pero más legítimos.

XI

Las dulces meditaciones á que se entregaba Esther Sandraz en el gabinete en que la hemos dejado, fueron pronto interrumpidas por un ruido de puertas y de voces.

Ella se levantó vivamente y descorrió el cerrojo del gabinete. Era inútil preguntar quien habia entrado; habia reconocido la voz del dueño de la casa. — Te pido perdon Esther por haberte hecho aguardar, dijo Vandelle desde el dintel, pero he ido á tu casa y esto me justifica....¿Cómo se te ha ocurrido el venir esta noche? Confieso que no esperaba....

—No lo dudo, interrumpió ella, sonriendo, y si yo hubiese supuesto que tenias gente en casa puedes creer... Pero me fastidiaba en mi casa,

temia no verte hoy, estaba triste y he venido..... Una vez aquí aunque tu nido estaba ocupado, no he querido marcharme porque ya sabes que no vuelvo jamás sobre mis pasos.

Hablando así se había quitado una gran mantilla española con la cual acostumbraba á cubrirse aun estando en su casa, y apareció soberbia, con los hombros desnudos en traje de bañe, adornada de joyas del mejor gusto.

— ¿A donde vas? ¿De donde vienes? preguntó Vandelle sorprendido al verla con aquel traje.

—De ninguna parte contestó ella, y no voy á ninguna parte.

— Entónces, es para mí.....

— Nó, caballero, dijo Esther mirándole con ternura, mientras sus labios sonreían, es por capricho. Te he dicho que me fastidiaba... Me he vestido para distraerme... me he adornado como una diosa con todos tus regalos. Esto era un modo de pensar en tí... Despues, viéndome tan magnífica no he querido que mis adornos se perdiesen y he venido para hacerte de ellos homenaje... ¿He hecho mal?

Vandelle la miraba encontrándola aquella no-

che más resplandeciente, más espléndida que nunca en su belleza, hizo ademán de abrazarla, pero ella le dijo :

— Ten cuidado, tus amigos están detrás de la puerta.

— Voy á despedirles contestó él vivamente.

— Mas tarde exclamó ella sonriendo ; siéntate y hablemos.

Enrique obedeció y se sentó á su lado en un confidente.

Esther permaneció algunos instantes silenciosa y enseguida acercándose á él le preguntó en voz baja:

— ¿Me amas todavía?

— Te amo, contestó Vandelle intentando abrazarla.

— Pero Esther le rechazó de nuevo.

— Entónces, si me amas, ¿porqué tienes secretos para mi?

— Secretos ? preguntó el jóven palideciendo.

— Esther no se apercibió de su agitacion, y continuó:

— Parece que se casa Vd., caballero, y que todo el mundo lo sabe excepto yo.

— ¡ Esther!

Ella apoyó muellemente su cabeza en el hombro de Vandelle, y murmuró estas palabras:

— ¿ Para qué época me reservas esta sorpresa?

— ¿ Quién te ha dicho?... exclamó él balbuceando.

— En aquel momento hubiera querido alejarse, no sentirla junto á él; pero ella le estrechaba las manos, se apoyaba contra su pecho, y le decia con voz pausada, con aquel acento lánguido de las mujeres de su país:

— ¿ Estoy mal informada?... ¿ Esta comida no es el banquete de despedida á estas locas noches, de las cuales jamás he estado celosa como tú sabes?... Para mí, amor es sinónimo de confianza. ¿ No lo he probado, Enrique, desde el día en que fiando en tu honor me entregué á tí enteramente, y renuncié á mi existencia mundana y demasiado bulliciosa, para consagrarte todos mis instantes y toda mi vida?

Lentamente él habia conseguido desasirse de sus brazos y huir de ella. Habia hecho primero un movimiento hácia atrás, y Esther, no tenien-

do punto de apoyo en sus hombros, se vió obligada á levantar la cabeza. Enseguida, para no sufrir más el roce de su amada, para no sentir sus embriagadores perfumes, para escapar á la fascinacion que en él producía aquella mirada magnética, para no ver aquella boca deliciosa, aquellos lábios húmedos, aquellos admirables hombros que se ostentaban en su desnudez, se había levantado, y acercándose á la chimenea, parecía absorbido por la ocupacion de liar un cigarrillo.

— ¿Qué tienes, pues? exclamó ella sorprendida. Pareces contrariado... ¡Ah! ya adivino; querías participarme tú mismo esta buena noticia. Pues bien, veamos, no sé nada... ¡Dímelo todo! Has allanado todas las dificultades que se oponían á nuestro matrimonio... Consiste en esto el secreto del viaje que acabas de hacer, de esta grande ausencia de quince dias, durante los cuales sólo me has escrito una sola vez, sin que esto sea un reproche caballero, ya sabes que no acostumbro á reprocharte nada.

Mientras hablaba así, había abandonado el confidente, y aproximándose á Enrique, estre-

chándole las manos, apoyando su pecho contra el del jóven y mirando fijamente sus ojos exclamó:

— ¿Cuándo nos casamos?

— Jamás, dijo Vandelle, sin intentar esta vez escapar á la influencia de aquella mirada.

— ¿Qué dices?

— Que te amo demasiado para casarme contigo, y al terminar esta frase intentó darle un beso. Pero ella le rechazó diciendo:

— Veamos, hablemos sériamente, te lo ruego.

— Hablo sériamente, continuó Vandelle con voz temblorosa, á pesar de que hacía todo lo posible para parecer sereno. ¿No sabes que el matrimonio es el fin del amor?..... No me he cansado de adorarte Esther mia, quiero amarte toda la vida.

La jóven se alejó exclamando:

— Vamos, me castigas por haber venido á tu casa cuando no me esperabas, por haber adivinado tus proyectos que tú mismo querias darme á conocer; he faltado..... Adios, te dejo con tus amigos, y esperaré la hora de tus confidencias

Apénas terminadas estas palabras, cogió el

albornoz, é iba á embozarse con él para salir, cuando de repente Vandelle la detuvo, cogiéndole el brazo, y dijo con voz breve :

— Quédate, puesto que estás aquí; y en seguida añadió. Lo mismo da hoy que mañana.

— ¿De qué manera has dicho esto? exclamó la jóven asustada. ¿Qué tienes? Habla... ¡habla pronto!

— Hablaré, si me prometes escucharme con calma, hasta el fin.

— ¿Con calma?... ¡Sea! Aguardo.

La jóven se habia desasido de los brazos de Vandelle, y sentándose en el confidente, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza en las manos le miraba fijamente.

XII

Enrique Vandelle se habia acercado de nuevo á la chimenea, y despues de encender un cigarro para demostrar su aplomo, dijo:

— ¿Acaso tomas el matrimonio en sério, mi querida Esther? ¿Acaso te preocupan la opinion, las preocupaciones y las necias convenciones sociales?

Esther no contestaba, contentándose con fijar en él sus ojos asombrados.

— ¿No me has dicho cien veces, continuó él cada vez más confundido por aquel silencio, que sólo hay una cosa verdadera en la vida y es el amor?

— ¡Y despues! dijo ella con voz breve

— Hay otra de la cual no me preocupaba, porque la creia asegurada: la fortuna.

— La fortuna... es verdad, no pensaba en esto... ¿Y bien?

— ¡Y bien!... mi padre al morir ha dejado sus negocios en un desórden inescrutable... Si se hace la liquidacion, si la fábrica se vende, estoy arruinado.

— ¿Y entónces?

— Entónces, me han ofrecido un medio de salvarlo todó. El mas fuerte accionista, el principal acreedor de la fábrica es una jóven, cuyo padre ha muerto algunos meses ántes que el mio... Su tutor es un amigo de mi familia...

— ¿Y te ha ofrecido su mano? dijo ella con calma.

— Sí.

— ¿Y qué has contestado?

— He consentido.

De un salto Esther se levantó y acercándose á él exclamó fuera de sí:

— ¡Esto no es verdad! Mientes.... ¿ Acaso esto es posible? ¿ Acaso no me pertenesces como yo

te pertenezco? ¿ Hay alguien que pueda romper nuestra union?... ¡ Ah! Has querido probarme.... has querido saber si yo era capaz de dudar de tí... No, no dudo Enrique, creo en tu amor como tu crees en el mio. ¿Tú casarte con otra mujer? ¡ Ah! seria necesario primero romper los lazos que nos unen, borrar de nuestros corazones los recuerdos que confunden en una nuestras dos existencias! ¿Casarte con otra, tú? ¡Querrias pues, matarme, querrias morir!... ¡ Si morir! ¿ crees poder vivir sin mí? Lo intentaste una vez al principio de nuestras relaciones.... Temias amarme demasiado, segun decias, y te alejaste... ¡ Ah! pronto volviste arrepentido y destrozado por el dolor... Y yo podria vivir sin tí... Mira, esta idea me dá frio... Dime, dime enseguida que nada puede separarnos, dime que me amas!

— ¡ Oh! sí, te adoro! exclamó él, estrechándola en sus brazos y cubriendo de besos su frente y sus cabellos, sin saber lo que hacia, olvidando las palabras que acababa de pronunciar, no acordándose mas que de una cosa, no viendo mas que á su amada que estaba allí, junto á él estremecida y soberbia.

XIII

— ¡ Casarte con otra! continuó ella ya tranquilizada. ¡ Ah! la idea es verdaderamente original. ¡ Desgraciada! ¡ Yo la compadecería! y te compadecería á tí. ¿ Crees que os dejaria saborear en paz vuestra felicidad ?..... Vuestras francesas pueden inmolarse así, pero en mi país, nos vengamos.

Y hablando asi se alejó de nuevo, miéntras él, libre ya de su influencia inmediata, recobró su valor, y resolvió, puesto que habia empezado, acabar de una vez y salir de aquella situacion dolorosa.

— Para pensar, dijo, en vengarte, debes estar

primero celosa: ¿y cómo lo estarías de una mujer á la que yo no podría amar?

Y deteniéndose un momento, continuó en voz mas baja, porque conocia la monstruosidad que iba á decir:

— El matrimonio de que se trata es solamente un negocio.

— Vamos, dejemos este juego, exclamó ella con impaciencia. Ya te lo he dicho, hablemos formalmente.

— Te hablo formalmente, replicó Vandelle con resolucion. ¡Ay! pobre Esther mia, es demasiado cierto... me caso.

— ¿Qué dices?

— Digo que me veo obligado á casarme. Pero esta no es una razon para que te pierda para siempre, se apresuró á añadir. No cesaré jamás de velar sobre tí, no cesaré de amarte.... Quiero tambien que tu porvenir quede asegurado para siempre, que estés al abrigo de la mala fortuna: y desde mañana.....

La joven dió un salto hácia él.

— ¡Es pues verdad! exclamó. No mentías pues, miserable!

— ¡ Esther !

— Si, ¡ miserable ! ¡ miserable ! ¡ miserable !
No le bastaba con hacerme traicion, es necesario que me insulte... ¡ Me ofrece dinero ! ¿ Te he pedido jamás alguna cosa ? ¿ He vivido de tus dádivas ? ¿ Soy acaso una mujer que se vende ?... He creido en tu amor y en tu honor... Me he confiado á la lealtad de un frances... Me creía noblemente unida al hombre de mi eleccion.... Me decia que esperase y esperaba... simplemente, sencillamente, como me habia entregado, segura de él, como estaba segura de mí.... Me ha dicho Vd. si ó no, que yo era la mujer de su corazon, su esposa delante de Dios, y que lo seria un dia delante de los hombres ? ¿ He faltado, he dudado, he dejado de ser digna de Vd. ? ¿ He cesado de ser digna de su amor, y de su estimacion ?

Ahora él era el que callaba. ¿ Qué podia decir ? ¿ Qué se habria atrevido á contestar ?

— Hé aquí lo que son los hombres, continuó ella, pálida, agitada, febril ; he aquí la vida.... he aquí el alma, el corazon, la conciencia, de aquel á quien he confiado mi honor... Ha fir-

mado Vd., me ha sacrificado Vd., me ha vendido Vd... y tiene Vd. el valor, la audacia, de ofrecerme una parte de este negocio infame, á mí, á Esther Sandraz!

Vandelle no la escuchaba, la miraba. Jamás la habia visto tan hermosa: caminaba á grandes pasos de un extremo á otro del gabinete y su cuerpo se estremecía, su talle se cimbraba, y sus caderas tenian voluptuosas ondulaciones.

De pronto, se detuvo delante de él mirándole con fiereza. Entónces Vandelle puso las manos en sus hombros esplendidos, sintió el contacto de su garganta estremecida, y se impregnó de todos sus perfumes.

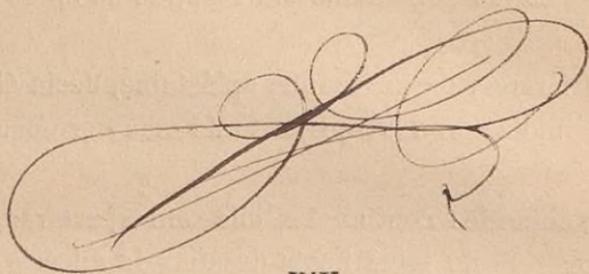
— ¡Cuan hermosa eres! murmuró embriagado, fuera de sí.

— ¡ Ah ! Cállese Vd.... cálese Vd., exclamó Esther retrocediendo: me hace Vd. sonrojar de vergüenza... Sólo ha visto Vd. y solo ve aún en mí un instrumento de placer... Y yo que creia que soñaba.. ¡ Ah ! ¡ los miserables! los cobardes... ¡ Y me he entregado á este hombre.... y hasta hoy he creido en su amor ! soy hermosa, he aquí todo.... y me ofrece oro, hace bien.... ¿ soy acaso

para él otra cosa que una cortesana de la calle, que ántes de conocerme ha recojido en su camino?

— Hiéreme, despedázame, aplástame, decia él devorándola con los ojos, estarás mas hermosa aún.

— ¡Cobarde! continuaba ella sin apartarse, tu adoracion no llega hasta desafiar la miseria, hasta resignarte al trabajo.... No has tenido siquiera el valor de afrontar mi resistencia, de decirme á la cara: He aquí lo que quiero hacer.. Has firmado furtivamente, con precipitacion, lejos de mí; me has herido cobardemente, sin prevenirme — ¡Ah! te desprecio... y hay alguien á quien desprecio más aún, y es á mí misma.



XIV

De pronto llamaron á la puerta del gabinete, que comunicaba con el salon, y al mismo tiempo una voz gritaba por el agujero de la cerradura.

— Vandelle, Vandelle, ábrenos, sabemos que estás aquí, que estás encerrado con una mujer, esto no es justo, no es cortés ! somos tus huéspedes y no tienes el derecho de abandonarnos.

Otra de las señoras golpeaba la puerta pausadamente, é imitando la voz grave de un comisario de policía en el ejercicio de sus funciones, ceñido con su banda, exclamaba :

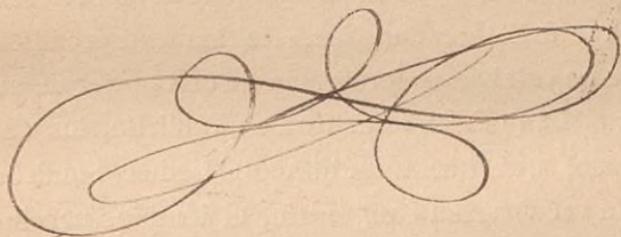
— En nombre de la ley, abrid.

— No abriré, contestaba Vandelle.

— Por qué no abrirá Vd.? exclamó de pronto Esther Sandraz; por qué no han de entrar estas señoras?... Porque estoy aquí? No soy acaso de las suyas ahora?... No soy como ellas?

Y rechazando violentamente á Vandelle, que queria detenerla, corrió hácia la puerta y la abrió diciendo :

— Entren Vds., señoras; entren Vds., se lo ruego.



XV

Todas aquellas mujeres se precipitaron en el gabinete al abrirse la puerta, pero se detuvieron al ver á Esther Sandraz. Habian comprendido que no estaban en presencia de una mujer de su clase. La palidéz, la actitud de Vandelle, los esfuerzos que hacia inútilmente Esther Sandraz para recobrar su sangre fria, el temblor nervioso que la agitaba, y los rayos que despedian sus ojos, les decian tambien que acababan de entrar en pleno drama, y que, por decirlo así, hacian irupcion en una escena de las mas tirantes. En fin, la brillante hermosura de Esther las imponia; y á pesar de su amor propio femenino y de

la confianza que tenían en sus encantos, á los cuales tantas personas habian rendido homenaje, se sentian empequeñecidas, humilladas ante aquella espléndida extranjera.

La señorita Sandraz, léjos de querer hacer medir á aquellas mujeres la distancia que las separaba de ella, habia resuelto descender hasta su nivel y derribar todas las barreras morales y materiales que se elevaban entre ellas.

De pié, apoyada en la chimenea, la cabeza erguida y mirándolas cara á cara, les decia con voz breve y agitada :

— Señoras, debo pedirles mil perdones... El criado del señor Vandelle ha creido que debia cerrar la puerta de este gabinete y poner un obstáculo entre nosotras, relegándolas á Vds. al salon é impidiendo que vinieran Vds. aquí... Por qué? No están Vds. por ventura en casa del señor Vandelle con los mismos títulos que yo?... Debe haber una línea de separacion entre nosotras?... Acaso no pertenezco á su sociedad? Nó, verdaderamente, continuaba, lo que pasa les habrá pasado á todas Vds... Han amado... Han creido...

Aquí se detuvo. El silencio que reinaba en torno suyo no fué interrumpido : todos se miraban y la miraban.

Ella continuó :

— Son Vds. hermosas, muy hermosas... yo tambien... Se han dignado encontrarnos hermosas... esto ha durado algunas semanas... ¿no es verdad?... y despues, como se ha de hacer un fin honrado... rico sobre todo... rico... han resuelto casarse. Se acuerdan Vds.? han redoblado las atenciones, las caricias... quizá para engañarlas mejor, para adormecer sus sospechas, su vigilancia... les han hecho á Vds. regalos... ¡regalos que Vds. han recibido!

De pronto sus miradas se fijaron en los brazaletes que ceñian sus brazos, en el collar de perlas negras y en el medallon rodeado de brillantes pendiente de su cuello.

— Ah! exclamó con rabia, olvidando que la escuchaban... ah! estas alhajas! ¡cuando pienso en que me las habia puesto para él!

Entónces apretó precipitadamente los resortes de los brazaletes y del medallon, arrancó el collar de su cuello, tomó á manos llenas todas

aquellas joyas y las arrojó al suelo, y dirigiéndose á Vandelle exclamó :

— Tome Vd., caballero, tome Vd., no quiero llevarlas mas, son suyas, recójalas Vd., le digo que las recoja Vd. !

Y viendo que Vandelle, refugiado en un estrecho del salon, permanecia silencioso, inmóvil y anonadado, se dirigió á las mujeres gritando :

— Si él no las quiere, tómenlas Vds... permítanme Vds. que les ofrezca estas joyas para celebrar mi bienvenida entre Vds.; soy su igual, su compañera... Entre amigas se admiten los regalos.

Nadie se movia, nadie hablaba; entónces, cansada de hablar, cansada de estar en escena, cogió su mantilla, se cubrió precipitadamente y, llevando en la mano el albornoz blanco con el cual habia entrado en el gabinete, se dirigió hácia la puerta que comunicaba con la antesala.

En el dintel se detuvo, y envolviendo á Vandelle en una mirada de desprecio, exclamó :

— Adios, caballero ! sea Vd. feliz en su union!

Durante un momento caminó con paso firme, pero de repente vaciló.

— Todos se precipitaron para socorrerla, pero ántes de que llegasen á su lado se irguió de nuevo miéntras murmuraba :

* — No, no... no necesito á nadie... Soy fuerte, soy valiente... y quiero vivir.

XVI

Un instante despues la puerta de la escalera se cerraba.

— ¡Qué hermosa salida! exclamó Blanca.

— Sí, pero esta escena ha derramado un frio glacial entre nosotros, dijo Luisa : yo me voy á casa... Son las dos de la madrugada.

— Las dos! exclamó Raynal que hacia tiempo que dormia en un sillón y acababa de despertarse; las dos de la madrugada... y mañana tengo una vista en la primera sala. Mi sombrero! mi sombrero!

Despues, tomando su conversacion en el pun-

to en que la habia dejado al dormirse, prosiguió :

— Señoras y señores, si alguna vez tienen Vds. algo que ver con la justicia, por una contravencion, por un delito, ó por un crimen, vayan Vds. sin temor á sentarse en el banco de los acusados. Respondo de su absolucion.

— Gracias, gracias, exclamaron las mujeres.

— Espero no necesitarle á Vd., dijo Berta.

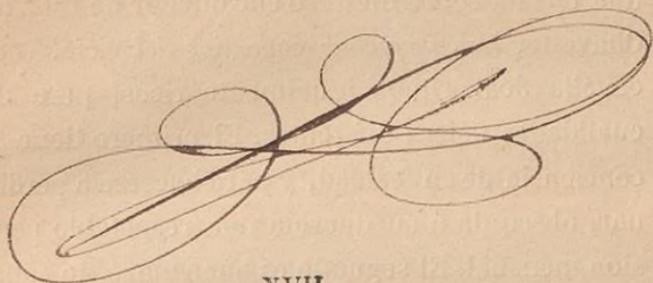
— Nadie sabe lo que puede suceder, replicó Raynal; el amor y la pasion conducen al crimen á las naturalezas más templadas. Siempre es útil tener un abogado en la manga... Mi sombrero? en dónde está mi sombrero?

— Lo tiene Vd. en la mano desde hace un cuarto de hora, le dijo Luisa.

— Es verdad, dispense V.

Tanteando las paredes encontró la puerta y desapareció.

En cuanto á Julieta, como mujer prudente y que sabe apreciar la joyería, recogió las alhajas esparcidas por el suelo y murmuró entre dientes : « No se debe dejar perder nada. »



XVII

El motivo dado por Enrique Vandelle á Esther Sandraz para no casarse con ella era sério? Habia disipado verdaderamente la fortuna de su madre? Sí, el naufragio era completo: no flotaba sobre las olas ni una sola tabla. Vandelle se consolaba pensando en que á fin de cuentas habia vivido diez años, y que habia necesitado poner mucho orden en su desorden para durar tanto tiempo. Si el lector se sorprende de que á un hermoso jóven como el que nosotros hemos pintado, de salud robusta, perfectamente formado, de inteligencia clara y de una consumada experiencia de la sociedad galante, la vida de Paris le

hubiese costado tan cara, no tiene más que echar una ojeada sobre un libro encantador de Eugène Chavette, *Las pequeñas comedias del vicio*. Verá en ella dos primos igualmente ricos, pero de cualidades físicas diferentes. El primero tiene la conciencia de su fealdad, y para hacérsela perdonar, obsequia á su querida una respetable pension mensual. El segundo es buen mozo, lo sabe, y cree poder pagar con su persona. Un día hacen los dos sus cuentas : el primo feo no ha gastado más de lo que se proponia, y sin embargo, ha sido colmado de atenciones y de respetos. Le cubrian de caricias y le hartaban de amor. Le engañaban tambien, es verdad, pero secretamente, con formas, sin que esto pudiera molestarle, cuando se declaraba en vacaciones. El Adonis, al contrario, habia sido sacrificado siempre por su hermosa, que, como mujer ordenada, preferia lo útil á lo agradable. Apénas sonaba para él alguna vez la hora del pastor, no tenian jamás ocasion de recibirle, ni era posible que permaneciese mucho tiempo. Se separaban de sus brazos con desesperacion, pero se separaban con frecuencia y siempre con inoportunidad. Le adora-

ban, pero con intermitencia, cuando el capitalista no adoraba y éste tenia séries de adoraciones. A pesar de esta vida de sacrificios y de desabrimientos, á pesar de estar á racion perpétuamente, á pesar de esta existencia de hambriento que le hacía pensar en el naufragio de la *Medusa*, se habia arruinado completamente en partidas de campo, en cenas, en cuentas de modista, en alhajas, en regalos y en mil detalles. Conclusion : es necesario saber subvencionar los vicios propios, ordenarlos, si se nos permite la palabra : en cierto mundo, el empleo de pagano es más ventajoso y de más agradable desempeño que el papel de jóven preferido, en el caso de que el enamorado sea un hombre de temperamento galante, porque no tratamos ahora de los héroes de la comedia de Dumas : El señor Alfonso, es un papel de tercer orden.

Vandelle, que como á buen mozo se profesaba un gran cariño, habia visto devorada su herencia por multitud de pequeños dientes encantadores, pero agudos y hábiles en llevarse buenos bocados. No le habian pedido nunca nada ; al contrario, le repetian siempre : « Entre nosotros

no debe mediar el menor interés. » Pero tanto desinterés merecía recompensas, y se las habia dado en forma de alhajas ; ellas se habian mostrado tan desinteresadas, que varios escaparates de joyas habian pasado á través de aquel desinterés.

Despues á él le gustaba vivir bien ; su robusta salud y su apetito sólido no le impedian el mostrarse sensible á los refinamientos de la mesa. Buscaba las frutas en enero y preferia un gran mosto á un vino ordinario. Era un montañés con gustos parisiens ; un espartano de Aténas. No desdeñaba tampoco una casa bien situada, vasta, con un mobiliario lujoso, objetos artísticos, un caballo de silla en verano, una berlina en invierno, y una buena cacería en memoria de sus primeros amores.

El dia en que vendidos la mayor parte de sus valores, liquidada toda su fortuna, se vió sólo á la cabeza de un capital de cincuenta mil francos, se volvió pensativo ; era quizá la primera vez de su vida que se permitia este lujo. Pero no era hombre capaz de enternescerse mucho tiempo ; su temperamento se lo impidia. Procuró convencer-

se de que cincuenta mil francos en manos experimentadas representaban millones; el juego habia sido para él hasta entónces un pasatiempo, y resolvió hacer de él una profesion. Entre las personas que le rodeaban, podia citar más de diez, que sin medios de existencia conocidos, sin ser rentistas, ni propietarios, ni trabajadores, se procuraban gracias al juego, y á un juego leal, una vida muy agradable. No pensaba quizás en que estas personas, por numerosas que sean, son, sin embargo, excepciones en el mundo de los jugadores. Pueden dividirse en dos clases muy distintas: los que están de *vena* (el lector nos perdonará la expresion que está consagrada, si no por la Academia, por los aficionados), los que están de *vena*, repetimos, y los hábiles.

Los primeros llegan á Monte-Carlo, se aproximan á una mesa de ruleta, y ponen algunos lises á un número; el número sale y reciben el máximo. Pasan al treinta y cuarenta, buscan la série, encuentran doce encarnados, cojen un paquete de billetes de banco, y recogida la cosecha, toman espiritualmente el portante y el express.

Los hábiles proceden de otra manera; son, en

general, linfáticos, á los cuales el sistema nervioso no molesta ; no obedecen á ningun entusiasmo ; se trazan una línea de conducta y no se separan de ella. Para éstos, el juego es una profesion como cualquier otra, un poco más penible que las demás : hé aquí todo ; algunos le han elevado á la categoría de una institucion. Segun su razonamiento, el hombre que arriesga una suma pequeña para ganar otra mayor, no merece ninguna consideracion, porque llegará un momento en que perderá las dos. Partiendo de este principio, se sientan todos los dias á una mesa de baccarat ; sacan del bolsillo veinticinco luisés, cuidadosamente divididos en pequeños lotes prudentemente manejados, y sólo tienen una pretension : ganar cinco. Lo consiguen en algunos minutos si la fortuna les sonríe al principio, en una hora ó dos si es lenta, y es necesario hacerle avances. Cinco luisés diarios hacen tres mil francos al mes ; tres mil francos al mes, hacen treinta y seis mil francos al año, ó treinta mil, suponiendo algunas pérdidas de veinticinco luisés que son raras.

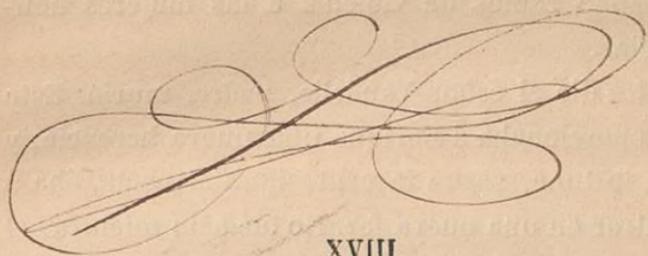
Esta es su renta, que está al abrigo de todas

las revoluciones. Los inquilinos y los arrendatarios pueden ser recalcitrantes el día del vencimiento de sus deudas ; el phyloxera puede devorar la viña, el Estado cerrar el Gran Libro, pero habrá siempre círculos, casinos y jugadores, para satisfacer su pequeña renta diaria.

Pero Vandelle no pertenecía á la categoría de los primeros jugadores, es decir, de los que están de *vena*. Buscaba un número en la ruleta durante tres horas, sin que saliera ; tenía el número recalcitrante. Tallaba una banca de *baccarat*, y dejaba de tallar en el momento en que la suerte le hubiera favorecido ; jugaba al treinta y cuarenta á la intermitencia, cuando debia haber jugado á la série, y á la série cuando daban intermitencias. Todo en el mundo no es perfecto.

Pertenecía mucho ménos, á causa de su temperamento, á la clase de los otros jugadores, los hábiles. Su sangre corria con demasiada rapidez ; sus nérvios estaban demasiado excitados ; su naturaleza era demasiado ardiente, y su complexion demasiado brutal, para esperar con paciencia la vuelta de la *vena*, decirle dulces palabras, acariciarla, y contentarse despues de tan-

tos esfuerzos con una ganancia modesta. Así, pues, perdió en algunas semanas los restos de su fortuna, y sus últimos billetes fueron á reunirse con los primeros, que les llamaban á grandes voces,



XVIII

En la época de su ruina definitiva conoció á Esther Sandraz. Ella distrajo su fastidio ; á su lado olvidó su situación, y sobre todo hizo que sus necesidades de dinero fuesen ménos imperiosas. Sus nuevas relaciones no le causaban ningun gasto, y hasta le permitian hacer economías ; absorbido por la córte asídua que hacía á Esther, y más tarde por su luna de miel, suprimió sus carruajes, sus caballos, el juego y sus costosas relaciones. Los últimos despojos de su fortuna, el crédito que conserva por algun tiempo el que ha tenido una existencia brillante, como un largo crepúsculo reemplaza á una hermosa

puesta de sol, le bastaron para pagar el alquiler de su casa, vestirse, y ofrecer de vez en cuando ramos de violetas á las mujeres honradas.

Un dia el señor Vandelle, padre, murió. Esto proporcionaba á Enrique una nueva herencia, y su fortuna, segun la expresion del poeta, iba á entrar en una nueva faz. No fué así; miéntras el hijo se arruinaba con amables industriales, el padre hacía malos negocios en la industria. Nuevas canteras de pizarra, mejor explotadas que la suya, se habian establecido en el departamento del Alto Garona, y acaparaban todos los pedidos. El anciano luchó mucho tiempo; era un trabajador sólido, tenáz, rudo con los otros, como con él mismo: tomó un asociado, le dió una parte magnífica, la parte del leon, porque se vió obligado á ello, le hizo trabajar como él trabajaba, le agotó y le enterró al poco tiempo. Pero él murió á su vez, y como el asociado tenia una hija, ésta heredó la mayor parte de la fábrica.

Vandelle supo todo esto en Montrejeau, á donde se habia trasladado, y se entregaba á la deses-

peracion en brazos de un notario, un antiguo amigo de la familia y un buen hombre, cuando este funcionario le dijo que era muy fácil devolver á la fábrica su primitivo esplendor y constituir una nueva fortuna. Bastaba para esto rodearse de buenos ingenieros, estar al corriente de los adelantos de la ciencia, y casarse con Enriqueta de Loustal, hija del antiguo socio del señor Vandelle padre. Enrique Vandelle aportaria en dote la parte que le quedaba en la fábrica; su actividad, su trabajo y su nombre conocido en el país, y Enriqueta aportaria la parte de propiedad que habia heredado de su padre.

Miéntas le hacian estos ofrecimientos, Vandelle encontró por casualidad á la señorita Loustal, y en vez de la colegiala de provincia que él se figuraba ver, se presentó ante sus ojos una jóven bien educada, muy hermosa y relativamente elegante. Sin embargo, quiso tomarse algun tiempo para reflexionar: pasar del boulevard de los Italianos á Montrejeau sin transicion; de hombre afortunado, de hombre de placer, convertirse en director de una fábrica, no era lo que más le atormentaba. Conocia todos los detalles

de aquella fábrica, habia nacido en el país, las montañas que le rodeaban las habia recorrido en su juventud; habia descansado en el borde de sus precipicios, y las amaba con toda la fuerza de los primeros recuerdos, de los primeros amores. La vida agitada, enervante, febril de los últimos diez años, le habia preparado á un retroceso á las costumbres de su primera juventud, á las grandes cazas en la montaña, al aire vivificador de las altas cumbres, á la contemplacion de las nieves eternas.

Pero ¿ y Esther Sandraz, con la cual debia casarse? Se lo habia prometido á sí mismo y tenia la firme intencion de cumplir su promesa. ¿ Qué sueño más acertado podria haber hecho en medio de su pobreza? ¿ Esther no le habria acaso ayudado á soportarla y casi á olvidarla? Despues, si no amaba á Esther como ella merecia ser amada, de todo corazon, la amaba á su manera, con todo el ardor de su naturaleza, con toda la exaltacion de sus sentidos. Era un amor de cabeza, sea. Pero la cabeza se exalta como el corazon, se afiebra y se congestiona; se muere de una apoplejía como de un aneurisma.

¿Tendría el valor de separarse de aquella ante cuyo solo recuerdo ardía su frente y latían precipitadamente sus sienas?

Sí, pero la pobreza en París, en aquella ciudad de lujo, tanto tiempo testigo de su esplendor, cuando en su país le ofrecían los placeres de sus primeros años, una nueva fortuna y una mujer hermosa!

Reflexionó mucho tiempo, y el lector conoce ya el resultado de sus reflexiones.

El partido que tomó, y las proposiciones que se atrevió á hacer á Esther, probaban dos cosas: en primer lugar, la vida de París, durante diez años, habia muerto en él todo sentido moral: la materialidad, si nos es dado usar esta palabra, se habia desarrollado prodigiosamente en su sér á expensas de la moral. Y en segundo lugar, habia estudiado tanto á Esther bajo el punto de vista plástico, que se habia olvidado de sondear su corazon; la jóven era absolutamente incapaz de aceptar los arreglos, que Vandelle habia imaginado en su deseo de conciliarlo todo: el interés y el amor.

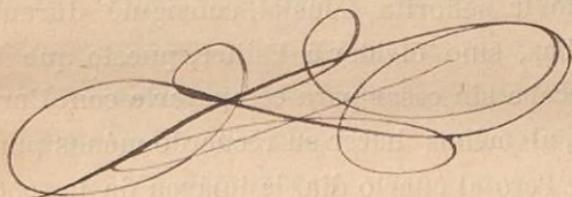
Cuando se quedó solo, despues de la dramática salida de Esther, quizás no sintió como debia sentir lo que habia pasado. En suma, se le habia escapado una confesion penible y tremenda, despues de haber vacilado mucho tiempo en hacerla. La situacion era ya limpia, franca, precisa; la señorita Sandraz le habia devuelto su palabra; él aspiraba solo á una cuasi libertad y se la daban por completo; podia salir para los Pirineos, unirse á su novia y ser en algunos años millonario.

Al dia siguiente y los sucesivos, viendo que su cabeza estaba reposada y ligera y que el pulso era regular, llegó á convencerse de que se habia hecho ilusiones sobre la violencia de su amor por la señorita Sandraz, y pensó que aquellas relaciones no dejarian mas rastro en su vida que el que habia dejado las precedentes. Variable por temperamento, todo sangre y todo nervios, con las pasiones en la epidermis, borraria el recuerdo de Esther con una realidad, como se saca un clavo viejo con otro clavo nuevo. Enriqueta de Loustal, seria la realidad, una realidad encantadora, rubia, un clavo con la cabeza dorada, ha-

ciendo un contraste agradable con la cabeza morena de Esther. Era deliciosa aquella pequeña provinciana, con su sangre viva, sus grandes ojos azules, de vago mirar, su perfil de madona, su cuello gracioso y erguido, sus espaldas redondas, su seno lleno de promesas y su elegante talle. ¡Qué placer para un parisien gastado el coger aquella linda flor de las montañas! Indudablemente tenia algo de las nieves eternas junto á las cuales habia nacido; conservaba aun el frio de la tierra que habia abierto su capullo. Pero qué delicioso goce el de trasportarla á una tierra caliente, verla desarrollar, crecer y colorearse bajo un rayo de sol y un rayo de amor. Para las necesidades de su causa el prosáico Vandelle se convertía en poeta.

Sin abandonar el dominio de la poesía y continuando su comparacion, Vandelle se decia que Esther habia sido tambien una flor encantadora, cuyos perfumes deliciosos habia aspirado el primero. Pero era una flor de los trópicos, coloreada desde su nacimiento, luminosa, venida al mundo bajo los rayos de un sol de fuego. Estas flores no necesitan cultura, nacen, crecen bajo

su cielo abrasado, huyen de la sombra y del misterio y buscan las caricias y los besos del sol. En Esther, Vandelle habia encontrado una querida adorable, de vírgen habia pasado á mujer en un dia, sin que hubiese tenido necesidad de ninguna iniciacion, revelándose á sí misma por instinto. Ahora encontraría lo contrario en Enriqueta, la vírgen confusa al aprender, turbada al saber, adorable en sus rubores, casta en el abandono, siempre vírgen por el pensamiento.



Gracias á estos hábiles paralelos, todos en ventaja de la señorita Loustal, consiguió durante tres dias, sino olvidar á Esther, puesto que él la evocaba sin cesar para compararla con Enriqueta, al ménos hacer su recuerdo ménos punzante. Pero al cuarto dia, la imágen de la señorita Loustal fué ménos distinta, sus rasgos se borraron poco á poco, se velaron de una ligera bruma. Quería volverlos á ver con el pensamiento y la niebla se hacía cada vez mas densa. Buscaba los grandes ojos dulces de Enriqueta y era la mirada ardiente y profunda de Esther la que brillaba de repente. Evocaba la sonrisa melan-

cólica de la señorita Loustal y veía los labios húmedos, encarnados y entreabiertos de Esther Sandraz. Cerraba los ojos para huir de aquella vision, ponía las manos sobre su boca para que aquellos labios ardientes, que parecian buscar los suyos, no pudiesen acercarse; esfuerzos inútiles! sus manos se separaban por sí mismas y Esther Sandraz triunfaba. Entónces hacía un llamamiento desesperado á sus antiguos recuerdos, intimaba la obediencia á su imaginacion rebelde y veía de nuevo por un instante el busto encantador y el talle elegante y fino de Enriqueta. Se lanzaba hácia ella, queria estrecharla entre sus brazos y apretarla contra su corazon para protegerse contra sí mismo, pero Enriqueta huia, se le escapaba, se remontaba de nuevo al cielo de donde habia descendido, y se encontraba entónces entre sus manos el talle esbelto y cimbreado de Esther y apretaba contra su seno el admirable pecho de su querida abandonada.

En breve tuvo que renunciar á evocar á la señorita Loustal, á llamarla en su socorro : ella desdeñaba de aparecer, ni siquiera para huir en seguida. Esther reinaba sola en su imaginacion extraviada. Por más que él quisiese apartarla, ella volvía ligera, acariciadora, provocante, voluptuosa, siempre soberbia. A cada paso que daba en el aposento, en su nido de amor, como ella decia en otro tiempo, la veía levantarse delante de él elegantemente vestida, coquetamente peinada ó con el traje en desórden y sus largos cabellos esparcidos. Se le aparecía junto al piano, y la oía cantar con su voz cálida una

deliciosa romanza de su país. La encontraba un instante despues extendida sobre aquel sofá, recostada con abandono, la mirada y el pensamiento flotando entre un recuerdo y una esperanza. Si cerraba otra vez los ojos para no verla más, un perfume fino, del cual ella poseia el secreto, se escapaba de aquel gabinete entreabierto, subia hácia él y le embriagaba. Si salia para huir de todos aquellos aromas y de todas aquellas visiones, ella surgia de repente, sobre aquel paseo, en donde la habia visto por primera vez, delante de aquella tienda en donde ella se detenia frecuentemente con él, ó en aquella calle por la cual pasaban todos los dias, y todas las baldosas de París le hablaban de ella.

Entónces se sentia vencido y quebrantado, y seis dias despues de su ruptura, no pudiendo resistir más, corrió á casa de Esther.

La habitacion de la calle de Seze estaba vacía. La señorita Sandraz se habia marchado el dia anterior sola, sin decir á dónde iba, sin dejar ningun indicio que permitiese buscarla y encontrarla.

Vandelle supo entónces verdaderamente hasta qué punto la amaba, qué pérdida habia sufrido, cuán poco aquella jóven singular que habia encontrado por casualidad en medio del torbellino parisien, se parecia á todas las mujeres que habia conocido hasta entónces.

¡Qué lazos tan poderosos le encadenaban á ella! ¡Qué marca imperecedera habia dejado en

su cerebro! Un nombre se habia grabado en él con un hierro candente, y todos los dias las letras se hacían más profundas, se extendían y penetraban más adentro. Ya no era un nombre, era una llaga ardiente y ensangrentada.

Él la buscaba, hacía mil esfuerzos para encontrarla, y corría fuera de sí hácia los lugares en que pensaba se habia refugiado.

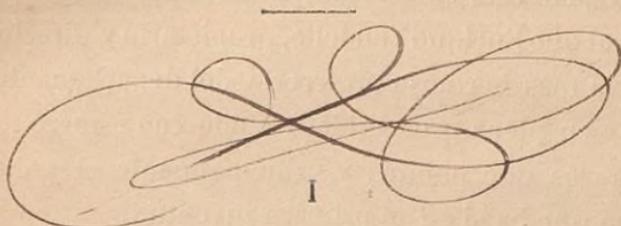
¡Esfuerzos inútiles! Esther escapaba á todas las pesquisas.

Y durante este tiempo los asuntos de Vandelle iban de mal en peor; le intimaban que volviese al Mediodía para ultimar el matrimonio que le habian propuesto.

Si tardaba en decidirse, vendrian la ruina y la miseria.

Después de haber perdido á Esther, iba á perder también la última esperanza que le quedaba de restablecer su fortuna?

SEGUNDA PARTE.



Sobre la pendiente de una colina, cuya base baña el Garona ántes de juntarse con el Neste, enfrente de la pequeña ciudad de Montrejeau, que se levanta sobre una elevada meseta, está situada una hermosa propiedad, conocida de todos los *touristas* de los Pirineos. Es la casa habitación de Felix Vandelle. Depende del municipio de G... y la verja principal del parque se abre sobre la carretera que conduce á la estación del camino de hierro. Cerca de aquella verja se eleva un lindo pabellon, estilo Luis XIII, casa de guarda ó de amigo que desea la soledad: se

compone de una gran pieza en el piso bajo, con chimenea gótica de madera tallada, muebles de la época y vieja tapicería, representando á la reina de Navarra rodeada de su corte. El primer piso sólo tiene dos alcobas, amuebladas á la moderna. El tejado está cubierto de pizarras nuevas; es natural que Enrique Vandelle, propietario y director de la más hermosa pizarrería del departamento, hoy en plena prosperidad, cuide con esmero los lugares que habita, y principalmente el pabellon que ha visto su primera juventud.

Dos avenidas parten de este pabellon y conducen por una pendiente suave á la casa principal de un edificio moderno construido sobre los restos de un castillo señorial del siglo xvi. Por una coqueteria de propietario, estas avenidas en vez de conducir directamente al palacio, pasean al visitante por un hermoso jardin inglés, en medio de cuadros de adelfas en flor, de laureles y de pobladas alheñas. Un arroyo pedregoso, verdadero torrente en miniatura, sombreado por algunos pinos tradicionales, serpentea á través de los bosquecillos y las praderas esmaltadas de flores.

Desde la terraza del castillo, se goza de una vista magnífica : á la derecha, en primer término, la habitacion del señor Lasus, y sus bellas ruinas de un convento de Agustinos. Detrás, sobre una meseta muy elevada, Montrejeau (Monte-Real) que parece una pequeña plaza fuerte; al mismo lado, las llanuras que se extienden hasta Tarbes. Descansan la vista, con sus aguas tranquilas y su verdura, del paisaje grandioso y agreste que se extiende á la izquierda, hácia el Sud-Este, por el lado de Luchon. En esta direccion, cuando el cielo está despejado, la mirada se deslumbra : es un gigantesco telon de fondo, una decoracion de montañas soberbias que se elevan unas detrás de otras hasta desaparecer en el infinito. Aquí las altas cimas de Car y de Cagire, el pico de Houcheton, el monte Galie, el pico de Gar; más léjos del lado de España, el pico Blanco, el pico de Alba, y parte del Maladetta con sus nieves eternas.

II

Enfrente de este magnífico horizonte, sobre la terraza del castillo, en una hermosa tarde de agosto, volvemos á encontrar á Enrique Vandelle dos años despues de habernos separado de él. Varias personas le rodean: el abogado Raynal, nombrado hace seis meses fiscal de Saint-Gaudens, y el Alcalde de G..., señor Fourcanade, escoltado por su mujer y su hija.

Ésta trinidad municipal no carece de originalidad; el marido, grueso, bajo, ventrudo, con piernas pequeñas, piés anchos, cabeza calva rodeada de algunos mechones de cabellos grises, grandes mejillas, rubicundas con venas azules,

barba y sotabarba inberbes, nuca lisa y carnosa, oreada por el aire de las montañas, cuello apoplético, ojos salientes, sonrisa bondadosa, y dientes blancos y sanos. La mujer, alta, seca, de formas chatas: un baston cubierto con una funda de paraguas. Posee una cara amarillenta, cabellos negros y relucientes como el azabache, comprados en tres francos á alguna montañesa, una nariz de pájaro y labios secos, hundidos, replegados interiormente, como si quisieran ocultar la ausencia de los dientes. Es habladora, melindrosa, fátua hasta el exceso, autoritaria, sobre todo autoritaria, y lleva moralmente la banda de su marido. La hija, tiene diez y ocho años, y no parece tener más de treinta. La naturaleza, afortunada en contrastes el dia en que nació, tuvo á bien concederle la grande y bonachona cabeza de su padre, y el cuerpo escuálido de su madre, merced á lo cual, parece una manzana clavada en un espárrago. Es, ¡ay! el fruto desgraciado de los amores de un hombre demasiado gordo, y de una mujer demasiado flaca.

En cuanto á Raynal, el antiguo abogado convertido en fiscal, ha procurado dar á su fisono-

mía y á su actitud la solemnidad propia de su nuevo cargo; con el pelo cortado como un seminarista, la boca seria, la mirada profunda, corbata blanca, cuello derecho poderosamente almidonado, y su cuerpo tieso como un peral, encerrado en una levita abotonada hasta la barba, no se parece siquiera al Raynal de otros tiempos tan propenso á la embriaguez, tan locuaz y tan amigo de agradar á las mujeres.

Vandelle parece tambien cambiado: el aire de sus montañas, en vez de darle una nueva juventud, una nueva vida, en vez de aumentar el calor de su sangre, ha rodeado sus ojos de un círculo azul y ha hecho palidecer sus mejillas. Es siempre el buen mozo de otros tiempos, con las espaldas salidas, el pecho ancho, pero el jóven se ha hecho hombre.

Las expediciones campestres, las largas marchas, las cazas penosas, las caricias del viento y los besos del sol, no producen en él, el buen efecto que ántes producian, y esto no tiene nada sorprendente: ciertos parisiens no pueden abans donar impúnemente sus boulevares y cambiar sus costumbres. Envejecen y enferman en lo

países sanos en que otros recobran sus fuerzas y se regeneran; las trasplantaciones son tan dañosas á ciertos hombres como á ciertas plantas.

Debemos decir, sin embargo, que la naturaleza no es quizás la sola culpable en lo que concierne á Vandelle: ella desea sonreírle y concederle sus favores para festejar el regreso á sus dominios, pero él quizá no tiene la libertad de espíritu que ella exige á los que quieren aprovecharse de sus dones. No basta con que los piés del hijo pródigo pisen el suelo vivificador al cual han regresado, es necesario además que su cabeza no se vuelva con demasiada frecuencia hácia las regiones apestadas que otro tiempo habitó y que los pensamientos livianos no le trasporten sin cesar á los sitios de que se alejó para siempre.

III

Raynal grave y digno, hablaba hacía un instante con el alcalde de G... y le preguntaba: — ¿Hay muchos cazadores furtivos en el país, señor Fourcanade?

— Pocos, señor fiscal. Algunos pobres diablos que no atreviéndose á cazar las gamuzas en la montaña, tienden algunos lazos en la llanura, para procurarse algunos buenos bocados... pero los guardas cierran los ojos.

— Hacen mal, señor alcalde, contestó el fiscal con tono severo. Esto es alentar la pereza, la

holgazanería, el robo. Yo no sé porqué han hecho de la caza furtiva un simple delito: el hombre que roba á Vd. su caza, es tan culpable como el que roba á Vd. la bolsa; nuestras leyes son demasiado indulgentes.

— Sin embargo, no es justo, objetó Fourcanade, que por robar un conejo, un hombre vaya á presidio.

— ¿Por qué no caballero? Antes ahorcaban á los cazadores furtivos.

— ¡Diablo! es Vd. severo, señor fiscal.

— La severidad es el principio de la justicia... No conozco mas que dos categorias de individuos : los honrados y los malhechores... Es necesario que la sociedad se defienda; repita Vd. esta máxima á su guarda campestre, señor alcalde. El servicio de policía del distrito de Saint-Gaudens se hace muy mal. Uno de mis colegas nombrado en la misma época que yo, para un departamento del Centro, ha obtenido ya dos condenas á presidio perpétuo, y aquí yo no he podido hacer nada... no he podido perseguir á un solo criminal... ¿Cómo es posible de esta manera obtener un ascenso?

Enrique Vandelle se acercó al alcalde y al fiscal y dijo á este último:

— Dichoso mortal, es Vd. ambicioso.

— Ciertamente, contestó Raynal, no se entra en la magistratura de pié para quedarse en el mismo sitio... Desde que he puesto los piés en los estrados, siento en mí la madera de un procurador general... Pero necesito una ocasion, una circunstancia, un buen crimen ruidoso... Proporcionémelo Vd. señor alcalde. ¡Qué diablos! ¡no faltan criminales en este país!

— Le aseguro á Vd. señor fiscal, dijo suspirando el alcalde, que producimos muy pocos.

Fourcanade se alejó para reunirse con su mujer y su hija que le llamaban con insistencia y á las cuales no queria disgustar.

Una vez solo con Raynal, Vandelle, acordándose de las teorías sostenidas en otros tiempos por su huésped, no pudo resistir al deseo de decirle sonriendo:

— ¡Qué completa metamórfosis en dos años, caballero, en sus opiniones sobre los crímenes y los criminales!

— Hace dos años, contestó el jóven magistrado,

yo era abogado. Hoy soy fiscal y es natural que haya cambiado de principios, al cambiar de posición... Vd. mismo, mi querido señor Vandelle añadió, confiese Vd. que su carácter, sus costumbres y su género de vida han cambiado un poco.

— Puede Vd. decir mucho. Mis costumbres, han hecho lo mismo que sus principios; se han modificado con el ambiente... Cazar, comerbeber... Aquí no hay otro medio de gastar la vida... y naturalmente, por la fuerza de las cosas, me he convertido en un gran cazador, un gran comedor y un gran bebedor... Yo jamás he sabido hacer nada á medias.

— Pero debe Vd. tener grandes ocupaciones.

— ¿Cuáles?

— Su fábrica, sus negocios.

— ¿Mi fábrica? Marcha sola : las máquinas se mueven por el vapor, los obreros se mueven como las máquinas, las oficinas funcionan como los talleres; todos los sábados, la paga; todos los meses los vencimientos; todos los años el inventario.

— Y los millones al fin.

— ¿Y despues? preguntó Vandelle

— Pues bien, despues... la ambicion : consejero general, diputado, ministro.

— Falta para esto una condicion.

— ¿Cuál?

— El deseo de ser alguna cosa.

— ¡Cómo! ¿no desea Vd. nada?

— Sí, tengo un ideal.

— Veamos.

— El de llegar á la felicidad del bruto, como el señor alcalde que acaba de dormirse en aquella silla.

— Déjese Vd. de bromas.

— Hé aquí la sublimidad de la existencia... hablo formalmente. El hombre tiene dos enemigos, sus sentidos y su alma... Es necesario quebrantar el cuerpo por la fatiga y matar el espíritu por el sueño.

— Es decir, vencer los recuerdos dolorosos, ¿no es verdad? dijo el fiscal con aire maligno.

— Cree Vd. que me hacen sufrir mis recuerdos. ¿Cuáles?

Raynal se detuvo, y mirando á Vandelle fijamente, exclamó :

— Los que puede haberle dejado á Vd. la señorita Esther Sandraz.

— ¡ Esther ! exclamó Vandelle estremeciéndose. ¿ La conocia Vd. ?

— Deberia conocerla, dijo Raynal, renunciando á sus grandes aires de magistrado y volviendo á ser lo que era, un jóven alegre ; pero el dia en que me encontré con ella en su casa de Vd. la comida habia sido tan buena y los vinos tan esquisitos, que, á fé mia ! me atreveré á declararlo ? me aletargué... Por favor no despertemos estos recuerdos.

— Permítame Vd. que le diga, interrumpió Vandelle, que ha entrado Vd. el primero en el camino de los recuerdos ; pero puede Vd. evocar los míos sin peligro : se han borrado desde hace mucho tiempo.

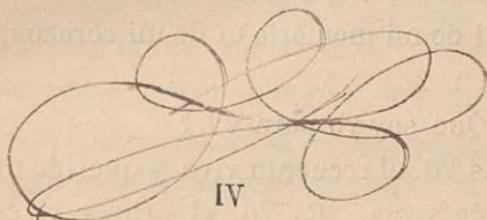
— Así debe ser, replicó cortesmente Raynal ; la señora Vandelle, que se adelanta hácia nosotros, es tan encantadora... A propósito, ¿ quién es el jóven que habla con ella ? Le veo por primera vez en el distrito, y Vd. comprende que como magistrado...

— Debe Vd. conocer todo su personal. Pues

¡bien! este jóven es un primo lejano de mi mujer, y un amigo de la infancia, si no me equivoco. Se llama Olivier Deschamps, sale de la Escuela central, y busca un empleode ingeniero en el país.

— Colóquele Vd. en su fábrica.

— No; no le necesito.



IV

Esta respuesta hubiera sido penible para Enriqueta si la hubiese oído. Formaba precisamente en aquel momento el proyecto de colocar en la fábrica de su marido al jóven ingeniero.

— Quisiera, amigo mio, le decia ella miéntras se paseaban por una avenida del parque, verle empezar á Vd. aquí, en este país, que fué casi nuestra cuna comun, una carrera que, segun espero, será hermosa y útil... Quisiera influir en algo en sus primeros pasos.

— ¡Oh! mi querida Enriqueta, contestaba Olivier, si Vd. supiese el bien que me hacen sus palabras! ¡Cuán bueno es el ver que no se está sólo

en el mundo!... Con frecuencia me decia en Paris : « Tengo todavía una hermana, y ¿ cuánto tiempo la tendré aún? Se casará, y mi recuerdo se borrará de su memoria. »

— Ni de mi memoria ni de mi corazón, amigo mio.

— ¿ Qué soy yo para Vd. ?

— Es Vd. el recuerdo vivo y querido de mi dichosa infancia... Es Vd. el primer protector, el primer apoyo, la primera afección que he encontrado fuera del hogar paterno... Su mano es la primera que me ha sostenido cuando perdí la de mi madre... Vd. tenía cuatro años más que yo, era Vd. un joven y yo era aún una niña... Me acuerdo de todo : de nuestros juegos, de nuestras corridas por el campo, cuando Vd. separaba con el pié los guijarros que se encontraban en mi camino; cuando Vd. me cogía en sus fuertes brazos para hacerme atravesar los arroyos y los vallados; de todo, hasta del día en que se lanzó usted valerosamente delante de mí, para librarme de un caballo desbocado que nos habría pulverizado á los dos.

— ¿ Se acuerda Vd. de todo eso ?

— No han pasado muchos años desde entónces, y para borrar estos recuerdos de mi vida, no he experimentado aún dolores bastante profundos, ni alegrías bastante grandes.

La jóven decia todo esto con voz dulce, armoniosamente timbrada: sus grandes ojos azules, velados por las largas pestañas, miraban con franqueza á Olivier, su boca le sonreia con una sonrisa impregnada de tristeza, pero llena de encanto. Dos años de matrimonio habian perfeccionado aquella belleza, que el parisien Vandelle mismo, hastiado de sus buenas fortunas, admirara en otro tiempo. La jóven, incompleta en algunos detalles, con los contornos indecisos aún, se habia convertido en una mujer completa; la mirada era más tierna, la nariz tenia estas pequeñas palpitaciones nerviosas que indican sensaciones diversas, los lábios eran más húmedos, y la sangre circulaba con más actividad, bajo una piel de una finura prodigiosa. La flor se habia entreabierto á la vida, y su mismo tallo participaba de esta nueva existencia; los hombros tenian una redondez exquisita; el busto, ántes demasiado virginal, se habia desarro-

llado; el talle ondulaba muellemente, sin haber perdido ninguna de las gracias de la jóven; Enriqueta de Loustal dejaba adivinar que empezaba á conocer los secretos de la mujer.

Su amigo Olivier Deschamps tenia unos veinticinco años: era de mediana estatura, delgado, elegante, con una barba negra y espesa y un bigote, á través del cual se veian unos dientes magníficos. Sus cejas, espesas tambien, su mirada algo melancólica ordinariamente, pero firme cuando la fijaba en alguno, parecian indicar la voluntad y la energía. Era aún un jóven, pero ciertas arrugas de su frente y su sonrisa triste, revelaban que la vida no le habia sido siempre clemente, y que conocia sus asperezas.

V

Cuando la señora Vandelle hubo terminado, Olivier, que la habia escuchado en silencio, le dijo de repente:

— Quisiera preguntarle á Vd. una cosa, Henriqueta.

— Pregunte Vd., contestó ella sonriendo.

— Abrigo el temor, continuó Olivier, de que no es Vd. feliz.

— ¿De qué procede este temor, amigo mio?

— ¿La aman á Vd. como merece Vd. ser amada?

— No sé cómo merezco ser amada; pero creo que Vandelle tiene por mí una afeccion simpática y leal.

— ¿Y nada más?

— No conozco bastante bien la vida, amigo mio; pero lo poco que he visto me hace pensar que no se debe ser demasiado exigente en materia de felicidad.

— ¿Y Vd. le ama?

— Lealmente, sinceramente, como yo deseo, como yo creo que él me ama... Nosotros no nos hemos casado por pasión... Yo conocía apenas á Vandelle, que venia rara vez al medio dia. No me disgustaba, hé aqui todo... Cuando me propusieron este matrimonio como el sólo medio de salvar su fortuna casi agotada y la mia bastante comprometida, consentí sin entusiasmo, pero sin repugnancia. «Si es bueno, me dije, le amaré,» y tenia confianza en que seria bueno.

— ¿Y ha justificado esta confianza? ¿Qué pasa entre Vds.? ¿De qué procede la frialdad con que la trata á Vd., frialdad que yo he notado y por la cual Vd. sufre?

— Se engaña Vd., no sufro, me veo tan sólo un poco aislada, mi marido necesita ejercicios violentos y distracciones, de las que yo no puedo participar... Es una necesidad de su salud

y de su humor... Por lo demás, mi aislamiento cesará en breve, pronto tendré una sociedad, una compañera y si es posible una amiga... He obtenido de él que escribiera á Paris, para que me buscasen una jóven, honrada y bien educada que consintiese en venir á mi lado como una lectora ó señorita de compañía. Si encuentro esta persona, si su carácter me agrada, si sus gustos simpatizan con los míos, me acostumbraré fácilmente á las costumbres de mi marido.

El jóven la miró un instante, y despues con ménos calma que ántes y elevando la voz exclamó :

— I hé aquí todo lo que pide Vd. á la vida, usted, que merece todas las ternuras y todas las alegrías. ¿Se contenta Vd. con la bondad banal de este hombre? ¡Ah! ¡este matrimonio! este matrimonio que me desespera, este matrimonio que he maldecido, al desgarrar mi corazón, no la ha hecho á Vd. feliz... ¡ y no tendré siquiera el consuelo de ser yo sólo el que sufra!

— ¿Qué significan estas palabras Olivier? interrumpió la jóven, procurando tomar un tono severo.

— Perdon, perdon, continuó él, se me han es-

capado á pesar mio... Se desbordaban de mi corazón... Soy demasiado desgraciado... ¡ sufro demasiado!... ¿No sabia Vd. Enriqueta que yo la amaba?

— ¡ Cállese Vd. ! ¡ cállese Vd. ! Olivier ; ¡ quiere que me arrepienta de la acojida afectuosa que le he dispensado?

— Enriqueta... hermana mia...

— Su hermana... si, su hermana... Por este nombre, por nuestros recuerdos de otros tiempos, por este título de hermana, le perdono á Vd. Estas palabras que son una locura y una ofensa no puedo recordarlas... Vd. no las ha pronunciado, yo no las he oído... No me acuerdo mas que de su amistad de la infancia... Guardela usted piadosa y santa, como yo la he conservado... Enriqueta es hoy la señora Vandelle, no lo olvide Vd. Vamos, sin una palabra mas sobre esto, déme Vd. el brazo, hermano mio : es necesario que me reuna con mis huéspedes á los que, sin que esto sea un reproche, he descuidado bastante por Vd.

Miéntas hablaban así, el dia habia declinado; los primeros resplandores del sol poniente ilumi-

naban las aguas tranquilas del Garona, y la bulliosa corriente del Neste; todas las montañas del horizonte se destacaban con claridad sobre un cielo puro que empezaba á cubrirse de rojos matices, y en las altas cumbres, las nieves y los hielos, se disponian á teñirse de púrpura como el firmamento.

VI

Cuando Enriqueta apareció de nuevo en la terraza, el alcalde decía á Raynal y á Vandelle:

— ¡Qué felices son Vds., señores, por haber podido pasar su juventud en Paris!... yo solo he conocido en sueños, las cenas, las partidas de placer, lo que se llama en fin, segun me han dicho, la vida de polichinela.

La señora Fourcanade se habia aproximado silenciosamente á su marido sin que éste lo notase, y cogiéndole de repente el brazo exclamó:

— Me parece, caballero, que sin salir de la provincia ha sido Vd. bastante polichinela.

— ¡Dios mio! amiga mia, dijo el alcalde con-

fundido, esto no admite comparacion. Las franchelas de Paris no tienen el mismo sabor que las de los departamentos... Las mujeres principalmente, tienen en la capital un aire que no se encuentra en provincias.

— ¡Cuidado! caballero ¡cuidado!... exclamó la alcaldesa, delante de su hija... un padre de familia, un magistrado municipal, el alcalde de su pueblo... se atreve á tener semejantes propósitos!

— Sólo tengo los propósitos, contestó el alcalde suspirando, y temiendo haber escandalizado de nuevo á su mujer, se apresuró á volver al lado de Raynal, a quien propuso pasar á la sala de billar, miétras aguardaban la comida.

— No juego al billar dijo el fiscal.

— ¡Cómo! ¿es posible? exclamó el alcalde.

La alcaldesa aprovechó la ocasion para intervenir de nuevo, diciendo con acritud :

— I bien, ¿de qué se sorprende Vd.? ¿Cree Vd. por ventura que el señor fiscal es una columna de café como Vd., desgraciado?

El alcalde, irguiendose, contestó con dignidad :

— Voy al café señora, en interés de la cosa pú-

blica... Allí solamente se hace la buena administracion.

— ¡Bah! exclamó Raynal.

— Sin duda... Vd. no puede imaginarse, señor fiscal, cuánto puede influir en las deliberaciones del consejo municipal un boc de ron caliente ofrecido con oportunidad... ¡Y en las elecciones! Hace veinte años que soy alcalde con todos los gobiernos... Pues bien, caballeros, mi pueblo ha estado siempre como un solo hombre por el candidato del gobierno, sea cual fuere... Y crea Vd. que la administracion debe estos triunfos al café.

— ¿Cómo así?

— Muy sencillo... Hé ahí á Crabrioules que dispone de treinta votos para el candidato de la oposicion... Juego sus treinta votos al dominó y gano... En las elecciones siguientes el partido de Crabrioules está en el poder... Y Barbazan que estaba ántes en *pro* hoy está en *contra*. Propongo una partida de billar á Barbazan... y en veinte carambolas, gano sus votos. Hé aquí como se administra un municipio.

De pronto el alcalde se interrumpió para consultar su reloj.

— Señores, exclamó, les tomo á Vds. por testigos de que el *express* de Paris á Tolosa viene con tres minutos de retraso.

Desde el dia en que se habia establecido la estacion de Montrejeau, el señor Fourcanade, al cual su pequeña fábrica de objetos de madera y sus deberes municipales dejaban muchas horas libres, se habia impuesto el deber de vigilar á la compañía del mediodia : estaba con tal exactitud en la estacion, cuando pasaban los trenes de grande y pequeña velocidad, que cualquiera le hubiera tomado por un empleado. Con el tiempo habia adoptado la costumbre de extender el brazo como un guarda agujas, para indicar que la via estaba libre. A las horas en que el *express* de Paris se detenia en Montrejeau, se le veia siempre en la estacion; entraba precipitadamente en el buffet, se encaraba con los viajeros y procuraba trabar conversacion con ellos. Me traen, decia, una especie de perfume parisien; me parece que llego de la capital y olvido la inmensa distancia que me separa de ella.

Cuando la suerte le deparaba la ocasion de encontrarse con una linda parisien, tenia para

ella atenciones casi paternales. «Puede Vd. almorzar con tranquilidad, señora, le decia, tiene Vd. más de veinte minutos, la avisaré con tiempo.» Iba, venia, consultaba su reloj, lo arreglaba segun el de la estacion y hablaba con el dueño del restaurant, los jefes, los subjefes del servicio y el comisario de vigilancia, de los cuales se habia hecho amigo. Algunas veces decia en alta voz : « faltan aún cinco minutos para los viajeros de Pierrefite y de Tarbes, diez minutos para Luchon, y un cuarto de hora para Tolosa. »

Y cuando llegaba el momento de partir, se lanzaba hácia la viajera de su predileccion, la obligaba á confiarle su saco de noche y la ayudaba á subir al reservado de señoras.

— Acabo de dar una vuelta por el boulevard de los Italianos, decia al volver á la casa municipal.

Pero ¡ay! el 6 de setiembre de 1877, el señor Fourcanade comia en casa de Vandelle, en compañía de su mujer y de su hija, y le fué imposible encontrarse en la estacion al pasar el tren *express*. Esto fué para él un gran contratiempo, pues hubiera visto aquel dia bajar del tren á una

viajera de las que á él le gustaban, alta, airosa y vestida sencillamente, pero con perfecto gusto. Un abrigo de viaje de lana ligera, cubria sus espaldas y su busto desarrollado, sin ocultar enteramente su talle flexible y delgado, y una falda de color neutro oprimia unas caderas perfectamente delineadas. Bajo un pequeño velo que llegaba hasta los labios, y permitia admirar sus graciosos contornos y su color encendido, se distinguian rasgos encantadores y unos ojos ardientes, inquietos, que miraban á todos los puntos del horizonte.

Viajaba sola, Fourcanade habria podido ofrecerle sus servicios, y cosa extraordinaria, Montrejeau parecia ser el término de su viaje. Se detenía en Montrejeau! caso único en todo aquel año.

En efecto, en vez de pasarse por el anden de la estacion, ó de entrar en el restaurant, se dirigió hácia la puerta de salida, entregó el billete, anunció que dejaba su equipaje en el depósito y dirigiéndose á un hombre del pais le dijo:

— ¿Quiere Vd. indicarme el camino que conduce á casa del señor Vandelle?

Cuando estuvo enterada y supo que el castillo apenas distaba un kilómetro, rehusó la tartana que le ofrecían y siguió con paso mesurado el camino que acababan de indicarle.

Un cuarto de hora después penetraba en el parque, y apercibiendo al jardinero, le rogó que anunciase á su amo que una señora, recién llegada de París, deseaba hablarle particularmente.

El jardinero, ántes de ponerse en camino, le abrió el salón del pequeño pabellón Luis XIII situado á la entrada del parque.

Trascurrieron diez minutos y Enrique Vandelle apareció en el extremo de la avenida que conducía al pabellón. Caminaba con paso rápido y miraba con ansiedad hácia la dirección indicada por el jardinero. ¿Qué podían quererle? ¿Quién podía ser esa señora de París? Buscaba una señorita de compañía para su mujer, y se había dirigido á muchos de sus amigos, pero no le habían contestado aun. Además, la persona que él deseaba, admitiendo que llegase sin ser anunciada, no habría preguntado por él y se habría presentado directamente á la señora Vandelle.

Cerca del pabellon, cuya puerta estaba abierta de par en par, se detuvo y miró:

En el piso bajo, en el salon de los tapices antiguos vió en efecto una mujer sentada, pero estaba de espaldas y parecia aguardar con indiferencia su llegada.

Vandelle entró.

VII

Entonces la extranjera se levantó con lentitud, y volvió la cabeza bruscamente.

— ¡ Esther ! exclamó el jóven.

— ¡ Sí ! yo, Esther Sandraz, dijo ella.

La sorpresa era demasiado grande, la emocion demasiado viva; el jóven se sintió desfallecer, viéndose obligado á apoyarse en la pared para sostenerse.

La miró algun tiempo sin hablar, pero enseguida sintiéndose más fuerte avanzó dos pasos diciendo:

—Tú! tú! aqui?

Ella no contestó, continuaba de pié, inmóvil y

silenciosa, con los ojos fijos en los de Enrique.

En fin, arrastrado por un arranque irresistible, olvidando el sitio en que estaba, su situación y los peligros que corría, se lanzó hácia ella exclamando:

— Tú á quien ya no creía volver á ver, estas aquí... No es un sueño .. Eres tú, tú. Pero ¡ cómo me miras!... He cambiado, ¿no es verdad? Me falta el aire y la vida, al faltarme tu amor... Cuánta razon tenias al decir que nuestros recuerdos nos ligarian eternamente... ¡ Ah! yo ignoraba su misterioso poder... A no ser así... Cuántas veces he maldecido este matrimonio... Sí, he lamentado el no haber sufrido la miseria que me esperaba, la miseria contigo!.... ¿ De dónde vienes? ¿ Dónde estabas?... te he escrito, te he buscado...

— Lo sé.

— ¡ Lo sabias y estabas oculta!... ¿ Te vengabas?

— Sí.

— Pero al fin el amor ha vencido á la cólera. ¿ Acaso podemos vivir el uno sin el otro? Has perdonado, porque has comprendido... ¿ Podia evitar este matrimonio? Si no me hubiese casado, hu-

biéramos sido pobres tú y yo.. ¿Qué habria sido de los dos en aquel abismo parisien, con nuestras costumbres de lujo, sin recursos de ninguna clase?

Se detuvo para contemplarla: parecia metamorfoseado, su cara resplandecia, su mirada brillaba. Se rejuvenecia en un instante de los tristes años que acababa de pasar.

En su embriaguez, en su locura, perdia al mismo tiempo la conciencia de sus deberes y de su dignidad.

— ¡ Ah! qué hermosa eres Esther mia, exclamaba, más bella que en mis recuerdos... No, cuando te llamaba, cuando evocaba tu imágen, en el parasismo de mi desesperacion, en la fiebre de mi amor, no te veia asi... ¡ Pero habla, responde!... Vienes á buscarme, ¿ no es verdad, partamos, estoy pronto... ¿ A dónde vamos?

— A ninguna parte, dijo ella con voz tranquila.

— ¿ Prefieres quedarte en París? ¡ sea! Iré allá, y viviré contigo, porque puedo ausentarme meses enteros... ¿ Prefieres instalarte en este país?... ¿ en las cercanías?... en Saint-Beat, en

Luchon, donde tú quieras... Alquilaré ó te compraré una casa, caballos, carruajes... Tendrás una vida lujosa, grande, digna de tí, de tu distincion, de tu gracia, de tu belleza...

Esther le interrumpió con estas palabras:

— ¿Supone Vd. entónces que vuelvo despues de dos años, para aceptar las proposiciones que rechazé?

Esta frase, la manera como fué pronunciada, y la sangre fria de Esther, calmaron la exaltacion de Vandelle.

— ¿Qué quiere Vd., pues? exclamó sorprendido, como si despertase de un sueño. ¿Ha venido usted para marcharse en seguida?

— Nó, me quedo aqui.

— ¿Cómo aqui?... ¡aqui! repitió asustado.

— ¡Si! replicó ella con calma, vengo á vivir con Vd.

Estupefacto, Vandelle exclamó:

— ¡En mi casa! ¡En mi casa!

— Sin duda, continuó Esther: ¿no busca usted una lectora para la señora Vandelle?

— ¿Y bien?

— Pues yo vengo á desempeñar este cargo.

— ¿Vd.?

— ¡Yo!

— Esto es una insensatez.

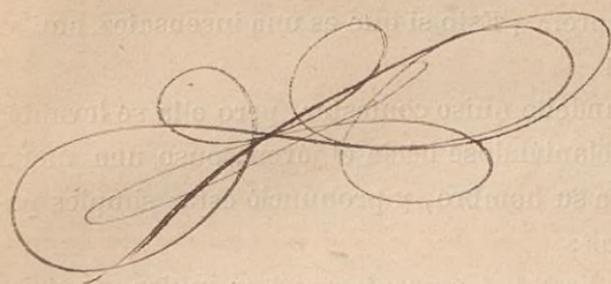
— Quizá.

— Imposible.

— A mi me gustan las cosas imposibles, ya lo sabe Vd.

— ¿Pero con qué fin?

— No tengo necesidad de decirlo, ya lo verá usted.



VIII

Cuando él se disponía á interrogarla de nuevo, Esther cojió una silla, se sentó en ella á través y con el brazo derecho apoyado en el respaldo, continuó con voz lenta y acompasada:

— ¡Cómo! Pretende Vd. que me ama todavía: desde hace dos años, sólo piensa Vd. en mí, sólo sueña conmigo, y está Vd. desesperado por haberme perdido. Sin mí el aire le falta, la vida le abandona... y cuando vengo á ofrecerle el vivir á su lado, bajo el mismo techo, no separarme jamás de Vd., estar aquí, sin cesar, bajo sus miradas, rehusa Vd. el recibirme, me rechaza usted, con riesgo de perderme esta vez para

siempre... ¡ Esto si que es una insensatez, amigo mio!

Vandelle quiso contestar, pero ella se levantó, y adelantándose hácia el jóven, puso una mano sobre su hombro, y pronunció estas simples palabras:

— Va Vd. á presentarme á su mujer, lo quiero. Enrique se estremeci6, pero reponiéndose en seguida, contestó con calma:

— Mi mujer no cometerá la imprudencia de admitirte en su intimidad, de introducirte en su casa... Eres demasiado hermosa y tu belleza la asustará.

— Mi belleza no hará en la señora Vandelle la misma impresion que en Vd. Las mujeres no tienen las unas por las otras estos entusiasmos que inspiramos á Vds... Luego, la señora Vandelle es linda tambien, asi me lo han asegurado, y tiene bastante amor propio para temer á una rival. Yo sabré además, por la sencillez de mi actitud y de mi vestido sustraerme, á todo peligro... Me haré tan pequeña, ocuparé tan poco sitio, que pasará desapercibida.

— Pero mi mujer no te aceptará sin recomendaciones, sin cartas.

— Cartas, dijo la jóven con calma, tengo algunas. Y abriendo una pequeña cartera de piel de Rusia que llevaba en el bolsillo, sacó de ella dos cartas, y acercándose á una ventana, empezó á leer, dando á su voz toda la espresion posible, adoptando un tono teatral:

«Esther, no puedo vivir sin tí. ¡Te amo más que nunca! ¡Te amo como un loco! Nuestro pasado se levanta ante mí. Tengo fiebre... Mi cabeza arde... ¡el recuerdo de nuestros amores me quema y me devora! Dí una palabra y correré á tu lado, habla y seré tu esclavo toda la vida... »

Aquí interrumpió la lectura para decir:

— Es una carta que me escribió Vd. un mes despues de su matrimonio. La dirigió Vd. á la calle de Seze, sin saber si yo la recibiria, pero una persona de mi confianza me enviaba toda mi correspondencia al retiro que Vd. no ha podido descubrir... Y esto no es todo. Hé aquí otra carta, tiene fecha, como la anterior. Oiga Vd.:

«No sé si mis cartas llegan á tus manos. No sé si esta llegará. ¿En dónde te ocultas? ¿A dónde has huido? He hecho mil pesquisas y gestiones para encontrarte... ¿No estás bastante ven-

gada con las torturas que sufro? ¡Ah! son intolerables, te lo juro!..... ¿Por qué vengarte? Puesto que no la quiero..... puesto que no puedo amarla..... Tu recuerdo me separa de ella, me separará siempre..... No podré encontrar ya en ninguna mujer, que no seas tú, los placeres de que he gozado en tus brazos..... Escríbeme, vuelve, perdóname..... Inpónme condiciones. Las acepto de antemano..... las acepto..... Haz de mí lo que quieras, me muero por tí.....»

— ¿Y bien? preguntó bruscamente Vandelle, cuando Esther terminó su lectura, ¿qué uso pretendes hacer de estas cartas?

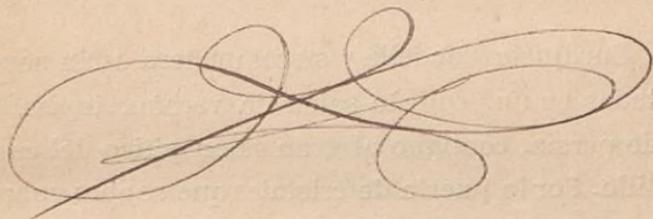
— Ninguno, si me presenta Vd. hoy á su esposa como la lectora que aguarda..... Dígale usted lo que quiera, esto no me importa..... Puedo estar recomendada por una persona de toda su confianza, si es preciso, por uno de sus parientes..... Supongo que la señora Vandelle no lee sus cartas..... A pesar de la distancia que nos separaba, no le he perdido á Vd. de vista, y segun mis noticias, manda Vd. en su casa.

— Es verdad, pero con la condicion de que haga cosas justas y sensatas.

— Por esta vez hará Vd. una locura.

— ¡Y si no la hago?

— Es inútil contestar á Vd. La hará Vd..... porque está Vd. cansado de la vida que lleva en este país..... porque me ama Vd.... y añadió enseñando las cartas, por temor.



IX

Enriqueta Vandelle y su compañera están sentadas en un pequeño salon de verano, tapizado de persia, contiguo al gran salon gótico del castillo. Por la puerta de cristales que se abre sobre la terraza, se descubre toda una línea de montañas espléndidamente iluminadas. El cielo es de un azul trasparente, sin una nube, sin la menor mancha blanca; solamente en el horizonte, algunos lejanos vapores formados en la tierra caliente de alguna meseta, suben lentamente hasta las altas cumbres, roban un instante á las miradas un pico elevado, se elevan aun y desaparecen detrás de las cimas más lejanas.

De la terraza, en donde abren sus cálices las últimas flores del verano, mezcladas con las primeras del otoño, de la enramada vecina y de las praderas, cuya yerba acaba de ser cortada, se desprenden mil perfumes penetrantes que, empujados por una brisa ligera, se esparcen por el salon.

Esther Sandraz, á la cual todos en casa de Vandelle, en donde está hace tres semanas, llaman Clara Meunier, lee en alta voz una de nuestras novelas modernas, y Enriqueta ha dejado su labor de tapicería para escucharla con más atención. Sin embargo, de pronto la interrumpe para decir:

— ¡Cuán falsas son estas pasiones y cuán exagerados estos sentimientos!

— ¿Lo cree Vd. así, señora? contestó Esther levantando la cabeza y cerrando el libro.

— Creo que deben prohibirse esta clase de lecturas porque agitan, turban los sentidos, y no dejan nada bueno en el corazón.

— ¡Es extraño! ¡A mí no me agitan ni me conmueven!

— ¿Cómo, señorita, Vd. concibe el amor criminal de esta mujer... casada con un hombre

que la ama... Esta pasión ciega, desordenada, por este joven que apenas conoce, que ha visto por primera vez?

— En efecto; lo comprendería mejor, contestó negligentemente Esther, si lo conociese desde mucho tiempo, si este amor datase de la infancia.

— ¡ Ah! exclamó Enriqueta á pesar suyo.

— Y si el marido, continuó Clara Meunier, en vez de amar á su mujer, la tratase con indiferencia y frialdad.

— ¿ Y esto es una razón suficiente? preguntó Enriqueta sorprendida.

— Cuando se razona nó... Pero el despecho, el dolor y la pasión no razonan... Y después... hay recuerdos tan dulces, tan tiernos... Comparaciones tan peligrosas, que el abandono despierta y que la tristeza evoca.

Mientras hablaba así, se había levantado, y de pié cerca de la chimenea, arreglaba un tiesto de flores cogidas por la mañana. De pronto se volvió hácia Enriqueta y aventuró estas palabras:

— El señor Vandelle caza mucho desde hace algunos días.

— ¿A propósito de qué me habla Vd. del señor Vandelle? exclamó la jóven levantando la cabeza.

— A propósito, contestó Esther con cierta naturalidad, de un tiro que acabo de oír cerca del castillo... el señor Vandelle no tardará en venir.

Y aproximándose á la puerta de cristales, dió un paso y añadió:

— No me habia engañado, alguien atraviesa el parque... ¡Oh! dijo un momento despues; no es él...

— ¿Es alguna visita? ¡Ya! exclamó Enriqueta sin dejar su sitio; el señor alcalde sin duda, añadió sonriendo.

— No, contestó Esther; acaban de dar las doce, y el señor Fourcanade está sin duda en la estacion de Montrejeau. El tren de Luchon debe llegar de un momento á otro, y el señor alcalde nos ha dicho que no faltaba á ningun tren en estos momentos, porque queria despedirse de los parisiens rezagados que abandonan nuestras montañas...

— ¡Ah! continuó, entrando de nuevo en el salon y sin perder de vista á Enriqueta; ahora ya

sé quién es ...; es el jóven que se marchó hace tres semanas, al dia siguiente de mi llegada, y que parecia tan triste por abandonar esta casa... ¿Pero qué tiene Vd., señora?

— ¿Qué tengo? dijo turbada; ¿por qué esta pregunta?

— He creído notar, contestó Esther, que tenia usted una especie de escalofrio. Quizá esta puerta abierta...

— Sí, hágame Vd. el favor de cerrarla.

Miéntras Esther Sandraz obedecia, sin dejar de mirar á Enriqueta, un criado entró y dijo, dirigiéndose á la señora Vandelle :

— El señor Deschamps pregunta si la señora puede recibirle.

— Ciertamente... que entre, contestó la jóven.

Esther tomó de nuevo el libro cuya lectura habia sido interrumpida y se sentó en un sofá en el extremo opuesto del salon.

X

Olivier acababa de entrar, y apenas hubo saludado á la señora Vandelle, cuando ella le preguntó vivamente:

— ¡Y bien! amigo mio, ¿qué nuevas me trae usted? ¿Ha encontrado Vd. en el país la colocacion que deseaba?

— No he encontrado nada, contestó Olivier; he buscado inútilmente en todas las fábricas... en todas partes la misma respuesta: «No necesitamos de nadie.» Promesas vagas de pensar en mí para el porvenir, que no comprometen á nadie y que se olvidan ántes de que se franquee el din-

tel de la puerta, hé aquí todo... Pero yo no pienso en preguntarle á Vd. por su salud... Me parece que está Vd. pálida... ¿Sufre Vd.?

— No, estoy bien... hablemos de Vd... ¿qué va usted á hacer?

— Me vuelvo á Paris.

— ¡Ah! espera Vd. encontrar...

— Espero, por mis amigos y por mis colegas, encontrar una colocacion en el extranjero.

— ¡En el extranjero!...

— Sí, nuestra escuela proporciona muchos ingenieros á los países lejanos, que empiezan á dedicarse á la industria.

— ¡Abandonar la Francia, dijo ella tristemente, y por tanto tiempo!...

— Por mucho tiempo, sí... para siempre quizá... Cuando se parte, ¿se puede saber cuándo se volverá?

— Solo, tan léjos, en países desconocidos, en medio de extranjeros, de indiferentes!

— Solo allá ó solo aquí ¿qué importa?... No es la soledad lo que me asusta; hubiera querido quedarme en un país cerca de... de mis recuerdos de la infancia... Desde el momento en que esto

es imposible, poco me importa el rincón de tierra que me designe el destino.

Clara Meunier, que había permanecido silenciosa desde la llegada de Olivier, y que se había limitado á observar por encima del libro que parecía leer atentamente, creyó debía intervenir.

— Dispense Vd., señora, dijo; pero me parece haber oído que hay en este momento un destino vacante en la fábrica.

— Lo sé, señorita, contestó Henriqueta con sequedad.

— Dispense Vd., señora, creí que lo había usted olvidado.

— Muchas gracias.

— Olivier miró á la nueva interlocutora exclamando con sorpresa:

— ¿Una colocación aquí?

— Sí, continuó la señorita Meunier, viendo que la interrogaban directamente; una plaza de ingeniero para las máquinas; ayer noche mismo el señor Vandelle habló de esto.

Y dichas estas palabras se levantó, dejó el libro sobre la mesa, y dirigiéndose á Henriqueta le dijo:

— Dispense Vd., señora, si me retiro algunos instantes, pero el correo va á partir y tengo que escribir una carta.

— ¡Oh! señorita vaya Vd. donde quiera.

Cuando la señora Vandelle se quedó sola con Olivier, ella interrumpió el silencio diciéndole:

— Sabia ya que habia un destino vacante... he dudado y no me atrevo á pedirlo, porque... pero hago mal, ¿no es verdad? Estoy segura de usted... el pasado ha muerto... Olvidaremos las palabras que se le escaparon á Vd. hace quince dias. Vd. sólo verá en mí una hermana, una amiga... ¿Qué contesta Vd., Olivier? ¿Puedo pedir este destino, le será á Vd. agradable el obtenerle?

— Me será agradable vivir al lado de Vd... ¿puede Vd. dudarle?

— No, si habla Vd. así, no lo pediré... Diga usted que le será agradable el ocupar una posicion, el cumplir un deber.

— Le prometo á Vd. que no saldrá de mis labios ninguna palabra que pueda ofenderla. Respondo de mí, me siento fuerte... su amistad es para mí demasiado preciosa para que me exponga á perderla... Pero déjeme Vd. decir que es

para mí una felicidad el permanecer á su lado ..
Un hermano, ¿no es acaso dichoso al vivir al lado
de su hermana?

— Si es así, despídase Vd. de mí, oigo á mi
marido y deseo quedarme sola con él para ha-
blarle de Vd.

XI

Algunos minutos despues, Enrique Vandelle, despues de quitarse su traje de caza, entraba en el salon. Esperaba sin duda encontrar á Esther Sandraz, y cuando vió que ésta se habia marchado, hizo ademan de retirarse, despues de haber cambiado algunas palabras con su mujer.

— Te pido un momento de conversacion, amigo mio, dijo Enriqueta en el momento en que él iba á salir.

Vandelle se detuvo, y volviendo sobre sus pasos, preguntó con acento brusco:

— ¿Qué tienes que decirme?

— Quisiera, contestó resueltamente Enriqueta, pedirte que dieras á Olivier Deschamps, la plaza de ingeniero que está vacante en la fábrica.

— ¡ Otra vez !

— Cuando te hablé en su favor hace tres semanas, me contestaste que no habia ninguna vacante, hoy la vacante existe y la pido para mi protegido.

— Este es un asunto de administracion, amiga mia... y no te corresponde.

La jóven se levantó y acercándose á él le dijo con acento en que se revelaba la firmeza:

— No, no es para mí un asunto de administracion, es una cuestion de amistad, de simpatía, casi de deber; tu sabes el interés que me inspira mi compañero de la infancia... conoces su mérito, su probidad... yo respondo de su celo y te pido como una muestra de condescendencia, de afeccion por mí, como una gracia personal, este destino que no has prometido á nadie y que yo solicito para él.

Vandelle, despues de reflexionar un instante, contestó :

— Siento negarte lo que me pides... para la

vigilancia de las máquinas me bastará un buen contraamaestre, no me gustan estos jóvenes salidos de las escuelas, que salen de ellas llenos de teorías y revuelven los talleres.

— No hablemos mas de esto, dijo la joven dirigiéndose hácia la puerta.

— Lo siento, puedes creerme.

— Yo soy la que siento el haberte importunado, contestó la joven sin volverse.

Y saliendo por la puerta del jardín, dejó solos en el salón á su marido y á Clara Meunier que, acababa de entrar y habia oido las últimas palabras de la conversacion.

XII

Esther Sandraz siguió un momento con la mirada á Enriqueta, y cuando la vió desaparecer en una de las avenidas del parque, dijo á Vandelle.

— Porqué niega Vd. á este jóven una colocacion en su fábrica ?

— ¿No lo has adivinado?

— Nó.

— Por dos motivos.

— ¿Cuales ?

— Primero, dijo él paseandose con agitacion, porque me parece inútil introducir un espía en mi casa.

— Para lo que tendrá que espiar, interrumpió la jóven sonriendo, convenga Vd. en que su plaza será un verdadero beneficio.

— Sea. Pero...

— ¿Pero qué?

— Nada, dijo él continuando su paseo.

— Ya adivino, cuenta Vd. con el porvenir.

— ¡Oh! exclamó Vandelle; sino contase con él..

— Hace Vd mal; el porvenir será lo mismo que el presente.

— ¡Oh, veremos!

— Ya está visto. Pasemos al segundo motivo.

— El segundo motivo, es que no estoy dispuesto á ser amable.

— Bastante se vé... ¿no ha sido Vd. afortunado en la caza?

— ¿En la caza!

— Sin duda... ¿Vamos á ver, con quién está Vd. incomodado?

— ¿Me lo preguntas? dijo Enrique deteniéndose delante de ella.... contigo.

— ¿Conmigo? ¿Qué puede Vd. reprocharme? ¿Desempeño mal mis funciones de lectora y de doncella de confianza? ¿Acaso no gano equita-

tivamente sus ciento cincuenta francos mensuales, la manutencion y la casa?

— Basta de bromas.... Si hubiese sabido hace tres semanas que venias aqui para torturarme...

— ¿Con qué otro fin suponía Vd. que habia venido? ¿Qué esperaba Vd? ¿Que yo quisiera disputarle á su mujer legítima, partir con ella sus buenas gracias, desempeñar el papel de criada-querida al lado de la mujer legítima?... ¡A mí, á Esther Sandraz un papel semejante! segunda sultana del pachá Vandelle, en el Alto Garona... Esto es simplemente estúpido, amigo mio. ¡Dios mio! ¡cuánto ha perdido Vd. desde que vive en provincia!

— Te he propuesto que partiéramos.

— Para ser abandonada al cabo de seis meses ó un año, cuando estuviera Vd. hastiado de este viaje sentimental, ó cuando le llamarán á Vd. las necesidades de la fábrica. ¡Muchas gracias! No estoy de humor para figurar entre las Ariánas abandonadas.

— ¡Ah! exclamó el jóven cogiéndole la mano, no te abandonaré jamás.

— Es posible, replicó ella desasiéndose, no son

los abandonados los que sufren más, la experiencia se lo ha enseñado á Vd... Ha sentido Vd. la fuerza de ciertas afecciones, el poder de ciertos recuerdos... Pero ¿qué quiere Vd? yo soy desconfiada y además... Vd. está casado amigo mio y yo no cazo en vedado.

— ¿Qué quieres pues?

La jóven le miró fijamente y contestó :

— Ya lo sabe Vd., acaba Vd. de decirlo; hacerle sufrir.

Enrique logró cojerle las manos y estrechándoselas nerviosamente exclamaba :

— ¡Cómo me odias ! ¡Cómo me odias!

— Si te odio, contestó ella riendo, pero sin dejar de mirarle.

— ¡Esther! exclamó Vandelle furioso.

La jóven continuó riendo, con una risa nerviosa, provocadora, escitante. Detrás de sus labios encarnados, gruesos y húmedos, brillaban unos dientes admirables por su forma y su blancura. Su cabeza echada hácia atrás y su boca abierta, permitia ver hasta el fondo de su garganta sonrosada y sana, su pecho se inclinaba, poniendo en relieve sus encantadoras formas, su talle se

doblaba, y todo su cuerpo sostenido por Vandelle que continuaba estrechándola en los brazos, guardaba una actitud seductora y voluptuosa.

De pronto, se irguió, é inclinándose hácia su amante le dijo :

— ¡Hay momentos en que me matarias con placer!

— Sí! si! exclamó el jóven.

— ¡Sin embargo, me amas!

— Si, te amo.

— Pues bien... ya ve Vd. como...

— ¿Cómo qué?

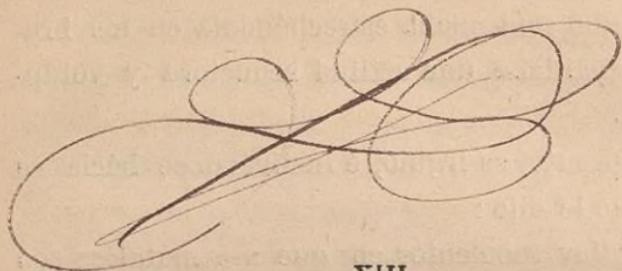
— Cómo en el odio hay...

— ¡Acaba!

— Ah! ah! ah! es Vd. capaz de creerlo todo.

— ¡Demonio! rugió Vandelle.

Y sin aliento, quebrantado por aquella lucha, soltó los brazos de Esther y se dejó caer sobre una silla.



XIII

La jóven permaneció silenciosa é inmovil, aguardando á que se repusiera para librarle una nueva batalla, imponerle nuevas torturas; despues se deslizó detras de Vandelle, y poniendo la mano sobre su espalda, acercando su rostro al del jóven, hasta tocarle, le dijo con voz dulce, ardiente y lenta :

— ¿Te acuerdas Enrique de la casa de la calle de Seze, del cuarto con las cortinas corridas.... de la ventana á que me asomaba para verte llegar? ¿Te acuerdas de estos brazos que se tendian háciati, de estos ojos que buscaban los tuyos, de esta voz que te decia : Quédate un poco más!

Enloquecido de nuevo por aquellos recuerdos, que ella se complacia en evocar súbitamente, por aquella ternura inesperada, embriagado aún por sus provocaciones anteriores, quiso acercarla hácia él é intentó estrecharla en sus brazos.

— ¡Ande Vd. con cuidado ! exclamó la jóven con aire púdico. Si su esposa entrara..... no quiero que pueda suponer que yo autorizo á Vd. para que me galantée... Piense Vd. que ella me despidiria y entónces, ¿qué seria de mi?

Aquí se detuvo, y continuó enseguida :

— A propósito de la señora Vandelle, me olvido siempre de decir á Vd. una cosa..... es verdad que nos vemos solos muy pocas veces..... Es encantadora su señora de Vd. : ayer mismo la miraba, y ya sabe Vd. que yo entiendo en belleza. ¿Por qué no la ama Vd.? ¡Porque al fin, míreme Vd. ! ¿Acaso soy mejor que ella?

Hablando así, se erguía ante él, en plena luz, encendida, con los ojos brillantes, la sonrisa en los labios, segura de sí misma, resplandeciente de juventud y de belleza.

— ¡ Oh ! exclamó el jóven, llevando las manos á su rostro como si estuviera deslumbrado. No me

mires así, no me digas que te mire..... tu mirada me enloquece.

— Ya lo sé, y por esto le miro, replicó Esther, otra vez fria y burlona.

— ¡Otra vez, siempre esta burla cruel!

La joven se reclinó voluptuosamente en un sofá y volviendo á ser de nuevo sentimental y nebulosa, dijo á Vandelle, devorándole con la mirada :

— Esta noche he soñado contigo, te veia como eras en otro tiempo, cuando llenabas mi corazon, cuando me embriagabas con tus caricias, cuando me bastaba tocar tu mano para que se estremeciese todo mi ser..... ¡oh! Enrique, Enrique, ¿por qué me dejastes partir? ¿por qué partiste? ¡por qué has puesto á esta mujer entre los dos?

— Olvida que existe.

— Por esto no dejará de existir. Y despues, añadió cambiando de tono, ¿quien le dice á Vd. que yo le aceptaré aunque fuera Vd. libre?

— Tu eres la tortura implacable, exclamó Vandelle fuera de sí; tu juegas conmigo como un tigre con su presa... Con una frase, con una

mirada me abrasas..... nace en mí la esperanza, veo brillar en tus ojos un rayo de amor, creo en él, la pasión me arrebató, y entonces, una palabra de hielo y una sonrisa sardónica, me vuelven á sumergir en un infierno !

— Dios mío, sí, contestó Esther con calma, esto es lo que he querido, esto es lo que quiero.

— ¿Y será siempre lo mismo ?

— Siempre.

— ¡Pues bien!... ¡no! es necesario que esta vida de infierno concluya... Conmigo ó sin mí partirá Vd. señora.

— ¡Bah !

— Si, aunque deba decirlo todo, aunque tenga que confesar lo que me pasa.

— ¿A su mujer? No deja de ser una buena idea, le aconsejo á Vd. que la lleve á cabo. Esto sería muy lindo... tengo curiosidad de verlo.

Entonces se oyeron pasos en el salón contiguo, y la joven, abriendo la puerta de cristales que comunicaba con la terraza, salió tranquila, impasible, con el libro en la mano, después de haber lanzado á Vandelle una última mirada penetrante y llena de desafío.

XIV

Esther estaba segura de que su antiguo amante no diría una palabra : si hubiese querido hablar, lo habría hecho el primer día, cuando apenas la había visto, ántes de caer de nuevo bajo su dominacion. Habría hablado, cuando aun le era posible decir á Enriqueta : « Si, he amado ántes de conocerte, á esta mujer que tiene la audacia de presentarse hoy delante de tí, y quiere introducirse en tu intimidad. La he amado aun durante los primeros meses de nuestro matrimonio, cuando no te conocia como te conozco hoy. ¿Se puede impedir al pasado que haya existido? En mi extravío, me atreví á escribirle algunas cartas, de las

cuales ha hecho hoy una arma contra mi. Pero despues, tus gracias, tu belleza, todas tus delicadezas esquisitas me han conmovido y poco á poco he olvidado los años trascurridos, para vivir solo por tí; mis recuerdos se han estinguido y sólo veo tu realidad encantadora. Perdóname, te lo pido, y apesar de lo que diga y de lo que haga, arroja á esta mujer de tu casa. »

Ahora, este language no era ya posible; Esther habia entrado en la casa con su consentimiento: habia cometido la infamia de introducir á su antigua querida en el hogar conyugal.

Y miétras tanto, obrando así, no solo se hacia su cómplice, sino que se convertia tambien en su esclavo, en su mueble, en su cosa. Le pertenecia con toda la violencia de sus recuerdos, de sus deseos combatidos, rechazados durante dos años, y que la vista de Esther agujoneaba ardientemente. Cuando su imágen se estinguia lentamente, como se estinguen en el horizonte purpurino los últimos rayos del sol, ella se habia mostrado de repente, con todo el brillo de sus veinte y cinco años, con toda la hermosura de la mujer. No le bastaba con aparecer sober-

bia, esplendente, bastante bella para ser adorada por el que la viera por primera vez, aparecía además con ella el pasado y sus escitantes perfumes. Vandelle no la veía, tal como entónces se presentaba, con su aire reservado, su actitud modesta, su vestido apropiado á su nueva situación, sus ojos bajos, silenciosa, siempre fiel á su nueva profesion, la veía con la mirada ardiente, la boca húmeda y entreabierta, las ventanas de la nariz palpitantes, los cabellos sueltos, el pecho agitado y la oía murmurar á su oído palabras provocadoras, que recordaban sus caricias apasionadas.

Para calmar la agudeza de estos recuerdos, para calmar el ardor de su sangre, para entibiar el pasado, ella no ofrecía siquiera el porvenir, no le hacía promesas de estas que permiten olvidar el presente y refugiarse en la esperanza. Al contrario le parecía decir: «Mira lo que soy, pero acuérdate de lo que he sido; figúrate lo que podría ser, si uniera el pasado con el presente, si quisiera... Pero no quiero... no querré jamás.»

Esta última palabra, él no quería oirla, su

amor propio y su orgullo la rechazaban! ¡Jamás! ¿Cómo jamás? ¿Podía él admitir que después de haberle amado tanto, ya no le amase, y que no la torturasen los mismos recuerdos que á él? Sí. Al castigarle por su traicion, ella sufría como él, pero el castigo sería limitado, la pena espiraría en breve. Ella hacía una prueba, quería dominarle enteramente, hacer imposible en el porvenir un nuevo abandono. ¡Ah! ¡sí! ella le amaba siempre. ¡Él quería creerlo y lo creía!

¿Se engañaba? ¿Le amaba ella verdaderamente? Después de dos años de lucha, de dos años de esfuerzos para olvidarle, Esther había vuelto hácia él, dominada por el deseo de volverle á ver: ¿el pasado se levantaba ante la querida como ante el amante? O, como ella lo afirmaba, victoriosa de sus recuerdos, segura de sí misma, preservada de una nueva caída, ¿pensaba en vengarse?

Si sólo se trataba de expiacion, se podía vanagloriar de haber imaginado una tortura bien terrible para aquel hombre, cuyo cuerpo era su alma, y al cual ella hería tan cruelmente en su carne.

Sin embargo, ella se mostraba ménos dura para su antiguo amante, que él no lo era para sí mismo: se contentaba con vivir bajo el mismo techo, y presentarse ante él como un reproche vivo del pasado. Pero si no hubiese conocido en otro tiempo á Esther Sandraz, no habria podido dirigir ningun reproche á Clara Meunier. Esta sufría más bien que provocaba todas las conversaciones. Era Vandelle quien la buscaba sin cesar, quien espiaba todas las ocasiones de sorprenderla, de hablar con ella, estando siempre en acecho, aguardando la hora en que las más grandes resistencias se funden en estrecho abrazo.

Una tarde, al atravesar Vandelle el parque para salir al campo, apercibió á Esther que salía del castillo y se dirigia á una enramada muy espesa, lugar predilecto, en donde se refugiaban ella y Enriqueta durante las horas calurosas de la tarde. Aquella vez Esther estaba sola, pues la señora Vandelle habia dicho durante el almuerzo que tenía jaqueca y que se retiraba á su cuarto.

Vandelle se dijo enseguida que aquella era una buena ocasion para tener una larga entrevista con su eterna fugitiva. Sin embargo, no se dirigió en el acto á su encuentro; como hombre prudente quiso dejar el tiempo necesario para

que ella se instalase con comodidad, para que se sintiese ménos tentada á emprender la fuga. Dejó pasar un cuarto de hora, despues tomó por la misma avenida que ella habia seguido, entró en una espesura que le permitia acercarse sin ser visto al nido umbroso, llegó á él, y oculto detrás de una mazorca de alheñas, miró.

Habia hecho bien en no apresurarse: aprovechándose de la libertad que Enriqueta le daba, persuadida de que nadie turbaria su soledad, y segura de no ser vista, Esther, en vez de sentarse, como de costumbre, en el banco rústico, se habia instalado en una hamaca de tela blanca suspendida entre dos árboles, y fatigada por el calor se habia dormido.

Vandelle silencioso, conteniendo su respiracion, clavó en ella una larga y ardiente mirada. Del sitio en que se encontraba la veia enteramente, abrazaba todo su conjunto. Como la tela de la hamaca no se unia en la parte superior, Esther aparecia primero de frente, desde la cabeza á los piés. En aquella actitud era espléndida: un rayo de sol, despues de jugar en el follaje, iluminaba su rostro, sus cabellos y sus brazos desnuda-

dos hasta los codos , en los cuales apoyaba la cabeza , sirviéndole de almohada. Sus largas pestañas cerradas derramaban una ligera sombra sobre sus mejillas. Su boca entreabierta sonreía voluptuosamente, como si soñase en sus antiguos amores. Tendida horizontalmente, su pecho prominente parecía tener la firmeza del mármol, y su vestido, algo levantado, dejaba ver una pierna fina en las extremidades y repleta y carnosa en el centro.

Después de haberla visto de frente, Vandelle podía, gracias á la hamaca suspendida entre el cielo y la tierra, seguir los contornos de su cuerpo, admirar todas las líneas claramente dibujadas por la tela tirante, que parecía amoldarla, como la tierra amolda las maravillas que el escultor quiere conservar. Sus anchos hombros, su redonda espalda, sus caderas poderosas, á las cuales el vestido recogido debajo de ella é invisible, daba más anchura, se dibujaban claramente, y la tela blanca de la hamaca, cubriendo aquel hermoso cuerpo, y disimulando sus vestidos, le daba la blancura del mármol y la desnudez de la est^atua.

Vandelle no podía desistir de aquella contemplación y su cabeza se desvanecía. Todo se asociaba en aquel momento en la naturaleza para embriagarle : raudales de luz caliente, exhalaciones de la tierra bañada por el sol, y los perfumes de la enramada sonora con los zumbidos de los insectos.

Esperó, no obstante, á que los ojos de Esther se cerraran por completo, á que su pecho agitado, respirara con más regularidad, y entónces abandonó su sitio y se deslizó silenciosamente hacia la hamaca.

XVI

Llegó á su lado, sin que ella hubiese abierto los ojos, y pudo contemplarla de más cerca, respirando sus perfumes preferidos y todas las emanaciones embriagadoras que se desprenden de la mujer amada.

Despues, delirante, se lanzó sobre ella con un indecible trasporte y la dió en los lábios un beso frenético.

Esther se despertó sobresaltada, su mirada expresó el terror, pero como no podia lanzar un grito porque los labios de Vandelle oprimian los suyos como una mordaza, apoyó las manos sobre los hombros de su antiguo amante, é intentó rechazarle.

Después de muchos esfuerzos prolongados, logró librarse de la opresión de Vandelle, y de sus labios ya libres, salieron estas palabras: « ¡Déjame, déjame ó llamo, cobarde, cobarde! »

No pudo continuar: Enrique le había cogido las manos y de nuevo aprisionaba su boca.

Entonces Esther hizo enérgicos esfuerzos para apartar su cabeza, para escapar á la opresión de sus labios. Pero cualquiera que se haya tendido en una hamaca algo elevada, no ignora que es difícil salir de ella y poner los pies en el suelo aunque nadie lo impida. Esther estaba cautiva en aquella funda de tela que la envolvía por todas partes, y á la cual la sujetaba un hombre robusto, nervioso y violento.

La lucha era imposible y renunció á ella. Era necesario sufrir los besos repetidos de Vandelle, y se resignó. Pero entonces ocurrió un fenómeno extraño, muy frecuente hasta en las mujeres más expansivas: ya sea que la sorpresa, la cólera y la indignación las paralizan de repente, ya que tengan en sí una fuerza de voluntad capaz de dominar la violencia de su temperamento, se vuelven algunas veces, sin darse cuenta de lo que les

pasa, ó en virtud de su resolucion, tan frias y tan glaciales como apasionadas son en otros momentos. La mujer, porque es débil sin duda, odia instintivamente la violencia; está dispuesta á dar, pero no quiere que la roben. Más de un hombre ha visto escapársele una victoria segura porque ha precipitado el desenlace.

A las repugnancias de Esther, á la cólera de verse bruscamente atacada, al desprecio quizá que le inspiraba entónces Vandelle, se añadía otro motivo de resistencia pasiva ó de fria resignacion; si cedía á los trasportes de su antiguo amante, si correspondía á sus caricias, si sucumbía por completo, su venganza se le escapaba. Los días y las noches de lucha, de inmolacion, dos años pasados en ahogar sus recuerdos, en procurar que se entibiase su ardor, mil esfuerzos, mil sufrimientos resultaban inútiles y se borraban en un instante. Un segundo de olvido bastaba para enlazar el presente con el pasado. Recompensaba á Vandelle en vez de castigarle: su antiguo amante triunfaba en vez de sufrir.

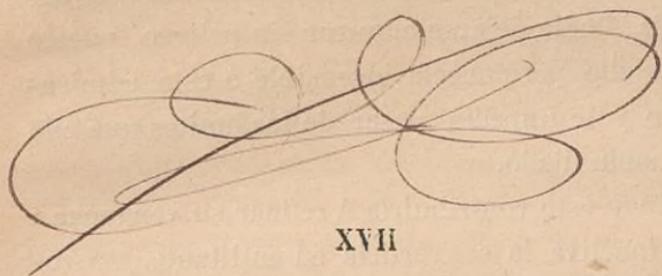
Por consiguiente, renunciando á una lucha peligrosa, sufrió el beso que le inferían, pero no lo

devolvió. Sus dientes se apretaron, sus labios permanecieron obstinadamente cerrados, frios, secos, inertes. Vandelle apretaba su boca contra la boca de una muerta.

Sorprendido, asustado, levantó bruscamente la cabeza y la miró: el rostro de Esther habia perdido sus colores; sus ojos estaban apagados, vidriosos, sin expresion, y los fijaba en él sin que pudiera leerse en ellos un reproche, un desaffo, un deseo, ó la alegría del triunfo.

Esta frialdad heló tambien á Enrique, y no se atrevió á oprimirla por más tiempo. Entónces Esther se aprovechó de la libertad que le habian devuelto, para levantarse de la hamaca y saltar al suelo.

En seguida, libre ya, de pié, erguida, impasible, se alejó sin dignarse volver la cabeza.



XVII

La venganza de Esther habia tomado una nueva forma, completamente inesperada. En efecto, nunca se le habia ocurrido á la señorita Sandraz que pudiese ser llamada á desempeñar un papel de estátua : se consideraba incapaz para este empleo. Y cuando se preguntaba con cierta inquietud qué le pasaria, si Vandelle, sacando sus fuerzas del pasado, se mostraba demasiado audaz, la casualidad venia á revelarle que podia resistir á todos los ataques, provista de armas defensivas que la hacian todo poderosa.

Sus fuerzas se duplicaban con su victoria : habia sabido rechazar el primer asalto, esperaba rechazar los demás.

Desde entónces no estaba ya obligada á guardar una reserva prudente, exenta de coquetería. Podía dejarse admirar sin peligro, puesto que ella permanecía insensible á esta admiración y le impedía pasar de los límites que ella le habia fijado.

Todo esto contribuiría á refinar su venganza : de inactiva la convertiría en militante. Provocaría á su adversario á la lucha, le dejaría empezar las hostilidades, exaltarse en el combate, y opondría la impasibilidad y la sangre fría á sus audacias y á sus ardores.

La lucha habia seducido siempre á aquella jóven original, que á los veinte años, como hemos visto, domaba los caballos rebeldes, escalaba las montañas y desafiaba al mar. De una imaginación siempre despierta, cuya actividad aumentaban las abstinencias presentes, encontraba quizás un goce especial en cubrirse de un cilicio, en macerar sus carnes y en vencer sus sentidos. Algunas veces bajo el ascetismo se oculta una voluptuosidad.

Vandelle debía darle en breve otra ocasión de triunfar de sí misma. Su primera derrota no le

habia desalentado; la consideraba como una simple escaramuza en la cual habia sido batido por sorpresa. Se proponia empeñar una gran batalla y no dudaba de la victoria.

XVIII

Un gran general no hubiese preparado con más acierto su plan. Escogió con cuidado el terreno, el día y la hora. Llevó sus escrúpulos hasta consultar el barómetro : quería que le favoreciera, para combatir con ventaja, el estado de la atmosfera. Su existencia pasada y sus numerosas intimidades femeninas le habian enseñado que el estado del cielo y la voz de los vientos desempeñan un gran papel en la historia de las mujeres. Un tiempo húmedo y lluvioso predispone á la pereza, á la indolencia y á la apatía ; la fatiga invade sin haber hecho ejercicio, el fastidio domina sin motivo, la melancolía penetra en el corazon sin sa-

ber por qué: se buscan la soledad y el sueño. Un tiempo seco, al contrario, un viento nordeste, calienta la sangre, activa la circulación, irrita el sistema nervioso é impulsa á los séres á buscar sus semejantes para contrarestarles, arañarles ó amarles si son de complexion amorosa. Cuando hay electricidad en el aire ya es otra cosa; no basta con arañar, se desea morder, golpear ó ser golpeado, buscar querella á los séres más inofensivos, estrechase contra un corazon amigo, gritar, reir y llorar. Las mujeres caen ordinariamente por primera vez en dias borrascosos. Que interroguen sus recuerdos y reconocerán que el cielo fué su cómplice; esto es un consuelo para ellas, pero el cielo debe tener muy cargada la conciencia.

Vandelle, como hombre experimentado, como buen jugador que quiere tener triunfos en su juego, escogió un dia de tempestad para librar la batalla.

Creyó además conveniente aprovecharse de un viaje de Enriqueta á Luchon, á donde habia ido para ver á uno de sus parientes. Durante los dos primeros dias de esta ausencia, Vandelle habia de-

plorado la severidad del cielo y la calma de la atmósfera, que no venia en su ayuda é iba quizá á impedirle que se aprovechara de un momento tan propicio. Pero en la tarde del tercer dia, espesas nubes venidas del lado de España, velaron bruscamente las montañas; el aire se hizo pesado, sofocante. Todo anunciaba una de estas tempestades tan frecuentes en los Pirineos.

En breve el trueno retumbó en el horizonte, y los ecos de la montaña prolongaron hasta el infinito sus sordos rugidos, miéntras desgarraban las nubes rápidos y frecuentes relámpagos.

Al anoecer, la tempestad estaba en su apogeo. Esther Sandraz no habia bajado al comedor á la hora de comer, y se habia hecho excusar con el pretexto de que tenía jaqueca. Pero Vandelle sabia que estaba despierta, porque desde el parque se veían sus ventanas iluminadas.

Esperó á que los criados se retiraran á sus cuartos y, sin ruido, caminando de puntillas, subió la escalera del castillo.

Llegado al segundo piso, entró en el balcon que se extendia á lo largo de la fachada y pudo así deslizarse hasta las ventanas de Esther. En-

contró los postigos cerrados, pero la ventana correspondiente á un gabinete de tocador contiguo al cuarto de la jóven, estaba entreabierta. Sofocada por el calor de aquella noche borrascosa y no atreviéndose á abrir los postigos del balcon, la señorita Sandraz, habia puesto su cuarto de dormir en comunicacion con la habitacion contigua y recibia directamente el aire por la ventana del gabinete tocador.

Vandelle, sin vacilar (estaba resuelto á todo, hasta al escándalo), penetró en este gabinete y conteniendo su respiracion, caminando paso á paso, sin ruido, se dirigió hácia la puerta, llegó á ella y adelantando la cabeza, miró.

Esther estaba de espaldas; pero la veia en el espejo colocado sobre la chimenea. De pié, envuelta en un peinador de muselina, arreglaba sus cabellos para acostarse. Sus brazos desnudos hasta los hombros, formaban un círculo al rededor de su cabeza, miéntras sus ágiles dedos vagaban por sus cabellos. Su cuerpo inclinado hácia atras, ponía en relieve los senos, haciéndolos salir del peinador. Su mirada tenia algo de vaga, de estinguida, y sus lábios entre abiertos parecían

agitados por un estremecimiento voluptuoso.

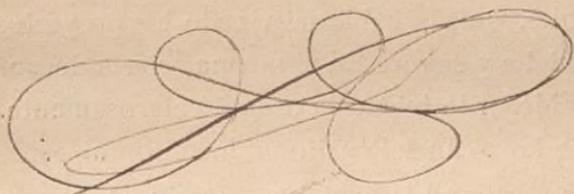
Para evitar el calor, se habia librado de la tiranía del corsé y de las enaguas almidonadas; pero la tela flotante que la cubria, no dibujaba sus formas y Vandelle no hubiera podido adivinarlas si el pasado, levantándose de repente ante él, no le hubiese hecho entrever todos los esplendores que habia contemplado en otro tiempo.

No obstante, de pronto, la tempestad abandonó la montaña para descender al llano, los relámpagos se sucedieron con más frecuencia, el cuarto se iluminó con sus continuos resplandores y la muselina del peinador se hizo mas trasparente. Entónces, á cortos intervalos, como una vision fugitiva, Esther apareció en su entera desnudez.

Las líneas ligeras y poderosas de su cuerpo se dibujaban claramente, hundidas en el talle, y salientes y redondeadas en el busto y las caderas. Su piel se doraba al resplandor de los relámpagos y bajo la influencia de las corrientes eléctricas, parecia atravesada por temblores rápidos. Era á la vez diosa y muger : diosa por el espec-

táculo grandioso que la rodeaba, su belleza escultural, la armonía de sus formas y su gracia soberana; mujer, cuando su cuerpo temblaba, palpitaba y se estremecía en su muelle voluptuosidad.

De pronto, un rayo cayó cerca del castillo, y Esther asustada, se dirigió hácia la puerta para cerrarla. Viéndose descubierto, Vandelle se lanzó sobre ella y la rodeó con sus brazos.



XIX

La jóven no pareció asustarse, ni sorprenderse. Quizás esperaba esta irupcion, este nuevo ataque. Quizás habia adivinado los proyectos de Vandelle y segura de sí misma, cierta de no sucumbir en la lucha, la aceptó valerosamente.

No lanzó un solo grito, ni hizo ningun esfuerzo para escapar á la brutal acometida de su antiguo amante. Permaneció erguida, impasible en sus brazos, limitándose á desafiarle con la mirada y á sonreír irónicamente. Parecia decirle : « Pues bien, lo has querido, estoy en tu poder, desarmada, sin fuerza para resistirte, soy tu cosa, haz de mí lo que quieras. No olvides, sin em-

bargo, que soy una cosa inerte, un cuerpo sin alma. Soy la materia ; para que se anime, se necesita la fuerza de los materialistas, ó el rayo divino de los espiritistas. Anímame, te desafío. » El no comprendia aun, no adivinaba lo que pasaba en ella; no habia medido nunca la fuerza de resistencia de una mujer aferrada á su obstinacion, segura de sí misma, porque ya ha triunfado, ávida de venganza. Acordándose del pasado, creia siempre que Esther volveria á ser lo que habia sido. La juzgaba segun él era; la habia amado solamente con los sentidos y sus sentidos subsistian. Olvidaba que la jóven le habia amado, ante todo con el corazon, y que estando el corazon ulcerado, los sentidos dormian.

Sin embargo, continuaba estrechándola en sus brazos, é intentaba dar vida á la estátua, pero sin lograrlo. El dia en que sorprendiéndola en la hamaca y arrojándose encima de ella, habia intentado que sus ojos se volvieran ardientes y sus labios amorosos, se consumió en esfuerzos impotentes! Ahora no eran ya la mirada y la boca las que permanecian impasibles; era el cuerpo, el cuerpo entero : el pecho conservaba su impa-

sibilidad marmórea, el talle y las caderas, la rigidez de sus líneas, los brazos pendientes á lo largo del cuerpo, y ni un rubor, ni un estremecimiento, ni un deseo corrian sobre aquella piel.

Y cuando Vandelle levantó sus ojos para mirarla, encontró todavía su eterna sonrisa y sus ojos apagados.

Entónces quiso conmoverta con sus palabras : le pintó sus sufrimientos, sus torturas : le dijo que se moriria, que se mataria, si ella no le amaba; fué elocuente, apasionado, ardiente. Esther le escuchó sin interrumpirle, siempre silenciosa, siempre impasible, siempre sonriente. Lloró como un niño; ella le miró llorar. Furioso, fuera de sí, la levantó en el aire y la arrojó sobre un sofá : la jóven cayó como si fuera de una sola pieza, ó mejor dicho, se desplomó, como se desplomaria una Vénus de mármol derribada de su pedestal.

Aquella inercia, aquel mirar apagado, aquella boca entreabierta, de la cual no parecia salir el menor soplo de aire, aquel silencio que la rodeaba, y aquella rigidez cadavérica, asustaron á Vandelle. Se sintió vencido por segunda vez, in-

capaz de luchar por mas tiempo, impotente para triunfar de las resistencias calculadas de aquella mujer de fuego metamorfoseada en mujer de hielo.

XX

La tempestad habia cesado : en la montaña solo se oian sordos rugidos, como un eco lejano que habla aún, despues de haber empezado el silencio. Las nubes habian huido, dejando descubierta un cielo de un azul oscuro, salpicado de estrellas brillantes. La luna en su lleno, rodeada de un ancho círculo luminoso, plateaba algunos ligeros vapores que la tempestad se habia olvidado de arrastrar en su fuga. Las montañas aparecian tan claramente como en pleno dia, con sus crestas salientes, sus cimas nevadas y plateadas por todos los fuegos que descendian del cielo. De la tierra húmeda, de las yerbas de la

pradera, y de las espesas enramadas subian mil perfumes, en los grandes árboles del parque, los pájaros que la tempestad habia despertado, y la claridad de la noche no dejaba dormir, se hablaban, se contaban sus temores durante la tempestad y daban un concierto nocturno. La naturaleza se habia apaciguado : al ruido, al desorden, al horror, sucedian el reposo, la armonía y la belleza serena.

Esther, sola ya, abrió su ventana, y desde ella pudo gozar de los resplandores de aquella bella noche, miéntras saboreaba su nuevo triunfo. En efecto, este habia sido completo; habia vencido á sus recuerdos, á su pasado, á sus sentidos tentados quizá á sublevarse, contra la tiranía que se atrevian á imponerles. ¡Ah! estaba bien vengada, tan bien vengada, que no pensaba ya en vengarse, como habia pensado hacerlo, de aquella Enriqueta de Loustal que le habia arrebatado á su amante, á su futuro marido.

Y sin embargo, Enriqueta no habia hecho nada para enternecerla, para inspirarle alguna amistad ó alguna simpatía. Por instinto, por intuición, la habia tratado sino con dureza, sin afabi-

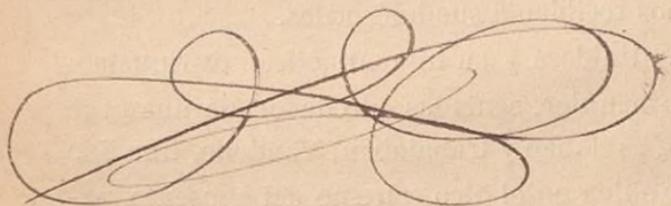
lidad. No habia procurado hacer de ella una amiga, una confidenta; se habia empeñado en tratarla como una doncella de confianza, como una mercenaria, casi como una criada, y Esther habia sufrido esta humillacion, pero no la habia aceptado.

No obstante, Enriqueta, podia haber necesitado una aliada : desdeñada por su marido, descuidada, ofendida, casi despreciada, sus miradas habian tenido que dirigirse hácia Olivier, el compañero de su infancia, el amigo de su juventud. Para Esther, que habia sucumbido, sin larga resistencia, el dia en que amó á Vandelle, para Esther educada por una madre demasiado débil, entregada en edad temprana á sí misma, audaz por naturaleza y despues por educacion, no teniendo mas que una nocion imperfecta de lo que llaman deber, rebelde para comprender ciertos sacrificios y ciertas abnegaciones, Enriqueta debia haber faltado ó estaba próxima á faltar.

Pero ¿qué le importaba ahora aquella caída? ¿Para qué abrir los ojos de Vandelle? ¿Con qué objeto separaria para siempre á los dos esposos? ¿Vandelle no le pertenecia, acaso para siempre,

y al avivar el pasado, dándole cuerpo, por ventura no habia puesto entre su mujer y él una barrera infranqueable? ¿Y aquella jóven qué le habia hecho? ¿Al casarse con Vandelle, sabia acaso el mal que causaba á Esther, la desesperacion en que la sumia? A la verdad, se habia conducido mal con Clara Meunier, pero solo esta debia estar ofendida : la humillacion no alcanzaba á Esther Sandraz. ¿Acaso una actriz al volver á su casa, guarda rencor al actor que en el teatro, desempeñando su papel le ha hecho alguna injuria mortal? Esther tenia una máscara; y esta máscara podia ser abofeteada impunemente, sin que el ultraje alcanzase á la mejilla.

Desgraciadamente para Enriqueta, iba á herir cruelmente á Esther Sandraz.



XXI

Una tarde del mes de setiembre, el señor, la señora y la señorita Fourcanade, hicieron una visita al castillo.

Las veladas empezaban á ser frias en aquel país montañoso, así es que ardian grandes tizones en la chimenea del gran salon en que los dueños recibian á sus huéspedes.

La alcaldesa y su hija Angélica, Enriqueta y Clara Meunier, sentadas alrededor de una gran mesa, hablaban y trabajaban. Vandelle, hundido en un sillón en el otro extremo del aposento, parecia escuchar las confidencias del señor Fourcanade, pero tenia los ojos fijos en Esther, cuyo

rostro iluminado por las llamas del hogar, se destacaba vigorosamente en medio de una semi-oscuridad.

— Angélica, hija mia, dijo la alcaldesa, ¿si te divertirías mirando láminas?... Las jóvenes deben estar siempre ocupadas.

Con mucho gusto, mamá, contestó Angélica, con su voz aguda, pero no tengo láminas.

La señora Fourcanade, rogó á la señorita Meunier que prestase un album á su hija.

Esther fué á buscar un gran libro colocado en una mesa contigua y se lo dió á Angélica diciendo :

— Hé aqui *La vuelta al Mundo*, señorita, encontrará Vd. en él grabados instructivos.

— ¿Pero no habrá salvajes, no es verdad? exclamó la alcaldesa asustada.

— No señora, no hay salvajes, contestó Esther sonriendo:

— Está bien. Los salvajes no son siempre convenientes para las señoritas.

Miéntras Angélica se alejaba con su libro, disponiendose á hojearle junto á la ventana, para aprovechar los últimos rayos del dia, la alcal-

desa que no era amiga de que la conversacion decayese, y poseia el talento de las transiciones, preguntó á Enriqueta:

— ¿El señor Vandelle no viaja?

— Muy rara vez.

— Ha hecho Vd. una magnífica conversion, debe Vd. estar muy ufana.

Enseguida, despues de haberse asegurado de que ni su hija ni el dueño de la casa podian oirla, se inclinó hácia la jóven y le dijo bajando la voz :

— Si hablo de conversion es porque el señor Vandelle, ántes de su matrimonio, tenia peor reputacion que mi marido. Dicen que en Paris llevaba una existencia... Ya sé que su tutor la previno á Vd., amiga mia, á no ser así, crea Vd. que no hablaria de estas pequeñeces.

E inclinándose más, de manera que solo pudiesen oirla Enriqueta y Esther, añadió en tono confidencial :

— Parece que tenia una pasion casi séria... unas relaciones mas íntimas con una extranjera, una portuguesa, creo..., que habia venido á buscar fortuna á Francia con su madre, y tenia se-

gun aseguran, la pretension de casarse con el señor Vandelle.

— Ya lo sabia, contestó Enriqueta, sin dejar su labor, miéntras que Esther suspendia la suya y estremadamente pálida escuchaba con avidez la conversacion. Mi tutor habló de esta persona á Vandelle y este declaró con franqueza que la locura habia pasado. Pero yo creo que jamás pensó en hacerla su esposa. ¿Acaso pueden casarse estas mujeres?

Esther reprimió á duras penas un movimiento de cólera.

— ¿Y Vd. no está celosa de este recuerdo? preguntó la señora Fourcanade.

— ¡Celosa!... ¿Qué puede haber de comun entre ella y yo? Compadezco con toda mi alma á las desgraciadas de que hablamos y me inspiran más piedad que repugnancia... Pero si aquel á quien he dado mi mano y mi fé, olvidase hasta este punto su dignidad y su honor, si cayese tan bajo que se atreviera á darme por rival á mi, á su mujer, una criatura de esta especie; mi desprecio seria mayor para él que para ella, y ni siquiera le haria el honor de indignarme.

— ¡Verdaderamente! murmuró Esther, de pié temblando de rabia.

— ¿Decía Vd. algo, señorita? preguntó la señora Vandelle, levantando la cabeza.

— Nada, señora, contestó Clara Meunier, sentándose de nuevo. No he hablado.

— Yo no soy como Vd., dijo la alcaldesa, porque á la verdad, he estado celosa de todas las mujeres, hasta de las criadas, y si el señor Fourcanade, hubiesetenido por querida á la última de las criaturas, aunque fuese portuguesa, ninguna consideracion de dignidad me hubiese impedido arrancar los ojos á los culpables.

— Se puede estar celosa de una criada si es honrada, objetó Enriqueta. La doncella á quien la pobreza obliga á servir está por encima de estas intrigantes que no tienen mas que un objeto, casarse y ocupar el sitio de las mujeres honradas.

La señora Fourcanade dijo elevando la voz:

— ¡Angélica, mira las estampas !

— Si mamá, contestó la dulce Angélica que escuchaba atentamente la conversacion.

La alcaldesa se dirigió de nuevo á la señora Vandelle.

— Quizá es Vd. un poco severa para esta señorita... como las llaman en la capital, añadió, ensayando una sonrisa espiritual. He oído afirmar que en otro tiempo la recibían en la buena sociedad parisien y que tenía buenas maneras é instruccion...

Enriqueta la detuvo y contestó con toda la severidad de la jóven educada en provincia y la brutalidad de la mujer casta.

— ¡Esto la hace mas culpable! Su pasado y su educacion, deberian haberla preservado de una caida vergonzosa. Pero yo conozco mejor que Vd. á esta jóven de quien hablamos, no es Vd. la primera persona que me habla de ella. Ultimamente, en Luchon, una de mis amigas me dijo su nombre... Se llamaba Esther Sandraz si no me equivoco, y habia hecho escándalo en Paris por sus escentricidades, sus gastos exagerados, sus vestidos ruidosos... Y no se la tenía en grande estima aun ántes de su caida... En cuanto á esta caida, debió haber sido premeditada... Vandelle era entónces rico... y ella obraba movida por un cálculo vil y un odioso tráfico.

Esther se levantó amenazadora, terrible.

Pero la oscuridad habia crecido en torno suyo, las llamas del hogar no la iluminaban ya; no se pudieron notar la alteracion de su fisonomia, y su estraña actitud, y cuando un instante despues un criado entró una lámpara, habia tenido ya el tiempo de reponerse.

Al poco tiempo, el señor Fourcanade que acababa de oir el silvido de la locomotora y habia consultado su relój para convencerse de que el tren pasaba á la hora reglamentaria, se acercó á su mujer y le dijo respetuosamente que era ya tiempo de marcharse.

Angélica se habia aficionado á los grabados, y tenia ante los ojos una tribu africana, vestida con simplicidad, así es que aventuró estas palabras :

— Si solo son las nueve, papá.

— Hija mia, replicó el señor Fourcanade con acento convencido: son las nueve y catorce, puesto que el tren se pone de nuevo en camino.

— Imitemos al tren, añadió la alcaldesa, segura de haber encontrado una buena frase.

Y despidiéndose de Enriqueta, se dirigió majestuosamente hácia la puerta, seguida de su hija

y de su marido que llevaba un baston, un paraguas, una linterna, la labor de las señoras y varios chales de suplemento.

Vandelle, con el pretesto de acompañar á la tribu Fourcanade, salió con ella y Enriqueta subió á su cuarto.

XXII

Un cuarto de hora despues, Enrique Vandelle entraba de nuevo en el salon, encontrando en él á Esther, nerviosa y agitada.

La jóven pareció tomar un partido al verle, dirigiendose resueltamente á su encuentro, le dijo :

— ¿No tiene Vd. una plaza de ingeniero vacante en la fábrica?

— Sí, contestó él sorprendido.

— La señora Vandelle continúa pidiéndosela á Vd. para el señor Deschamps?

— Sí, hoy mismo ha insistido para obtenerla.

— ¿Y Vd. se lo ha negado?

— Siempre.

— Pues es necesario concederle lo que desea, dijo la jóven con voz breve, rápida y temblorosa.

— ¿Por qué? no comprendo contestó el jóven cada vez más sorprendido.

— No tiene Vd. necesidad de comprender : dé Vd. el destino á este jóven, yo lo quiero.

— Sin embargo... balbuceó Vandelle.

— ¡Ah! necesita Vd. esplicaciones, exclamó Esther ¿es necesario absolutamente que Vd. comprenda? ¡Pues bien, sea! el invierno se acerca, me fastidio en las montañas, en su casa; este jóven es agradable y nos ayudaria á pasar el tiempo.

Vandelle estaba más pálido que ella y contestó fuera de sí :

— ¡Ah! es por esto por lo que pides este destino; no me haces sufrir bastante ¿no es verdad? ¡Quieres aún aplicarme las torturas de los celos!

— ¡Ah! ¡ah! ¡me cree enamorada de ese caballero!... ¡como si yo pudiese amar!... ¿Acaso he amado alguna vez? He hecho un cálculo el día en que me entregué á Vd... He hecho un negocio, me he vendido.

— ¿Quién ha dicho eso?

— Su mujer de Vd. acaba de decirlo aquí, en este salón, delante de mí, y yo he escuchado en silencio, sin contestar... ¿Que podía decir? Quizás ella tenía razón... Y no le guardo rencor por esto, puesto que defendiendo su causa ante Vd. puesto que quiero hacer su felicidad.

— ¡Su felicidad!

— Sin duda... ¡Ah! no ha visto nada... todos son lo mismo.

— En fin, ¿qué quieres decir?

— Quiero decir, exclamó la joven, estallando sin poder contenerse por más tiempo, que su Enriqueta de Vd., tan severa, tan cruel, tan dura para mí, ama á D. Olivier Deschamps.

— ¡Ella!

— Si, ella. Hágame Vd. la injuria de protestar, de sostener que es demasiado honrada para esto, demasiado virtuosa, que no puede cometer una falta, que solo yo las cometo... ¡veremos si ella tiene el monopolio de la virtud!... ¡Ah! ella me insulta, ella habla de Esther Sandraz como de una joven perdida, como de una cortesana, como de una mujer pública. Quiero que ame á su

vez , quiero que sucumba, quiero que me desprecie ménos; quiero, en fin, que Olivier Deschamps venga aquí, viva aquí, respire el mismo aire que ella y la seduzca como yo he sido seducida.

— ¿Y yo? exclamó Vandelle.

— ¡ Ah! si, es verdad, Vd., yo no pensaba en Vd. Pues bien, amigo mio, es una nueva venganza que tomaré contra Vd., y no habia pensado en ella. Su mujer me inspiraba desdén... pero me ha atacado, me ultraja, y al vengarme de ella, me vengo tambien de su marido... Vd. me ha abandonado, me ha hecho traicion, me ha perdido Vd., me ha pisoteado, me ha aplastado para hacer un buen casamiento, para casarse con una fortuna y una virtud. La fortuna, guárdesela Vd., me la ha ofrecido Vd. y no la quiero... En cuanto á la virtud de la novia no cuente Vd. mucho con ella... se le escapará á Vd. ; quiero que se le escape... Así, pues, ya está resuelto... mañana, el amigo de infancia de la señora Vandelle será su huésped ó parto, y usted no me volverá á ver : no tendrá Vd. si quiera el consuelo de decirse que quizás un dia, el pasado renacerá de sus cenizas.

La jóven acompañó estas últimas palabras con una larga mirada y salió, dejando á Vandelle sumido en sus reflexiones, sin querer escucharle.

XXIII

Vandelle se quedó aturdido por aquel flujo de palabras, aterrado por aquella escena inesperada, asustado de las nuevas pretensiones de Esther. ¡Estaba loca! ¡completamente loca! El aislamiento relativo á que se habia condenado la señorita Sandraz, la brusca trasplantacion á un país semisalvaje, la mision difícil que se habia impuesto, la abstinencia á que se condenaba por espíritu de venganza, todas sus aspiraciones contrariadas y sus deseos latentes, habian producido en ella una profunda perturbacion. El cerebro estaba herido, y sería peligroso para Vandelle obedecer á sus elucubraciones, seguirla por la pendiente en que ella queria arrastrarle.

Se paseaba por el gran salon, diciéndose lo que acabamos de apuntar, hablando en alta voz, gesticulando, como si él tambien estuviese loco.

De pronto, detuvo su paseo impetuoso, permaneció un segundo en el mismo sitio, y en seguida se dirigió lentamente hácia un sillón, colocado junto á la chimenea, y se sentó entregándose á otra série de reflexiones, si no más prudentes, por lo ménos más tranquilas.

Al fin y al cabo, ¿qué exigia la señorita Sandraz? Quería que Olivier Deschamps entrase en la fábrica en calidad de ingeniero. Esto mismo lo pedia hacía mucho tiempo la señora Vandelle, y él se habia negado á acceder á este deseo por puro capricho, por espíritu de contradiccion, porque á la verdad necesitaba un ingeniero, y el que le designaban ofrecia las mejores garantías. Hubiera, pues, acordado á su antigua querida la plaza solicitada por la señora Vandelle, si Esther se hubiese interesado por Olivier Deschamps, como simple ingeniero. Pero ella le señalaba un papel, no en la fábrica, sino en su casa; no cerca de los obreros, sino al lado de la señora Vandelle. Enriqueta no protegía á un empleado sin destino,

se interesaba por un hombre simpático que le agradaba, y Esther tenía la pretension de favorecer aquellos amores. ¿No debía, pues, rechazar con indignacion las demandas que le dirigian y cerrar su puerta á este ingeniero disfrazado?

Y reflexionando más, profundizando la cuestion, llegó no obstante á decirse, que era exagerado en la apreciacion del asunto, que no razonaba con bastante sangre fria; la señorita Sandraz no tenía las cualidades necesarias para conocer á la señora Vandelle y le atribuía evidentemente intenciones y aspiraciones absolutamente indignas de ella. Enriqueta, por aislada que se viese, por más que su marido la tratase con indiferencia, no era una mujer capaz de faltar á sus deberes. Él no la amaba, quizá no la habia amado jamás, pero le hacía esta justicia. Podía sin peligro introducir á Olivier Dechamps en su casa: Enriqueta no faltaria, él respondia de ella.

Sin embargo, ¿y si se engañaba? Si Enriqueta se veía arrastrada hácia su compañero de infancia, con más intensidad de lo que él suponía, y sin pensar en ella misma; si se veía impulsada á buscar un refugio en él, á consolarse á su lado

de su amor engañado, de sus sueños desvanecidos y de su abandono! ¿No debía en este caso su marido protegerla contra sí misma, alejar de ella toda tentacion y ponerla al abrigo de todo peligro? ¡Ciertamente, este era su deber! Era preciso que Esther estuviese loca y le creyese loco tambien á él, para hablarle como lo habia hecho, para ordenarle que cometiese una accion deshonorosa.

Durante el curso de estas reflexiones, habia abandonado el sillón y se paseaba de nuevo más agitado, más febril que ántes. Se veia obligado á reconocer que Esther no se engañaba, que le habia juzgado bien. Sí, estaba loco, sobre todo desde su última derrota, su vanidad y su orgullo lastimados, y sus sentidos mortificados, le irritaban, le agitaban en extremo y le ponian fuera de sí. Tenía una idea fija como les sucede á los locos: triunfar de las resistencias de Esther, vencer su frialdad, animar aquel mármol, devolver la vida á aquella estatua.

Y no sabia cómo conseguir este propósito, dudaba de sí mismo, temia ser vencido de nuevo. Pensaba en ella sin cesar, la veia en su cuarto

tal como la habia contemplado, tal como la habia estrechado en sus brazos, y léjos de calmarse ante su indiferencia, de enfriarse con su frialdad, se sentia más excitado que ántes y más asediado por sus ardientes deseos.

Y ella acababa de dejarle entrever el fin de aquel largo martirio, la victoria despues de tantas derrotas, una recompensa ardientemente deseada, el apaciguamiento sucediendo á una escitacion nerviosa y mortal. Sí, si él le daba la ocasion de vengarse de la que le habia ultrajado, Esther se humanizaría, haria resucitar el pasado, encenderia de nuevo sus apagadas voluptuosidades.

Pero justamente esta promesa y esta esperanza le asustaban é indignaban su conciencia. Enriqueta no corria ningun riesgo, su virtud estaba al abrigo de todo peligro. Podia dar á Olivier Deschamps impunemente la colocacion que pedian para él; pero no debia acceder á las exigencias de Esther ni aceptar el trato que ésta le proponia.

Resuelto definitivamente, decidido á no sucumbir á una tentacion peligrosa y criminal, abandonó el salon y subió á su cuarto.

Encima de la chimenea encontró una carta.

La abrió y leyó:

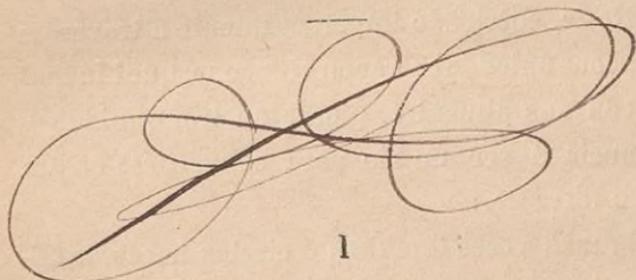
« Caballero:

« En la conversacion que hemos tenido esta mañana, no me he atrevido á decirle á Vd. ciertas cosas que, despues de reflexionar detenidamente, creo debo escribirle; segun nuestro contrato de matrimonio, la mitad de la fábrica que usted dirige me pertenece. Dada esta situacion, no le parece á Vd. demasiado duro el persistir en negarme la gracia que he solicitado de colocar en la fábrica como ingeniero, á un hombre que puede prestarnos grandes servicios, á mi amigo de la infancia, á Olivier Deschamps... »

— ¡Ah! exclamó Vandelle interrumpiendo su lectura... ¡Ella lo quiere, es ella quien lo quiere!... ¡Es ella quien me declara la guerra!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE



Estamos en invierno. La llanura que rodea á Montrejeau y á las colinas vecinas, está cubierta de una niebla espesa, endurecida al sople tenaz del viento noroeste. Las montañas del horizonte, antes tapizadas de verdura y cuyas cimas elevadas recordaban solamente el invierno con sus nieves eternas, se han blanqueado en una noche; los troncos de algunos pinos gigantescos, ó las rocas demasiado perpendiculares para que la nieve haya podido fijarse en ellas, derraman solas su sombra sobre aquel fondo uniforme. Los ventisqueros de fácil reconocimiento en verano,

por su color gris, se confunden ahora con las praderas, las matas y las masas de nieve y toman el color blanco de la montaña.

En torno del castillo, reina el silencio mas completo, no se oye mas que el ruido monótono del Neste, corriendo impetuosamente á través de las peñas ántes de entrar en el Garona, que hinchado con sus afluentes, pierde su tranquilidad y renuncia á ser un rio para convertirse en un vasto torrente.

Algunas veces tambien, á ciertas horas, la fábrica hace oír sus sordos mugidos : afirma su vitalidad, lanza de repente una nota ruidosa en el gran silencio de la naturaleza, y este ruido en alas de la nieve, reproducido por ella, se prolonga hasta el infinito.

El camino de hierro, privado de una parte de sus trenes como si estuviese dormido, descansa del movimiento del verano, de la agitacion febril que durante la estacion de las aguas ha reinado sobre sus rieles. Por momentos, á grandes intervalos, el vapor silba, se oye un sordo rugido y un tren se detiene en Montrejeau. Pero apénas si descendiendo de él algunos viajeros tiri-

tando de frio, que entran en el buffet para calentarse; no hay entre ellos ningun parisien; y creemos ninguna parisiense, y M. Fourcanade, privado de sus placeres habituales, no corre ya sofocado á la estacion.

Refugiado en el fondo del café de Montrejeau y fiel á sus costumbres de alta política, juega al billar y conquista votos al gobierno para las elecciones próximas.

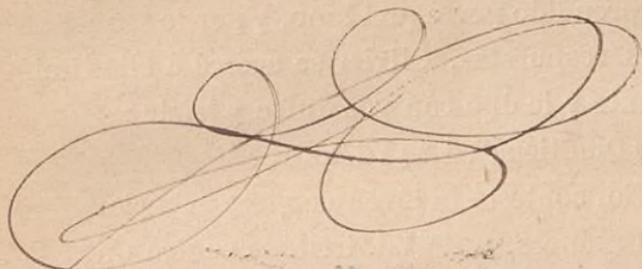
El castillo ofrece un aspecto sombrío; las avenidas del parque desaparecen bajo la nieve y el gran salon del piso bajo está frio y silencioso.

Enrique Vandelle, triste y laciturno, se encierra en su cuarto todas las horas que no caza. Esther Sandraz se retira tambien al suyo y no acompaña á Enriqueta sino cuando estase lo exige.

Por lo demás, esto sucede raras veces y se pasan semanas enteras sin que la señora Vandelle busque la sociedad de su lectora, ó le ruegue que le lea alguna cosa. Pero despues del almuerzo no sube á su cuarto como la señorita Meunier, permanece en el salon pequeño y pasa horas enteras reclinada en un sofá, pensativa y postrada.

Su salud se resiente de esta postracion del cuerpo y de esta actividad del espíritu : los colores de su rostro han perdido su brillo, la sangre corre con ménos rapidez, con ménos abundancia bajo su cútis, un círculo azulado rodea sus ojos y los labios están descoloridos y secos en vez de sonreir.

El cuerpo mismo enflaquece, y los contornos exquisitos de su busto disminuyen y tienden á borrarse. Pero es siempre encantadora, mas encantadora quizá, en su languidez, que lo era cuando la salud la prestaba sus vivos colores; sin embargo, es fácil prever que si este estado se prolongase, su belleza desaparecería.



II

En una de las últimas tardes de noviembre, la señora Vandelle fué turbada en su soledad y en sus reflexiones. Sin que hubiese oído el menor ruido de pasos en los corredores del castillo, se abrió la puerta del salón y Olivier Deschamps apareció en el dintel.

— Dispense V., señora, dijo, no creía que estuviese Vd. aquí.

— ¿Qué quiere Vd.? preguntó la joven vivamente.

— Hablar al señor Vandelle.

— No está aquí.

— ¿Volverá pronto?

— Lo ignoro; no tiene la costumbre de darme cuenta de sus acciones, ya lo sabe Vd.

Sorprendido por aquel tono, y por la sequedad de sus respuestas, Olivier se acercó á ella tímidamente y le dijo con voz dulce y triste :

— ¿Que tiene Vd.? ¿Vd. sufre?

— No, contestó la jóven con impaciencia.

— Entónces, ¿está Vd. irritada contra mí?

— ¿Contra Vd.? no.

— No obstante, tiene Vd. algo... no habla Vd. como de costumbre... me parece que mi presencia le es enojosa... Desde el dia en que el señor Vandelle, vencido en fin por sus instancias, me colocó en la fábrica cuando ya iba á partir, he desmerecido de él ó de Vd? ¿No están Vds. contentos de mi trabajo y de mis servicios?

— El señor Vandelle, contestó Enriqueta con mas dulzura, no me habla jamás de Vd.; no tengo nada que reprocharle... Sufro un poco... sin duda este tiempo sombrío y húmedo... No se ocupe Vd. de mí, no piense Vd. mas que en su trabajo y en su porvenir... ¿Está Vd. contento de su posicion en la fábrica? ¿Está Vd. obedecido, considerado, amado? ¿Trabaja Vd. mucho en este momento?

— Sí, pero falta una cosa.

— ¿Qué?

— El ojo del amo; el señor Vandelle no está con bastante frecuencia entre nosotros.

— Pues bien; reemplácele Vd.

— No tengo bastante autoridad : soy demasiado nuevo en la fábrica.

— No está en mis manos remediar esa falta.

— Es verdad, por esto no le hubiera dicho nada si Vd. no me hubiese interrogado.

Los dos permanecieron largo tiempo silenciosos él con los ojos fijos en ella, feliz en poderla contemplar, pero triste al verla en aquel estado, y Enriqueta pensativa, con la mirada perdida en el vacío.

De pronto, levantó bruscamente la cabeza, como si saliera de un sueño y Olivier oyó que murmuraba estas palabras :

— ¡Qué soledad! ¡Qué invierno tan siniestro! ¿Causa mi estado la tristeza que me rodea, ó la tristeza está en mí?... Hay momentos en que quisiera morir!

Olivier hizo un movimiento para acercarse á ella, para cojerle la mano, pero ella retrocedió y dijo con firmeza :

—Déjeme Vd.; su sitio no está aquí. Vaya Vd., amigo mio. Vaya Vd. á su trabajo.

— ¿Por qué obligarme en este momento á que me aleje de Vd.? Acaba Vd. de revelar, a pesar suyo, que la aqueja á Vd. algun sufrimiento.

— ¡Sí! ¡ sí! exclamó Enriqueta.

La pobre jóven no tenía ya el valor necesario para ahogar su dolor; habia agotado las fuerzas y la resignacion.

— Es él quien la hace sufrir, ¿no es verdad? dijo Olivier con cólera. Ya lo sabia... lo habia visto... lo habia adivinado todo desde el primer dia.

La señora Vandelle, silenciosa y ocultando la cabeza entre las manos, se avergonzaba ya de haber revelado su secreto.

Olivier prosiguió para decidirla á hablar :

— ¿Le ha dicho á Vd. alguna palabra dura, ha provocado alguna escena desagradable?

— ¡Él! exclamó la jóven, no me habla siquiera... no se digna acordarse de que existo.

Y algunos segundos despues añadió :

— ¿Qué motivos tiene para hacer alarde de esta indiferencia?... No he sido, no soy acaso

para él la mas sumisa, la mas resignada de las mujeres? Sin embargo, jamás, jamás una palabra de ternura, jamás una mirada de afeccion... Y esto dura desde hace dos años... dos años... ¡Ah! ¡es demasiado, es demasiado!

— ¡Pobre amiga mia! exclamó el jó; en logrando esta vez cojerle la mano.

— Todo se rompe, todo se borra, todo se usa, sufriendo así, continuó Enriqueta, llorando. Sin embargo, si él hubiese querido... ¡Ah! ¡Dios es testigo de que yo queria amarle! Habia mandado á mi corazon y mi corazon habia obedecido. Habia hecho del cumplimiento del deber mi felicidad... y hé aquí cómo corresponde á mi amor, lá recompensa que me dá!

Hablando así, se exaltaba gradualmente, la calma que se habia impuesto la abandonó y sus nervios comprimidos hasta entónces se dilataron.

— ¿Qué le he hecho?... ¿Qué le he hecho? exclamaba sollozando.

— Enriqueta, no llore Vd. así, porque me desgarrará Vd. el corazon, dijo Olivier arrodillándose á sus piés. Entónces, dejándose arrastrar por un

movimiento instintivo, por una de esas necesidades irresistibles de afecto y de expansion que han sentido todas las mujeres, Enriqueta extendió las manos hasta ponerlas sobre la cabeza de Olivier, y de pronto, inclinándose vivamente, con fiebre, le dió un beso en la frente.

— ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! exclamó Olivier fuera de sí, loco de felicidad, procurando rodearla con sus brazos.

Ella se habia ya levantado, y rechazándole esclamaba á su vez :

— ¿Qué he hecho? ¿Qué he dicho? ¡Olvidelo Vd.! ¡Olvidelo Vd.!

Pero Deschamps, sin oirla, no acordándose mas que de lo que ella acababa de hacer, con la frente ardiente aun por su beso, repetia :

— ¿Me amas, pues? ¿Me amas?

— Nó, nó... déjeme Vd., déjeme Vd.; por piedad, márchese Vd. Yo le ordeno que se marche. Si no se va Vd. no le veré mas en toda mi vida... ¡Márchese Vd.!

Olivier se sintió conmovido por aquellas súplicas, tuvo piedad de su desesperacion, y obedeció sin dejar de mirarla hasta que la puerta se cerró.

III

Al salir del castillo, se dirigió á la fábrica y apercibió en la mitad del camino al alcalde de G... y al fiscal de Saint-Gaudens que venian de la fábrica en direccion al castillo.

Toda conversacion en aquel momento le hubiera sido penosa, y dió un rodeo para no verse obligado á hablar con los señores Raynal y Fourcanade. Pero éstos le habian visto y el fiscal decia al alcalde:

— ¿Con que Vandelle se ha decidido á tomar á este jóven ingeniero?

— No ha podido negarse á ello, segun me ha dicho, porque la señora Vandelle le ha rogado que favoreciera á su amigo de la infancia.

— ¡Ah! verdaderamente... ella se lo ha rogado, y este jóven de buena figura y de maneras distinguidas, vive con ellos?

— Sin duda, era imposible hacer comer á un ingeniero en la cocina, ni relegarle á una posada del pueblo.

— ¡Ah! ¿vive en su casa, en el castillo?

— En el castillo precisamente, no, habita el pabellon del extremo del parque junto á la verja de entrada.

— Es lo mismo, dijo el sustituto sin detenerse, y añadió :

— ¿Ha notado Vd. el aire sombrío y la actitud singular de este señor Deschamps? Al verme ha hecho un movimiento brusco, como si temiera el encontrarse delante de la justicia... Se diria que mi presencia le aterra... Si no le conociese, le hubiera tomado por un malhechor que medita un crimen.

— Permítame Vd. que le diga, señor fiscal, se aventuró á decir Fourcanade, que Vd. ve crímenes en todas partes.

— Es que en efecto, señor alcalde, los hay casi en todas partes. Los crímenes que se descubren.

y que se persiguen, no son la centésima parte de los que se cometen. ¡Qué digo la centésima parte!...

— Por esta cuenta habria muy pocos inocentes en la tierra.

— Es que no los hay.

— Es Vd terrible.

— Soy verídico.

Llegados al castillo, encargaron á un criado que salió á su encuentro, anunciase al señor Vandelle que estaban allí, y que deseaban hablarle, y entraron en el gran salon del piso bajo.

Raynal dirigió en torno suyo una mirada inquisitorial, estudió todos los ángulos y los rincones del aposento, y terminado este exámen, dijo á su compañero :

— ¿Se siente Vd. tranquilo aquí, señor alcalde?

— Ya lo creo, señor fiscal. ¿Y Vd. qué siente?

— No sé... esta gran pieza sombría...

— Todo es sombrío en noviembre, cuando el tiempo está cubierto.

— Este frio húmedo que nos envuelve...

— Hemos tenido niebla todo el dia, replicó el impasible dictador del municipio.

— El invierno es favorable al crimen, señor alcalde, no lo olvide Vd. ¿No se siente Vd. más feroz que de costumbre en tiempos brumosos y fríos?

— No, siento solamente la necesidad de calentarme junto á un buen hogar, ó de entablar conversacion íntima con...

En el momento en que iba quizás á deslizarse por una pendiente resbaladiza, M. Fourcanade fué afortunadamente interrumpido por el dueño de la casa que acababa de entrar.

— ¡Cómo, señor fiscal! ¿Viaja Vd. con esta temperatura? dijo Vandelle estrechando la mano de Raynal.

— La justicia, contestó el jóven magistrado, viaja en todos tiempos, amigo mio; no escoje las horas ni los dias: está á las órdenes de los malhechores.

— ¡Cómo! ¿Ha sido Vd. llamado á este barrio para el ejercicio de sus funciones? ¿Qué ha pasado?

— ¡Oh! Un asesinato de poca importancia, desgraciadamente.

— ¡Un asesinato! ¿Qué dice Vd.?

— Tranquilícese Vd., se apresuró á añadir el señor Fourcanade ; se trata simplemente del pobre diablo que se ha ahorcado.

— ¡ Ah ! ya caigo. Y...

Pero Raynal no le dejó concluir.

— Veremos, señor alcalde, si es él quien se ha ahorcado.

— ¡ Ah ! comprendo, añadió Vandelle ; duda usted, y va Vd. á abrir una informacion?

— Precisamente, amigo mio ; yo abro siempre informaciones ; no se sabe lo que puede resultar... y como este hombre ha trabajado en su fábrica, he venido para que Vd. me diera algunas noticias sobre su vida ; feliz en poder aprovechar esta ocasion que me procura el placer de visitarle.

— En efecto, este hombre ha trabajado en mi fábrica como albañil ; pero de esto hace mucho tiempo, é ignoro lo que ha sido despues de él. Las gentes de la aldea darán á Vd. probablemente mejores noticias que yo.

— Voy á citarlas. Mi escribano está ya instalado en la alcaldía, y vamos á empezar la instruccion. La noche es excelente para los interrogato

rios; la hora del crimen es tambien la de los remordimientos... ¿No quiere Vd. asistir á mi instruccion, señor Vandelle?

—No, pero deseo que sea Vd. afortunado.

—No me despido; tendré el placer de estrecharle la mano ántes de volver á Saint-Gaudens.

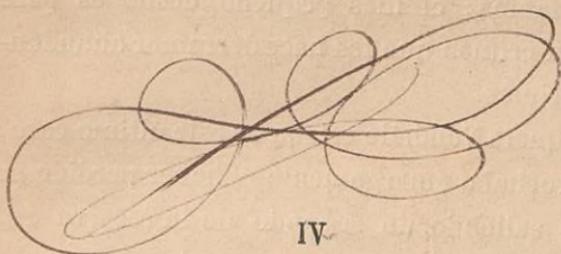
— Cuando haya Vd. desenredado los hilos de su ahorcado, dijo sonriendo Vandelle.

Y deteniéndose un momento para tomar su escopeta, que estaba al lado de la chimenea, añadió:

— Les acompañaré á Vds.

— ¡Cómo! ¿Va Vd. á cazar cuando apenas se ve y la noche se nos viene encima? exclamó Raynal.

— Precisamente, he notado esta mañana en la nieve la huellas de una zorra que visita con frecuencia mi corral, y quiero ponerme en acecho. El tiempo es horrible; no puedo aventurarme muy léjos, y para no perecer de fastidio procuro entretenerme en mis dominios.



IV

Mientras Vandelle se alejaba con Raynal y el alcalde, Enriqueta, sola en el salon pequeño, sufría cruelmente. Si las personas indulgentes con ellas mismas, creen que una confesion tímida y un beso más tímido aún, no pueden causar remordimientos, se equivocan. Una jóven de espíritu delicado y digno, educada castamente, escrupulosamente honrada, da mayor importancia, de lo que ordinariamente se cree, á los menores errores y á las faltas más ligeras. Mientras ciertas grandes pecadoras mundanas no creen haber sucumbido, sino despues de comerse los cuatro cuartos de la manzana, otras mujeres más tímida-

das y más timoratas, se consideran perdidas el día en que alguien ha rozado la piel de sus discretos labios; el más pequeño desliz es para ellas un crimen que les hace derramar abundantes lágrimas.

Enriqueta Vandelle estaba en este último caso: se reprochaba amargamente el haber perdido su calma, saliendo un segundo de la reserva que se había impuesto. Hacia ya mucho tiempo que no podía hacerse ilusiones; ¡ ay! no amaba ya á su marido: amaba á Olivier. Pero se había jurado no revelar jamás su pasión, ni con una frase ni con una acción irreflexiva. Como todas las mujeres honradas, se creía segura de sí misma, sin querer confesarse que las más fuertes, en condiciones determinadas, son susceptibles de tener alguna vez un momento de debilidad.

Una mujer experta en estas materias, por sus lecturas, sus reflexiones, los consejos inteligentes que ha recibido ó el ejemplo de sus amigas, emprende una fuga valerosa cuando se siente amenazada. La virtud consiste en no desafiar el peligro introduciéndole en su casa, para estar siempre expuesta á él, sino en alejarle, en po-

nerse en guardia contra las sorpresas de los sentidos y del corazón, y en no tener jamás el pecado al alcance de la mano. La que, al contrario, no sabe nada, ni ha sido instruida por su experiencia ó por la ajená, fia en sus propias fuerzas, en su gran valor, y sucumbe muchas veces por exceso de inocencia y de virtud.

Enriqueta estaba áun léjos de la caída; quizás pertenecía á las que no caen jamás, que son muchas, por más que se diga lo contrario. Pero hacia una hora que no tenia en sí misma aquella confianza soberbia que hasta entónces la habia sostenido; un primer paso en una via peligrosa la asustaba extraordinariamente, haciéndola temer el segundo; acababa de adquirir en un momento, á su costa, la experiencia que le faltaba. Sonriente, sin temor, pero sufriendo, habia subido una alta montaña, sin volverse, sin mirar detrás de ella. Despues, habia dado un paso en falso, paso muy ligero, por cierto: el abismo se presentaba ante ella, y temia el vértigo.

¿Pero, cómo evitar el peligro? ¿Qué hacer. Partir, ¿era acaso posible? Las mujeres que, para escapar á ciertas influencias tienen á veces

tanta necesidad de movimiento, actividad, distracciones y viajes, están condenadas la mayor parte del tiempo al reposo y á la inaccion. Es necesario que combatan el peligro sobre el terreno, sin cambiar de atmósfera; no pueden distraerse de sus pensamientos. Si el peligro viene — y con frecuencia es el marido quien le introduce en el hogar conyugal bajo la forma de un amigo seductor — se ven obligadas á sufrirlo, y no pueden ponerlo á la puerta. Nosotros, los hombres, al contrario, cojemos el sombrero, y decimos: « Decididamente, tengo miedo, no vuelvo más. » Si, por casualidad, nos persiguen á domicilio, nos precipitamos sobre nuestra maleta, huimos á todo vapor, y estamos en seguridad. Una mujer casada no puede valerse de este medio; esta fuga preservadora se tomaria por una falta, y nadie creeria que al llegar al camino de hierro hubiese entrado en un reservado de señoras.

Pero si la señora Vandelle no podia huir de Olivier Deschamps, tenia bastante imperio sobre él para exigirle que se alejase del castillo y que no la viese más. Esto era horrible, y á este solo pensamiento las lágrimas corrian abundante-

mente por sus mejillas. Lloraba por ella, cuyo aislamiento iba á ser completo, y por él, cuya desesperacion seria desoladora.

Y no obstante, no vacilaba; estaba resuelta á no transigir con su conciencia, porque ahora veia el peligro, el abismo le parecia profundo y terrible; se sentia atacada por el vértigo, no se atrevia á subir más arriba, ni á quedarse en el mismo sitio, y queria volver en seguida al llano.

El horizonte seria bastante limitado: las nubes que dominaba desde lo alto la envolverian por todas partes; el hermoso cielo azul, entrevisto un instante de las altas cumbres, desapareceria, y viviria en la niebla, triste, silenciosa, desesperada. ¿Pero qué importaba? Habria cumplido con su deber, habria expiado su falta, y no estaria ya expuesta á cometer otras nuevas.

V

Sin embargo, ¿cómo decirle á Olivier que habia dispuesto de su suerte y de su vida? ¿Cómo verle libremente para hablarle y para convencerle? Y si en vez de participar de sus temores, de obedecerla y de abandonar el país, intentaba persuadirla de que podia quedarse; si se dejaba conmovir por sus razonamientos y por su elocuencia; si vencida por su desesperacion y desesperada ella tambien, debilitada por la lucha, enervada, cometia aún una nueva imprudencia?... ¡Ah! ahora podia temerlo todo; cuando no dudaba ni de ella ni de él, ¿acaso no se habian dejado arrastrar los dos por un movimiento irre-

flexivo? ¿Escribirle? Contestaría, discutiría sus razonamientos, y haría otros que ella se vería obligada á combatir á su vez. Y además escribir, ¿acaso no era una nueva falta?

Necesitaba una confidenta, una persona segura, una amiga que se encargase de hablar en su nombre á Olivier, para convencerle y decidirle á partir. De esta manera ella no le vería más, no se dejaría conmover por sus súplicas, y no estaría tentada á decirle: «Quédale» ni á olvidarse de su dignidad diciéndole adios.

Pero no tenía ni confidenta ni amiga: estaba sola, muy sola en aquel país casi desierto, en medio de aquella naturaleza desolada, en aquella noche sombría.

Miéntras se entregaba á estas reflexiones, Clara Meunier entró en el aposento.

Enriqueta la miró. La jóven parecía tan triste como ella, estaba estenuada y abatida. No era ya la mujer sonriente y llena de salud que había llegado al castillo; estaba horriblemente pálida, y los ardores de su mirada se habían extinguido.

Enriqueta se reprochó el no haberse apercebido

todavía de todas estas trasformaciones; el vivir aislada en su tristeza sin atender á la de los demás, el haber visto solamente sus penas, sin pensar en que aquella jóven podia tener las suyas. Sin familia, sin fortuna, Clara Meunier habia aceptado el enterrarse en el fondo de un rincon de Francia, léjos de todas las distracciones, en un país casi salvaje en verano, y desolado en invierno. No debia al ménos haber encontrado al lado de aquella que la habia llamado para participar de su destierro, alguna benevolencia y amabilidad, ya que no afeccion?... Pero no, Enriqueta se habia separado lentamente de ella, no utilizaba ya sus servicios, y para entregarse completamente á sus pensamientos, le imponia una especie de cuarentena.

Y la desgraciada no decia nada, sufría en silencio: necesitaba sin duda su colocacion para vivir, y no se atrevia á quejarse.

Verdaderamente, Enriqueta habia sido demasiado egoísta, demasiado cruel! Lo conocia y se avergonzaba de su conducta.

Después, mientras Clara Meunier tomaba un libro y se sentaba léjos de ella para no moles-

tarla, para respetar sus meditaciones, acabó por decirse que aquella joven merecía quizá, su afeccion y su confianza. ¿No habia entrado además en el momento en que Enriqueta buscaba una confidenta y una amiga? ¿Era aventurado creer que el cielo, á quien la señora Vandelle se quejaba de su aislamiento, acababa de abrirse para dar paso á la que debía consolarla y quizás salvarla?

A pesar de todo, no pensaba entónces en confiarle su secreto, en encargarle de una mision para Olivier. Si mas tarde se decidió, fué por que una necesidad irresistible de expansion la arrastró mas léjos de lo que ella queria. No pensó al principio mas que en mostrarse afectuosa y buena con aquella que hasta entónces habia tenido alejada. Queria hacerla su amiga, tener en el porvenir una compañera asídua, demostrarle que le inspiraba confianza, para que á su vez Clara Meunier que sufría á su lado, pudiese en un momento de expansion, abrirle su corazon, llorar á su lado y sufrir ménos quizás.

VI

Pero, cuando se ha vivido mucho tiempo concentrado en sí mismo, entregado por entero á los propios pensamientos sin confiárselos á nadie, cuando se está fatigado del silencio y del aislamiento, enervado hasta el extremo, si por casualidad se entra en la via de las confidencias, es imposible detenerse, las palabras embriagan, la enervacion aumenta, el enternecimiento se apodera de todo el ser y se habla mas de lo que se quisiera. Esto es lo que debia sucederle á Enriqueta. Despues de la comida, que duró poco, y á la cual no asistió el dueño de la casa, la señora Vandelle,

viéndose sola con Esther, se sentó á su lado y le dijo afectuosamente:

— Desde hace algun tiempo, mi querida señorita Meunier, sin que esto sea un reproche, me deja Vd. muy sola, y sin embargo, tengo necesidad de que alguien me hable y me ame..... ¿La he ofendido a Vd., tiene Vd. alguna queja, algun resentimiento contra mí?

—¿Quejas? resentimiento?... ¡Qué idea señora! dijo Esther, con tono algo duro.

— Ah! está Vd. resentida conmigo, ya lo veo, continuó Enriqueta. He estado fria con Vd. quizá y no es por orgullo. Yo no me ligo fácilmente. Pero no soy ni imperiosa ni orgullosa. Si alguna vez tengo el humor desigual, alguna impaciencia y soy algo brusca, es que sufro; el disgusto nos hace irritables é injustos.

— Pero, señora, objetó Esther, ¿por qué me dice Vd. esto? Yo no me quejo.

— No se queja Vd., es verdad.... Pero está Vd. triste, sombría, se aleja Vd. de mí.... y jamás, jamás, se lo repito, he tenido necesidad como ahora de una afeccion, de un consejo, de un apoyo. No tengo padre, ni madre, ni amiga. Estoy

sola, sola para luchar con el dolor, contra mis pensamientos, contra los arrebatos de la cólera, contra los estravios de la desesperacion.

Poco á poco, como habiamos presentido, la jóven salia de los límites que habia trazado á sus confiancias: se exaltaba hablando, dejaba leer mas allá de lo que queria en su alma, tanto tiempo cerrada y que entreabierta ahora, se desahogaba libremente.

— No comprendo, señora, contestó Esther.

— Sí, comprende Vd., dijo Enriqueta febrilmente. Vd. ha adivinado y ha visto que aquel que debia protegerme me abandona, que el que debia amarme solo tiene desden é indiferencia para mí.... Pero Vd. puede sostenerme y aconsejarme. Vd. es fuerte y yo soy débil... He comprendido bien su caracter, su altivez... ¿Quiere Vd. ser mi amiga?... Sí, nada nos impide que nos liguemos estrechamente. ¿No es Vd. acaso mi igual por su educacion y su inteligencia? Vd. es mujer, Vd. debe sostenerme, si no lo hace Vd. por afeccion ó por simpatia, hágalo Vd. por piedad.

— ¡ Yo, tener piedad de Vd. !

— ¿Por qué nó? Porque la suerte la ha privado de esta fortuna que me ha hecho á mí tan desgraciada... ¡Ah! yo soy quien tengo envidia de Vd.; Vd. es libre, Vd. depende de sí misma. Vd. puede seguir las inclinaciones de su corazon... Yo he hecho callar el mio para salvar estas riquezas despreciables... ¡Ah! No sabia lo que era la vida. Débil como siempre, me dejaba conducir... Y ahora que en este corazon ofendido y destrozado, el pasado se despierta, es necesario que lo comprima y le ahogue, es necesario que desespere á otro corazon que solo ha latido por mí.

— ¡ Otro corazon !

— Sí, sí, continuó Enriqueta, exaltándose por momentos, comprendiendo además que habia hablado demasiado para poder callarse, sí... Vd. lo sabe bien... ¿No lo ha adivinado Vd.?... ¿Tengo necesidad de confiarle este secreto para que Usted sepa?... Este jóven, mi compañero de infancia... el que vive con nosotros... es necesario que parla, mañana, esta noche si es posible; no quiero verle más... Dígaselo Vd. de mi parte, suplíqueselo, ordéneselo...

— ¡Yo!

— Sí, yo no tendría bastante valor... replácame Vd. se lo ruego... amiga mia...

Habló de esta suerte durante algun tiempo, apremiante, casi suplicante, exaltándose con sus propias palabras, dominada por la fiebre de sus pensamientos, y en seguida, sin dejar á Esther el tiempo de contestarle, por temor de que le negase lo que pedia, y quizá tambien porque tenia desistir de su propósito, salió precipitadamente.

Cuando Esther Sandraz, se quedó sola, pronunció lentamente estas palabras:

— ¡Cómo comprenden el amor estas gentes!
¡Es extraño!

Y despues, sombría, febril, con la mirada vaga, se sumergió en sus reflexiones.

VII

En breve, Olivier Deschamps, que habian enviado á buscar á la fábrica en donde trabajaba todas las noches ántes de retirarse á su casa, entró en el salon.

Esther levantó bruscamente la cabeza al oír el ruido de sus pasos, y en vez de hablarle, le miró fijamente.

Sus rasgos enérgicos, como hemos dicho, su mirar profundo, ciertos pliegues de su frente y cierta tristeza en la sonrisa, revelaban al hombre á quien los estudios sérios, la reflexion y quizás los accidentes de la vida, han madurado en edad temprana, infundiéndole una experiencia prema-

tura. Pero lo que le hacía más simpático era el encanto de su fisonomía y su mirada clara, límpida, llena de franqueza.

Sorprendido al saber que la señorita Meunier quería hablarle, esperó á que ésta le dirigiese la palabra, pero cuando vió que ella continuaba mirándole silenciosamente, se decidió á decir:

— He venido aquí, señorita, porque Vd. me ha llamado; ¿qué desea Vd. de mí? Y si no es indiscreta mi pregunta, ¿por qué me mira Vd. así?

— Porque, contestó ella, decidiéndose á hablar, no sé caballero cómo desempeñar una mision que me han dado para Vd.

— ¿Una mision?

— Sí, muy singular y muy penosa.

— ¿Quién?

— La señora Vandelle.

— ¡ Ah! exclamó Olivier palideciendo, y añadió en seguida, procurando devolver la calma á su voz:

— ¿Qué mision es esta?

— La señora Vandelle, contestó lentamente Esther, le ruega á Vd., le ordena si es preciso, que parta Vd. cuanto ántes.

El jóven miró á Clara Meunier con desconfianza. Estaba sorprendido, no de la órden que le daba Enriqueta, la conocia y temia recibirla; pero no habiendo asistido á la escena que habia ocurrido entre las dos mujeres, no pudiendo darse cuenta de las impresiones sufridas por la señora Vandelle, no se explicaba cómo ésta habia escogido á Clara Meunier por confidenta.

Su sorpresa se tradujo por estas palabras:

— ¿Y ella ha encargado á Vd?...

— A mí, y mi sorpresa es igual á la de Vd., puede Vd. creerlo. Sin embargo, comprendo que yo era la sola persona que podia hablarle en su nombre. Como el jóven no contestaba, ella añadió un momento despues:

— ¿Qué decision toma Vd.? ¿Qué tengo que decir de su parte á la señora Vandelle?

— Dígale Vd., se lo ruego, dijo el jóven con resolucion, que obedeceré... sus órdenes sin discutir.

Esther, avanzando hácia él, exclamó :

— La respuesta no es seria, ¿no es verdad? Usted duda aún de mí, Vd. no cree que me hayan dado esta mision.

— He dudado, en efecto, señorita, o confieso; pero he reflexionado, y no dudo ya.

— Entónces, ¿partirá Vd. mañana?

— Mañana.

— ¿Sin despedirse de Enriqueta?

— Sin despedirme, si ella lo exige.

— ¡Luego no la ama Vd.! exclamó Esther de repente.

Su acento y su gesto confirmaron á Olivier en el pensamiento de que hablaba con sinceridad, y afirmaron al mismo tiempo ciertas ideas que debia emitir en breve. Así es que no vaciló en contestar:

— La prueba de que la amo es que parto.

— No comprendo.

Olivier dió un paso hácia ella, la miró y le dijo:

— ¿Usted no ha amado nunca, segun parece?

— No lo sé, contestó ella vivamente, pero me parece que ningun obstáculo podria separarme de la persona amada... y que si por casualidad se opusiera alguno á mi amor, ántes de renunciar á mi bien, á mi vida, los romperia todos!

— ¿Aun corriendo el riesgo de comprometer y de perder para siempre esta existencia más preciosa que la de Vd.?

— ¡A todo riesgo y á toda costa! ¿Acaso mi vida no vale tanto como la suya?

— Bastante se ve que Vd. no ha amado nunca.

Esther calló y pareció reflexionar... Quizás se preguntaba si en efecto Olivier tenia razon, si verdaderamente ella habia amado. Al fin levantó la cabeza y dijo bruscamente:

— ¿Parte Vd., pues?

— Parto. Sírvase Vd. decir á la señora Vandelle que mañana á primera hora habré dejado esta casa... Dígale Vd. que á pesar de que mi alma se desgarrá, llevo conmigo un recuerdo como un perfume fresco, como un rayo divino. Dígale Vd. que parto porque la quiero pura, respetada, santa para todos los ojos; que me voy bendiciéndola, sin quejarme, sin murmurar... Esto causará quizás mi muerte, pero moriré sin sentir mi sacrificio, enviándole el último suspiro de mis labios, el postrer latido de mi corazón.

Olivier no hablaba ya, y la jóven le escuchaba todavía, sorprendida, estupefacta de las palabras que acababa de escuchar, de los sentimientos tan nuevos para ella que habia oido expresar.

VIII

Olivier, despues de una pausa, rompió el silencio, y acercándose á Esther le dijo:

— Ahora que hemos arreglado la situacion de la señora Vandelle y la mia, vamos, si á Vd. le parece bien, señorita, á hablar un momento de usted.

— ¿De mí?

— Sí, de Vd., que encargada de invitarme á partir, á abandonar este país, ha intentado Vd. hace un momento detenerme.

— Yo he intentado...

— Sin duda. ¿No acaba Vd. de decir que ningun obstáculo podria separarla del hombre ama-

do, que los rompería Vd. todos, á todo riesgo y á toda costa? Esto era decirme : quédese Vd

— ¡ Verdaderamente ! ¿ Y por qué habia de retenerle á Vd. ? ¿ Qué me importan su presencia ó su ausencia ?

— Mucho, dijo él con voz firme, y fijando en Esther su clara mirada. Si yo parto, la señora Vandelle escapa á todos los peligros, y Vd. acecha su caida.

— ¡ Yo ! ¡ yo ! exclamó la jóven, pálida y sorprendida. ¿ Qué significa esto, caballero ? ¿ Con qué derecho me juzga Vd. así ? ¿ Con qué fin, dígalo Vd., puedo acechar la caida de la señora Vandelle ?

— Con el fin de separarla para siempre de su marido y de vivir con él.

— ¡ Caballero !

Olivier añadió sin perder su calma :

— Usted ha creido que mi amor no me dejaria ver claro. Se ha engañado Vd... ¿ Quién es Vd. ? lo ignoro. ¿ De dónde viene Vd. ? no me importa. ¿ Tenia Vd. algun designio oculto al introducirse en esta casa ? No estoy seguro de ello.. Pero lo cierto es que ha producido Vd. en el señor Vande-

lle, desde su llegada á esta casa, una viva impresion. Es cierto tambien que él no le es á Vd. indiferente... No lo niegue Vd., porque sé á qué atenerme. He comprendido en seguida que la señora Vandelle estaria en peligro entre Vds. dos; por esto he querido un destino en la fábrica, por esto estoy aquí... Parto hoy porque ella me lo ordena; pero Vd. partirá conmigo.

— ¿Pues qué, exclamó Esther, cree Vd. disponer así de mi persona?

— No, es Vd. quien va á disponer de buen grado, por su propia voluntad... Vd. no se conoce á sí misma, y yo voy á enseñarla á conocerse.

— Veamos, dijo la jóven, mirando con más curiosidad al que acababa de metamorfosearse y revelarse de aquel modo.

IX

Olivier continuó con voz tranquila, pero dulce y penetrante :

— Usted ha sido adulada y mimada en su infancia y en su primera juventud, señorita. Era Vd. tan linda y tan hermosa, que la amaban y la admiraban sin pensar en prepararle una vida honrosa y honrada. Mas tarde ha debido amar Vd. á su vez, pero á uno de estos hombres para los cuales el corazon de la mujer no existe, y por consiguiente, están materializados y degradados. Usted ha sufrido mucho por este hombre, y solo ha tenido Vd. un pensamiento : vengarse!

Esther se estremeció, pero no hizo el menor gesto, ni dijo una sola palabra.

Olivier continuó :

— Qué venganza ha imaginado Vd. en un momento de desesperacion, de cólera quizás; esto es lo que no sé positivamente. Pero desde hace dos meses, desde el dia en que me colocaron aquí, la observo á Vd., expío todos sus gestos, todas sus miradas, y afirmo que sin haber tenido el valor de abandonar sus designios, se avergüenza Vd. de sí misma y Vd. sufre.

Esther continuaba impasible con la cabeza inclinada y la mirada fija.

— Hoy, continuó Olivier, con mas dulzura, como si hablara á una enferma, hoy sufre Vd. mas que nunca : la que odiaba Vd. ántes, la que queria Vd. sacrificar á sus resentimientos, se ha mostrado afectuosa y buena para Vd.; la ha tratado como una amiga y estas muestras de simpatía la han conmovido á Vd... y su corazon, ya ménos duro se ha enternecido... Pero por ciertas palabras que Vd. ha pronunciado, he comprendido que algo ha hecho á Vd. una impresion mas viva todavía : la señora Vandelle

sufre por su marido, ha sido ofendida por él, humillada, maltratada... y sin embargo, léjos de pensar en vengarse de este proceder, se sacrifica, para que el honor de aquel cuyo nombre lleva, no corra ningun peligro, para que no tenga que sufrir por ella... Enriqueta me ama, no puede Vd. dudarle, lo sabe Vd. desde hace tiempo y ella me aleja de su lado... Yo, en vez de resistir á sus órdenes, apesar de mi dolor, me someto... Su conducta y la mía la han sorprendido á Vd. profundamente... Nuestra manera de comprender el amor, el deber, la abnegacion, han acabado de agitar su alma ya flotante y atormentada. Ha vuelto V. sobre sí misma, y, ó yo me engaño mucho, ó está Vd. sobre el camino de Damasco, y la gracia ha lucido ya para Vd... Hé aquí lo que deseaba decir á Vd. señorita.

Y saludándola respetuosamente, salió sin que ella pronunciara una sola palabra.

X

Un cuarto de hora despues, miéntras Esther continuaba sentada en el mismo sitio, resonaron pasos en el corredor contiguo al salon. Era Vandelle que volvia despues de una caza infructuosa sin duda, por que no se habia oido ninguna detonacion. No habia comido aún y se hizo servir en seguida sin subir á su cuarto, contentándose con dejar en un extremo del corredor la escopeta cargada.

Aquella comida solitaria duró, sin embargo, una hora. Hacía algunos meses que Vandelle se entregaba á los placeres de la mesa, con mas complacencia que ántes; intentaba olvidar sus

infortunios y con la ayuda de los vinos fuertes, reemplazar la realidad sombría por un sueño color rosa, vivir en el pasado y principalmente en el porvenir, puesto que el presente le era funesto.

Cuando terminada su copiosa comida, para sumergirse mas en la beatitud de su sueño, hubo absorbido media botella de kirsch, encendió un cigarro y se dirigió al pequeño salon, con el propósito de hacer cómodamente la siesta, tendido en su divan predilecto. Vandelle era hombre que sabia apreciar todos los refinamientos del bienestar y del *confort*.

Se sorprendió al encontrar en el salon á Esther sentada cerca del fuego, ensimismada y sumergida en sus meditaciones. Creia que se habia retirado ya á su cuarto y no esperaba aquella ocasion de estar sólo con ella. Si hubiera sabido que estaba allí, tan cerca de él, quizá no se habria eternizado en la mesa y hubiese sido más discreto con los vinos. Pero los habia tratado con tanta familiaridad, que se sentia incapaz de sostener una conversacion brillante, y de aprovecharse de su buena fortuna. Dudaba hasta tal punto de sí mismo, de sus facultades

intelectuales, de sus aptitudes amorosas, que tuvo que resignarse á guardar silencio, á imitar el mutismo de Esther, y á dedicarse á su lado á la vida contemplativa. Ocupó su sitio habitual en el diván, apoyó su cabeza en un almohadon, se instaló con toda comodidad, colocó sus piés en otro almohadon, estendió las piernas y encendió otro cigarro.

Aquella velada no carecia de encantos, le recordaba en parte las que habia pasado en tiempo de sus amores, en la calle de Seze, en el aposento de Esther. Estaba entónces como hoy, sólo con ella, muellemente recostado, en un gabinete solitario, al abrigo de los importunos, y la contemplaba y la admiraba sin decir una palabra.

Pero entónces á estos elocuentes silencios, sucedian conversaciones más elocuentes. No estaba siempre sólo en su sitio; ella venia á su lado á recompensarle por su muda admiracion. Hoy no se cuidaba de la direccion de sus miradas, su ardor no la conmovia, y se mostraba indiferente á su insistencia.

Llegó, sin embargo, un momento, en que á consecuencia de un fenómeno magnético cuya

existencia no puede negarse, la obstinacion de su mirada fija en Esther, obligó á ésta á levantar los ojos.

Vió á Vandelle con la faz purpurina, la mirada brillante, lleno de deseos, las ventanas de la nariz dilatadas y los labios rojos, con sus anchas espaldas, su cuello, atezado por el viento y el sol, corto, fuerte, con venas poderosas; con sus cabellos negros y espesos y su barba abundante é inculta ahora, Vandelle recordaba al fauno del escultor antiguo, al cual el arte griego ha sabido dejar, bajo las apariencias robustas, cierta elegancia de formas. Era el tipo acabado de la sensualidad, pero de una sensualidad ateniense, parisien y mundana.

Podia en aquel momento observarle á su gusto; la actitud reservada que guardaba y la especie de letarjía en que le sumergia su semi-embriaguez, eran una garantía de que no seria atacada; le veia tal como era, en toda su materialidad.

Y hé aquí todo lo que ella habia podido inspirarle; el amor que sentia, el gran amor que experimentaba por ella, se reasumia en una sola palabra : la posesion.

No veía más que esto, solo á esto aspiraba y no deseaba otra cosa. Su cuerpo, esto era todo.

¡Ah! ¡qué distancia tan inmensa separaba este amor físico del otro amor, del verdadero, del que Enriqueta inspiraba á Olivier Deschamps! Los dos, sin embargo, eran jóvenes y ardientes, sanos y vigorosos, pero no se dejaban dominar por la materia, ni invadir por la sensualidad: su corazón les mandaba, le sentían latir, y el ruido de aquellos latidos sofocaba todos los demás rumores que rugían en torno suyo, les ennoblecía, y les preservaba de toda mancha. Él la amaba, sabía que era amado, y sin embargo, estaba dispuesto á todos los sacrificios. Ella le amaba también y temerosa de que su amor se revelase, de enternecerse á su lado, le alejaba y se condenaba al sufrimiento.

¡Qué diferencia entre Olivier y Vandelle, y qué barrera la separaba á ella misma de Enriqueta! ¿Porqué interrogaba su conciencia y se preguntaba si valía más que su amante. No había acaso desarrollado su lujuria, irritado sus sentidos, y antepuesto los deseos carnales á los goces del corazón y de la inteligencia? La mujer no tiene

por ventura una mision que llenar al lado del hombre amado? hablar á su razon, á su alma, no dejarle dar una grande importancia á los sentidos, tener en cuenta los sentimientos, hacerlos más grandes, elevarlos, y obrar de manera que su amor, por ardiente que sea, la ennoblezca y le purifique!... Pero durante sus relaciones se olvidaba hasta tal punto de sí misma en sus brazos, que no pensaba, ni en interrogar al corazon de Vandelle, ni en dejar hablar al suyo.

Y hé aquí lo que habia sucedido: aguardando la vuelta de los placeres pasados, espiano la hora en que ella se humanizara, convirtiéndose de mármol en carne y fundiéndose el hielo para volver á ser fuego. En pos de su único objetivo, el mundo podia hundirse; con las ojos fijos en ella, y aguardando la hora propicia, él no se apercibiría de la catástrofe.

— ¡Y hé aquí en qué habia parado ella misma! ¡No habia encontrado más que un medio de vengarse de él: mortificar su carne!

¡Ah! eran dignos el uno del otro. Esther llegaba hasta decirse que ella valia quizás ménos.

¿No habia acaso concebido el odioso proyecto de vengarse tambien de la pobre Enriqueta? Si la desgraciada sufría en aquel momento por su amor, si estaba desesperada y quebrantada, ¿por ventura, no era Esther quien le habia procurado aquel nuevo suplicio? ¿La señorita Sandraz no habia acaso exigido que Olivier entrase en la casa y estuviese en contacto con ella? ¿No habia atizado su amor? Vandelle no dudaba de su mujer; creía en su virtud, y sin ser criminal, la habia podido exponer al peligro, persuadido de que Enriqueta no sucumbiria. Pero ella, Esther, habia creído al contrario en una próxima caída: la habia deseado, la habia preparado.

¡Y qué gran lección le daban aquellos dos corazones honrados! Olivier, á quien ella mezclaba en su venganza sin que tuviera ninguna queja contra él, á quien confundía en el mismo martirio; Olivier, que parecia haber descubierto sus secretos designios, en vez de amenazarla, en vez de apostrofarla, apelaba á sus buenos sentimientos, la habia compadecido, habia encontrado excusas para sus faltas, que casi eran crímenes, y partía confiándole á la que ella queria perder.

En cuanto á Enriqueta, la habia tomado por confidenta, por amiga, se habia refugiado en ella, y para permanecer firme en su virtud, encargaba á Esther del cuidado de protegerla.

Un mundo de pensamientos hervia en su cerebro; en su imaginacion desfilaban todas las escenas de su vida pasada, las travesuras de su infancia, la escentricidad de su juventud, sus ligerezas, su ociosidad, su amor al bullicio y á la multitud; su madre, á la que no habia llorado bastante; Vandelle, á quien habia amado demasiado pronto, sin tomarse el trabajo de estudiarle, su caida demasiado brusca, sus amores ardientes, sus sueños desvanecidos, su venganza sin dignidad, brutal, respecto á Vandelle, injusta y criminal, respecto á Enriqueta, y ahora su derrota, su confusion y su vergüenza. Los que habia querido herir se le escapaban, y la anonadaban con su generosidad y su virtud: se elevaban tan alto, tan alto por encima de ella, que no podia alcanzarles; volaban á unas regiones inaccesibles para ella.

Sólo le quedaba Vandelle; éste no se elevaba de la tierra, se arrastraba allí por el suelo. Podia

aún hacerle sufrir, dirigirle una mirada provocadora, llamarle con un gesto para exasperarle, volviendo á ser la mujer de hielo. ¡Qué infamia!

Podía también resucitar el pasado, allí, en aquel salón, bajo aquel techo, en la casa de Enriqueta. ¡Qué vergüenza!

XI

Y mientras se entregaba á estos pensamientos, Vandelle, siempre tendido, con el cigarro en la boca, no cesaba de mirarla. Él se decia, que si Esther, que de ordinario huia de él, que evitaba siempre el encontrarle solo, permanecia junto á él á una hora tan avanzada, era porque empezaba á humanizarse y que pronto, aquella noche quizás, tendria piedad de los dos.

— ¡Ah! no quiero permanecer más aquí, exclamó de repente Esther levantándose, ¡partiré mañana!

Vandelle esperaba tan poco aquella frase, que hizo un movimiento brusco y se levantó como si

fuese de una sola pieza, como si hubiese recibido una sacudida violenta.

— ¡Partir! repitió, ¿qué significa... qué dices?

Esther se habia acercado á él, y con voz firme y decidida le decia:

— Olvídeme Vd., aún es tiempo.

— ¡Olvidarte! dijo él sin comprenderla, procurando recobrar la claridad de su espíritu, turbado por la embriaguez.

— Sí, olvidarme... He venido aquí para vengarme de tí, pero te amaba siempre... creo que te amo, porque sin esto habria, desde hace mucho tiempo, renunciado á mi venganza, borrado tu recuerdo... Todo lo que he dicho, todo lo que he hecho, mi ironía, mis resistencias, mi frialdad, todo era mentira... Deseaba que sufieras, que sufieras mucho, te habria muerto con placer, pero yo sufro tambien al hacerte sufrir; cuando permanecia inmóvil en tus brazos, cuando me convertia en mármol y en estatua, sufría tanto como tú, más que tú quizá... Pero me avergüenzo de mí misma. ¡No quiero verte más! Quiero partir, quiero partir... adios.

Se dirigia ya hácia la puerta, cuando Vandelle se arrojó sobre ella, y cogiéndole los brazos con sus dos manos, clavándola en su sitio, exclamó:

— ¡Partir! ¡partir!... cuando acabas de confesarme que me amas aún, ¡estás loca!

— No lo sé, pero es muy posible.

-- Partir, continuó él fuera de sí. No te lo permitiré... Ahora soy fuerte contra tí... He podido creer un instante, viéndote tan fria y tan cruel, que sólo tenias odio para mí... Ahora ya sé que me amas, que luchas como yo, y que querrias...

Esther le interrumpió. Miétras él hablaba, comprendió la falta que habia cometido; la confesion que acababa de escapársele en un momento de franqueza, porque estaba cansada y disgustada de la comedia que representaba hacia tanto tiempo, fortificaba en efecto á Vandelle, le armaba contra ella. Así, de exaltada que estaba un momento ántes, volvió á ser calmosa y fria.

— Le he dicho á Vd. que queria partir, dijo con voz firme.

— Y yo te he dicho, exclamó Vandelle, que no lo permitiré.

— ¿Se atreverá Vd. .?

— A todo.

Y la atrajo hácia sí estrechándola contra su pecho.

— Déjeme Vd., dijo ella defendiéndose.

— ¿Dejarte? despues de haber esperado tanto tiempo... ¡Dejarte partir para quedarme más miserable, más desesperado que ántes!

— ¡Ah! me da Vd. miedo.

— No, puesto que me amas.

— ¡No, no! He creido que le amaba á Vd. cuando vine aquí, pero no le amo ya... No le amaba ántes tampoco... ¿Acaso aquello era amor?

Un ruido de pasos se oyó en el aposento contiguo : los criados ántes de retirarse á sus cuartos, cerraban los postigos del piso bajo. Vandelle se vió obligado á soltar á Esther, y ella se aprovechó de su libertad para correr hácia la puerta y huir del aposento.

La señorita Sandraz, al dejar á Vandelle, atravesó vivamente el vestibulo del piso bajo y subió la escalera para dirigirse á su cuarto, situado en el segundo piso. Pero apénas habia llegado al descanso del primero, cuando una puerta entreabierta hacia ya algun tiempo, se abrió dulcemente, y Enriqueta apareció en el umbral.

Esther, comprendiendo que la señora Vandelle deseaba hablarla, entró en su cuarto despues de haberse asegurado de que nadie la seguia.

— ¡Y bien! dijo Enriqueta en voz baja, ¿ha venido, le ha hablado Vd.?

— Sí, señora.

— ¿Qué ha dicho?

— Que estaba desesperado, pero que obedecería.

— ¡Ah! ¿Y cuándo se marcha?

— Mañana á primera hora.

— ¿Sin despedirse de mí? preguntó la jóven con tristeza.

— Usted ha deseado que no se despidiera, y yo he tenido que pedirle, en nombre de Vd., este último sacrificio.

— ¡Y lo hace! exclamó Enriqueta. ¡Ah! para recompensarle, yo debería tener el valor de ir á despedirme de él.

Estas últimas palabras hicieron estremecer á Esther : despedirse de Olivier á una hora tan avanzada de la noche, al extremo del parque, en el pabellon que él solo habitaba... miéntras Vandelle estaba en el piso bajo y podia verla pasar. ¡Qué imprudencia!

• Pero pronto se tranquilizó; Enriqueta no era capaz de una locura semejante... Habia querido decir sin duda que al dia siguiente, por la mañana, podria salir al paso de Olivier cuando éste partiese. Además, la señora Vandelle, despues de

haberla dado las gracias con efusion, y despues de estrecharla en sus brazos, movida por un arranque que no pudo reprimir, acababa de entrar en su cuarto.

Esther, tranquilizada y aturdida por aquella nueva prueba de afecto, subió á su cuarto.

XIII

Mientras tanto, Vandelle, solo en el salon pequeño, se entregaba á sus reflexiones. Habia abierto la puerta que comunicaba con el comedor, se paseaba por el aposento y no interrumpia su marcha más que para hacer algunas estaciones delante de una batería de botellas colocada encima de la mesa.

¡ Esther le habia anunciado su próxima partida! ¿ Por qué partia, cuando acababa de revelar su pasion, cuando habia declarado su amor, cuando este amor la habia hecho volver á su lado?... Ella decia, es verdad, que no le amaba ya, pero gracias á su fatuidad, Vandelle creia sa-

ber á qué atenerse sobre este punto: era, segun él, la tentativa desesperada de una mujer que quiere guardar de nuevo su secreto despues de haberle revelado.

¡Ella le amaba! ¡le amaba siempre! No podia dudarle, y sin embargo partia. ¿Por qué?

Porque habia concebido un plan insensato. Enriqueta, en relaciones constantes con Olivier, iba indudablemente á enamorarse de su compañero de infancia, y en breve, como si se tratase de la cosa más insignificante, faltaria á todos los deberes y seria criminal. Entónces Vandelle, á quien nada escapaba, que no era uno de estos maridos ciegos, á los cuales se puede engañar impunemente, tendria en seguida conocimiento de lo que pasaba y se separaria inmediatamente, y para siempre, de su mujer.

Este era necesariamente, segun Vandelle, el fin deseado por Esther, no como ella decia, por un sentimiento de venganza, sino por amor, por celos, para reconquistar el sitio que le habian arrebatado, para librarse de su rival.

En efecto, Esther Sandraz, pensaba su antiguo amante, debia sufrir cruelmente al ver al lado

de Vandelle á una mujer joven y hermosa. Era fácil decir que no la amaba, que no la habia amado jamás, que sus relaciones eran frias, y que apénas se trataban; Esther podia dudar y esta duda la torturaba. Ella tenia cierto conocimiento de la vida; no ignoraba que los hombres por enamorados que esten de sus queridas, no se consideran obligados á condenar á sus mujeres á un celibato completo. Con frecuencia se creen obligados á ser tanto más amables, cuanto más culpables son; alejan así las sospechas y persuaden á la que engañan de que ella sola es la amada.

Pero, si la mujer legítima, desdeñando la deferencia de su marido, sospechando su traicion, apesar de las precauciones tomadas, busca una diversion á sus disgustos en unas relaciones ilícitas y comete una falta, el marido recobra inmediatamente su libertad, arroja á la infiel ó por lo ménos rompe toda relacion con ella.

Y evidentemente, continuaba diciéndose Vandelle, Esther habia contado con una ruptura de este género. Se mostraba muy modesta en aquella circunstancia, por que podia sin duda aspirar á

más: Vandelle el día que descubriese una falta de su mujer, no era hombre capaz de contentarse con una ruptura, con una separacion amigable ó legal.... Al solo pensamiento de que Enriqueta podia engañarle, olvidaba que él no tenia en aquel momento mas que un deseo, una aspiracion y un fin : engañarla á ella. Se enfurecia y armado del código tan severo para las mujeres, tan indulgente para los maridos, pensaba en hacerse pronta y completa justicia.

Pero afortunadamente no habia llegado este caso : la señora Vandelle apesar de las previsiones de Esther, solo sentia por Olivier Deschamps una buena amistad. Enriqueta apesar de las faltas de Vandelle, no amaba más que á su marido, y solo podia amarle á él. Sin peligro ninguno habia dado pues á Olivier Deschamps una colocacion en su fábrica y un aposento en el pabellon Luis XIII, en el fondo del parque.

Y, despues de haber agitado todos estos pensamientos y de haber hecho todas estas evoluciones, volvia á su punto de partida : Esther, viéndose forzada á reconocer que se habia equivocado respecto á Enriqueta, obligada á incli-

narse delante de la virtud inabordable de la señora Vandelle, Esther vencida, más enamorada que ántes, pero decidida á no admitir ninguna participacion, cedia el campo á su rival y abandonaba el país.

Pero él la retendria por fuerza ; y si ella queria marcharse á todo trance, la seguiria por todas partes !

XIV

Miéntras se entregaba á estas reflexiones, creyó oír un ruido de pasos en la escalera ; parecia que alguien andaba de puntillas en el aposento contiguo.

Un criado no habria tomado tantas precauciones y además, hacia una hora que todos los criados se habian retirado á una ala del castillo, independiente de la que ocupaban los dueños.

¡ Acaso era Esther Sandraz que cambiaba de idea y volvia á su lado !

Escuchó.

La persona en cuestion, atravesó el vestibulo del piso bajo ; y despues los pasos se alejaron en

direccion á la puerta que conducia al parque.

¿Quién salia á aquellas horas, con aquel frio glacial y aquella oscuridad?

Vandelle se acercó á la chimenea y apagó la lámpara; despues se dirijió á una ventana y miró.

En breve una forma humana se dibujó en una de las avenidas. Ninguna estrella iluminaba el cielo, pero la nieve estendida sobre la tierra y las hojas de los arbustos, formaba un fondo blanco sobre el cual se destacaba la persona que caminaba por la avenida.

Era una forma cubierta de un gran abrigo de forma inglesa y de un capuchon negro... Vandelle se estremeció... Habia reconocido el abrigo que Enriqueta usaba desde el principio del invierno.

¿ A dónde iba?

A lo léjos, á cien metros del castillo, brillaba una luz. El pabellon habitado por Olivier Deschamps, estaba aún iluminado, y Enriqueta tomaba el camino que conducia al pabellon!

¡ Cómo! En el momento en que se enorgullecia

de su virtud, y la elevaba hasta las nubes, descubria de repente...

¡Oh! ¡era imposible! Esther no podia tener razon... No era Enriqueta quien hacia aquella salida nocturna, creyendo á todo el mundo dormido, para dirigirse á casa de su amante.

Miró otra vez; ¡en efecto era ella!

Entónces, fuera de sí, loco aún bajo el imperio de su primera embriaguez que habia sostenido toda la noche con frecuentes libaciones, cojió la escopeta, que habia dejado dos horas ántes en el comedor, abrió una puerta y se lanzó al parque.

A pesar de su extravío, Vandelle, daba pruebas de inteligencia y de sangre fría en su persecución. En vez de tomar la misma avenida que seguía Enriqueta, exponiéndose á ser descubierto si ésta volvía la cabeza, se internó en una vereda perdida en la espesura que conducía directamente al pabellon habitado por Olivier.

Cuando llegó á algunos pasos del pabellon, se detuvo. Enriqueta no había llegado todavía.

Pero se acercaba : en el gran silencio de la noche se oía crujir sordamente la nieve endurecida, bajo el peso de sus piés.

Vandelle, oculto detrás del tronco de un árbol como un cazador en acecho, esperaba.

Al fin llegó, y siempre envuelta en su abrigo, se adelantó vivamente hacia la puerta.

Intentó abrir, pero la puerta estaba cerrada. Entónces, sin vacilar, como una persona deseada y esperada, llamó.

Se oyó un ruido en el interior del pabellon, la luz cambió de sitio y se abrieron los postigos.

Detrás de los cristales apareció Olivier con una lámpara en la mano.

Un instante despues la puerta se abria y se cerrába detrás de Enriqueta.

XVI

¿Qué pasaba en el alma de Vandelle? La atormentaban solamente los celos? ¿Pensaba tan solo en su honor ultrajado? O quizás en aquel momento, Esther se le aparecía provocante, soberbia, diciéndole: «Ella ha tomado mi sitio, yo quiero cojer el suyo... quiero ser tu mujer... Tú la sorprendes en flagrante delito, en el domicilio de su amante, la ley te absolverá si la matas, máatala!» No resolveremos esta cuestión, contentándonos con seguir á Vandelle.

Este abandonó su escondite, atravesó la avenida que lo separaba del pabellon y se acercó á la puerta.

Pero habian vuelto á cerrar los postigos y no podia ver lo que pasaba en el interior.

Entónces, con su escopeta en la mano derecha, apoyando el cañon en el brazo izquierdo, con un dedo en el gatillo, dió lentamente la vuelta al pabellon y buscó una ventana abierta.

Todas estaban cerradas; ¿qué hacer?

Nó. Un postigo exterior estaba entreabierto.

Se aproximó y acabó de abrirle sin hacer ruido.

Entónces pudo ver lo que pasaba en el interior: ella estaba de espaldas, pero estaba allí de pié, al lado de Olivier.

Al verla, Vandelle se inclinó, puso una rodilla en la nieve, apoyó el cañon de la escopeta en el borde de la ventana junto al cristal, apuntó é hizo fuego.

XVII

El sustituto Raynal despues de haber interrogado á varios obreros de la fábrica, y de haber pedido algunos informes á Vandelle, se habia trasladado, como recordará el lector, á la aldea.

No pudo librarse de la comida que quisieron ofrecerle el señor y la señora Fourcanade, pero á las ocho en punto, se instaló en la alcaldía y continuó la instruccion relativa al hombre que se habia suicidado en el distrito municipal.

Desgraciadamente, la mayor parte de los habitantes de G... convocados por él, no parecian dispuestos á facilitar sus trabajos nocturnos, y al tomar asiento en su bufete, no pudo retener

esta observacion pronunciada en tono amargo :

— Es necesario confesar, señor alcalde, que sus administrados, no se muestran celosos en darme sus declaraciones.

— ¡ Dios mio ! señor fiscal, dijo Fourcanade sin inmutarse, mis administrados están casi todos en la feria de Saint-Beat, y como Vd. comprende.....

— Si, continuó Raynal, comprendo que la instruccion no adelanta. Yo, sin embargo, habia dado el tiempo necesario para reunir á las personas que queria interrogar.

— Señor fiscal, he puesto en campaña inmediatamente á toda la gendarmería.

— ¡ Llama Vd. á esto toda la gendarmería ! Dos hombres ; ¡ sólo tiene Vd. dos gendarmes en el pueblo !

— ¡ Oh ! ¡ para lo que tienen que hacer ! murmuró Fourcanade ; con administrados mansos como corderos.....

— Corderos que cometen crímenes, dijo Raynal.

— ¡ Crímenes ellos ! Pero señor fiscal este hombre se ha suicidado, Vd. se toma mucho trabajo por.....

— Señor alcalde, contestó Raynal severamente, yo soy el solo juez de mi conducta, y le dispenso á Vd. de la tarea de comentarla. En cuanto al hombre de que hablamos, esperaré el dictámen del médico para decidirme. Además, es un hecho el suicidio, y el suicidio ¿no es acaso un crimen?

De pronto se detuvo.

— ¿Qué ruido es este? preguntó.

— ¿Qué ruido?

— ¿El que se oye por aquel lado?

— ¡Ah! en el armario, dijo tranquilamente el alcalde. No es nada, se baten.

— ¿Quién se bate? ¿qué contiene este armario?

— Son atributos de la alcaldía, señor fiscal....

Las banderas de todos los colores y de todas las épocas, gorros frijios, flores de lís de carton y de zinc, gallos galos, águilas y sobre todo una magnífica coleccion de bustos de yeso; Luis XVI, María Antonieta, Robespierre, Murat, el Directorio, Bonaparte, Napoleon I, Luis XVIII, Carlos X, Luis Felipe, el general Cavaignac, el príncipe Napoleon presidente, Napoleon III emperador, Trochu, M. Thiers

— Basta, basta, señor alcalde, conozco la historia... ¿y por qué guarda Vd. todo esto?

Para la instruccion moral y política de la juventud del país, señor sustituto. Dos veces al mes, el maestro de escuela, conduce aquí á los alumnos; abre el armario de pár en par y dice: « Queridos alumnos, hé aquí el panteon del municipio. Hé aquí las glorias de la Francia. Porque estos individuos han recibido más ó ménos los nombres de salvadores ó de muy amados... y ahora están obligados á ocultarse en un armario. *Sic transit gloria mundi*... Que su vista os enseñe á desconfiar de la popularidad y de los honores que os aguardan seguramente en el mundo. Pero, al mismo tiempo respetad todos estos yesos, desempolvadlos con ardor; quizás los necesitaremos un dia. Este viejo busto cubierto de telarañas está quizá destinado á salir otra vez del armario y á recobrar su sitio en la sala de la alcaldía. El municipio no es rico; no puede comprar nuevos bustos cada dos ó tres años; es necesario que se contente con los que tiene; por fortuna poseemos una coleccion completa. » Este pequeño discurso es mio, señor fiscal; se lo he hecho apren-

der de memoria á los distintos maestros de escuela que hemos tenido, y éstos lo repiten á sus alumnos.

— Le felicito á Vd., señor alcalde, es Vd. un filósofo.

— En política, sí, lo confieso señor fiscal, no tengo pasiones.... pero en la vida privada, en la vida doméstica, me desquito... ! Ah! las mujeres señor fiscal!

— Sea Vd. prudente, señor alcalde, su secretario le escucha.

— No tengo necesidad de ser reservado con él, me conoce!... ! Ah! oigo los gendarmes.

— ¡ Tanto mejor! dijo Raynal recobrando su aire solemne. Van á entregarme el informe que esperaba.

— Enseguida, dirijiéndose al gendarme que permanecía respetuosamente en el dintel de la puerta le dijo :

— Acérquese Vd.

El gendarme depositó sobre el escritorio una carta que Raynal se apresuró á abrir.

— Ninguna huella de golpes ni de heridas, murmuró enseguida con los ojos fijos en el dictámen

facultativo, ninguna violencia... Esta muerte sólo puede ser atribuida á un suicidio.

— ¡ Por supuesto! dijo Fourcanade triunfante.

El sustituto se habia levantado, digno, frio, y aproximándose á su escribano le dijo :

— Añada Vd. esta pieza al proceso verbal y partamos. No valía la pena de incomodarnos para esto.

— Pero no soy yo quien le ha llamado á Vd., señor fiscal, replicó el alcalde, Vd. ha querido venir. En mi municipio no hay trabajo para Vd. se lo repito, todas son personas honradas, verdaderos corderos.

En el momento que pronunciaba estas palabras resonó una detonacion.

— ¿Qué es eso? dijo Raynal levantando bruscamente la cabeza... ¡ Un disparo!

— En la direccion del castillo, añadió el alcalde, sorprendido. Nadie caza á tales horas.

— ¡Entónces es un asesinato! exclamó el fiscal.

Y dirigiéndose á un gendarme añadió :

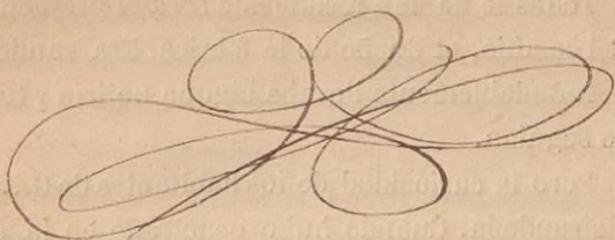
— Corra Vd. á ver lo que ha sucedido, y dirigiéndose á Fourcanade le dijo irónicamente :

— ¡Eh! ¡eh! señor alcalde, este municipio modelo... ¡estos corderos!

— ¡Dios mio! dijo el desgraciado Fourcanade, esta vez algo turbado, es quizás un accidente, un simple accidente. Un cazador que habrá descargado su fusil al regresar á su casa.

— A las diez de la noche en invierno, no es verdad? para asustar á todo el país, contestó Raynal. Si esto fuera así, debería Vd. haber elevado ya proceso verbal contra ese cazador. Pero algo me dice que se trata de un hecho grave... ¿Qué rumor es ese?





XVIII

La aldea de G.. parecia en efecto haber salido de su entorpecimiento y su soñolencia. Aquella detonacion, estallando de repente en medio de la noche, con aquel tiempo de nieve en que son más perceptibles todos los ruidos, y en aquel país de montañas en que el eco los repite hasta lo infinito, habia puesto en movimiento á todos los habitantes. Los que aún no estaban acostados salian de sus casas y se dirigian, como sucede siempre en estos casos, á la plaza del pueblo.

Se interrogaban, hablaban y discutian, cuando un hombre, atravesando á grandes pasos la plaza, pasó entre los grupos dirigiéndose á la alcaldía.

Todos le habían reconocido : era el propietario del castillo, el dueño de la fábrica. Era Vandelle.

Indudablemente llevaba alguna noticia y todos le seguían.

Pero la curiosidad de los habitantes de G... fué defraudada. Cuando hubo penetrado en la sala en que estaban reunidos, el sustituto, el alcalde y el escribano, Vandelle se adelantó hácia Raynal y manifestó el deseo de quedar solo con él.

— Es justo lo que pide, dijo el sustituto; que todo el mundo se aleje. Vd. también, señor alcalde, Vd. también... y vigile Vd., se lo ruego, su municipio modelo, añadió irónicamente, mientras yo me ocupo aquí de los crímenes que se cometen.

Fourcanade cuya curiosidad se había despertado creyó que debía obedecer y se alejó como sus administrados.

Vandelle se quedó solo en presencia de Raynal y del escribano que recojía los papeles esparcidos encima de la mesa.

— Está Vd. descompuesto señor Vandelle, dijo el fiscal cuando la puerta estuvo cerrada, está usted pálido, parece Vd. agitado. ¿Es, pues, grave lo que tiene Vd. que decirme? Veamos...

— Debo hacer una declaracion.

— ¿Al magistrado?

— Sí, al magistrado.

— ¡Ah! ¡es diferente!

Y con un gesto indicó al escribano que iba á retirarse que se quedara, se sentó de nuevo, y cruzando los brazos dijo :

— Hable Vd., caballero.

— Se ha cometido un homicidio en mi casa.

— ¡Un homicidio! ¡un homicidio! repitió Raynal; ¿y en la persona de quién?

— En la persona de mi esposa.

— ¡Cómo! ¿La señora Vandelle? Explíquese usted, aprisa, caballero. El magistrado debe proceder con orden y con calma, pero el amigo tiene el derecho de conmoverse. ¡Cómo! ¡la señora Vandelle!... Y ¿quién sospecha Vd. que ha cometido el crimen? ¿Quién?

— ¡Yo! dijo Vandelle en voz baja.

— ¿Qué dice Vd.?

— Digo que he sido yo quien ha muerto á mi mujer, murmuró.

— ¡Usted! ¡es imposible! ¿Y por qué? ¿Qué ha pasado?

Vandelle contestó con voz temblorosa, dirijiendo en torno suyo miradas extraviadas :

— ¡Estaba enamorado! ¡estaba loco!... ¡Ah! ¡cuanto me ha hecho sufrir!

— ¿La señora Vandelle?

— ¡Qué! ¡Cómo! la señora Vandelle... exclamó él sorprendido, como si no se tratase de su mujer.

Despues, más tranquilo, añadió :

— Es natural... Vd. lo quiere saber todo... Pues bien, he recibido en mi casa hace dos meses á un jóven, Olivier Deschamps, un amigo, un compañero de infancia de mi mujer... se han criado juntos... Ella se empeñó en que lo colocase en mi casa... Me habia hecho entrever... ¿qué sé yo? Hé dicho que estaba loco.

— Continúe Vd., dijo el fiscal y vamos al desenlace... Más tarde entraremos en los detalles, más tarde... ¿Qué ha pasado esta noche?

— ¿Esta noche? Esta noche... tuve con ella una escena desagradable... me habia dicho que partiria... Yo la veia perdida para siempre para mi... y ya le he dicho á Vd. ¡la adoro! ¡la adoro!

— Procure Vd. recobrar su calma, caballero. Decia Vd. que esta noche la señora Vandelle...

— ¡Ah! sí... la señora Vandelle atravesó e salon en que yo estaba... parecia ocultarse... salió al parque... la seguí. Se dirigió al pabellon que habita Olivier Deschamps... Me deslize en la espesura... ella entró... Olivier salió á recibirla y la hizo entrar... Estaban el uno al lado del otro; hablaban en voz baja... Entónces me acordé de lo que ella me habia dicho... de lo que me habia prometido... No pienso más que en mi amor, en mi pasion... monto la escopeta que tenia en la mano... hago fuego... oigo un grito terrible... huyo... y vengo aquí á entregarme.

Raynal miró al escribano, que comprendió el pensamiento de su jefe y con los ojos designó un Código abierto que habia encima de la mesa. Para aquellos dos hombres de ley, el asunto, tal como se presentaba, perdía una gran parte de su gravedad: Vandelle estaba protegido por el Código penal en el artículo de las exenciones.

Pero su declaracion no bastaba; debia abrirse una instruccion formal y el sustituto se decidió á trasladarse inmediatamente al lugar del crimen.

Se pusieron en camino en dirección al castillo. El fiscal marchaba á la cabeza con el escribano, el alcalde detrás con su adjunto, y Vandelle les seguía, pálido, abatido, taciturno y vacilante.

Los gendarmes habían recibido la orden de dejarle en libertad, sin perderle de vista, y cumplían concienzudamente su deber, cuidando al mismo tiempo de mantener á distancia á los habitantes de G... que procuraban confundirse con el cortejo.

Tenia algo de siniestra aquella fila de hombres, marchando silenciosamente, en aquella noche sombría, sobre un camino cubierto de nieve.

Varias tentativas de Fourcanade para entablar conversacion con Raynal habian sido inútiles; el jóven magistrado sumido en sus reflexiones permanecia insensible á todas las insinuaciones del alcalde. Dos corrientes de ideas opuestas chocaban en aquel momento en su espiritu : por una parte, el magistrado en los comienzos de su carrera, feliz por ser llamado á instruir un proceso que le pondria en evidencia, no podria dejar de sentir que Vandelle, en aquel caso, estuviese legalmente exento de responsabilidad ; por otra parte, el hombre honrado, el hombre de corazon, que se encuentra siempre en Francia detrás del magistrado, se sentia tentado á declarar inocente á uno de sus semejantes y se alegraba de encontrar tan sólo un desgraciado, en donde habia creido al principio encontrar un criminal.

Cuando la comitiva llegó á la verja del parque, se dirigió directamente al pabellon habitado por Olivier Deschamps.

Los criados y los obreros de la fábrica vagaban por el parque ó formaban grupos cerca de la casa; una gran animacion reinaba en todas partes.

Miéntras Vandelle se quedaba cerca de la puerta entreabierta, con los gendarmes y los habitantes de G..., el sustituto, seguido del escribano y del alcalde penetró en el salon del piso bajo.

Una lámpara y algunas ramas secas que acababan de echar en la chimenea, iluminaban apénas el gran aposento y las personas que en él estaban reunidas.

En el fondo, en frente de la puerta de entrada, un grupo compuesto de Olivier Deschamps, de algunos criados y de un médico que habia venido á toda prisa de Montrejeau, rodeaba el divan en que reposaba la víctima de Vandelle.

Raynal despues de haber mirado á todos los ángulos del aposento, se dirigió hácia el grupo. Pero Olivier salió á su encuentro.

— ¿Viene Vd., sin duda, dijo con acento animado, á poner al asesino en presencia de su víctima?

— Caballero, contestó el sustituto con voz severa, le invito á Vd. á no servirse de epítetos que yo mismo no me atreveria á emplear. La palabra asesino no está bien en su boca, puesto que ha sido Vd. el cómplice de esta desgraciada mujer,

usted ha armado á su marido contra ella y Vd. ha sido la causa principal de este drama terrible.

Más dueño de sí, pero alzando la voz para que todo el mundo lo oyese, Olivier replicó :

— Comete Vd. un gran error, caballero, pero tiene esplicacion. Vd. no ha oido hasta ahora más que al señor Vandelle... El ha creido ver que su esposa salia del castillo y se dirijia al pabellon que yo habito; se ha dicho enseguida y sin preguntarse si ella venia simplemente á despedirse de un amigo de la infancia que partia al dia siguiente : « Es culpable y voy á matarla..., matarla para reconquistar mi libertad y poder vivir con la que amo... » El no ha tenido en cuenta la honradez ni la pureza de su esposa, que debian preservarla de toda sospecha, ni de los desdenes sufridos, que habrian bastado para justificar á la desgraciada, y deliberadamente, sin cólera quizás, seguramente sin celos, se ha hecho asesino !

A su vez, Raynal alzó la voz :

— Le repito á Vd., caballero, que no tiene Vd. el derecho de ser tan severo con un hombre al cual usted ha ultrajado... el papel de acusador no le pertenece.

— ¡Sea! caballero, replicó Olivier. No acusaré más, es ella quien acusará.

Y al decir estas palabras se lanzó hácia el grupo formado en el extremo del salon, cojió del brazo á una persona arrodillada delante del diván, la condujo hasta el sitio donde estaba Vandelle y colocándola en frente de este, exclamó :

— ¡ Mira, asesino !

Vandelle lanzó un grito de espanto : Enriqueta, á quien creia haber asesinado, se levantaba delante de él como un espectro.

XX

El jóven fiscal, á pesar de sus esfuerzos para no parecer sorprendido por los acontecimientos que pudiesen sobrevenir, no pudo en aquella circunstancia disimular su sorpresa.

— Entónces, dijo señalando á Enriqueta, esta señora no estaba aquí en el momento...

— Esta, señora, dijo Olivier interrumpiéndole, estaba en su cuarto cuando ha resonado el disparo..... sus criados la han encontrado en él, le han dado cuenta del crimen y ella ha querido seguirles para prodigar sus cuidados á la moribunda.

— ¿Quien es pues la victima... la persona á

quien todos rodean y que yo no he podido ver aun? preguntó Raynal.

— Es Clara Meunier, contestó Olivier, ó mejor dicho Esther Sandraz, la antigua querida de Vandelle! Sí, la que él habia abandonado, y engañado, se ha introducido en esta casa en calidad de institutriz y con un nombre supuesto... Quería vengarse de él, hacerle sufrir, por que él la amaba todavía... Quizás ella tambien le amaba y pensaba en ocupar el sitio de la mujer lejítima, y en arrojarla de aquí. Pero desarmada por la señora Vandelle, por su lealtad, por su franqueza, y por su caracter bondadoso, ha renunciado á sus designios, ha comprendido todo el horror de su conducta... Y esta noche, sabiendo que yo me marchaba, y temiendo que Enriqueta, mi amiga de la infancia, mi hermana, quisiera despedirse de mí, temiendo una violencia, una sorpresa de Vandelle, se ha decidido á prevenirme. Engañado por el abrigo que ella habia tomado precipitadamente en el vestibulo del castillo, Vandelle ha creído que era su esposa, la ha seguido hasta este pabellon y miéntras ella me hablaba, miéntras se confesaba, pidiendo perdon á Dios de su

conducta, él ha disparado cobardemente sobre ella.

— ¿Y ha muerto? preguntó Raynal.

— Nó, pero el médico desespera de salvarla y hace una hora que ha perdido el conocimiento.

— Entonces es un crimen... ¡Tengo al fin un verdadero crimen! murmuró el jóven sustituto. Al mismo tiempo se acercaba á los gendarmes, y les daba en voz baja la órden de apoderarse del asesino.

Vandelle comprendió sin duda aquella orden, por que en el momento en que los gendarmes iban a apoderarse de él, dió un salto hácia atrás, atravesó el umbral, rechazó á las gentes agrupadas delante del pabellon, se lanzó al parque, y protegido por la noche, desapareció.

Entonces, por un movimiento unánime y espontáneo, los aldeanos y los criados, reunidos delante del pabellon, emprendieron la persecucion del fugitivo. El hombre tiene siempre instintos de cazador, se resiente de su primer origen : corre detrás de todo aquel que huye. Se acuerda de los tiempos primitivos en que, desnudo, sin

armas, desprovisto de todo, luchaba en agilidad con los animales necesarios para su subsistencia. Hoy no corre ya detrás de la res, pero arrastrado por un impulso irresistible, se lanza á la persecucion de su semejante, á la primera ocasion que se le presenta. Si, en nuestras calles, ó en nuestros boulevards, un hombre corre, enseguida diez, veinte, treinta personas, cuyo número va siempre en aumento, corren detrás de él, sin saber por qué, por necesidad de correr, por instinto de caza.

Pero además de su instinto natural, los habitantes de Montrejeau, obedecian á otras influencias: Vandelle no era querido en el país. Le encontraban indiferente para los intereses del pueblo, poco benéfico, duro y violento; le odiaban por haber desdeñado tanto tiempo á su país, y por que al volver á él, no seguia las huellas caritativas de su padre. Adoraban, al contrario, á Enriqueta de Loustal, á la que habian visto pequeña, á la que habian conocido siendo niña y despues joven, y que convertida en mujer, se habia mostrado siempre de una caridad inagotable.

Y era la hija del país, la que los viejos guia-

habian llevado en sus brazos en otro tiempo por la montaña, la que el aldeano veía todos los domingos en la iglesia, piadosa y recojida, la que su marido habia intentado matar, salvándose por milagro! Querian vengarla, querian castigar á Vandelle, por sus desdenes, y por su orgullo, y corrian detrás de él febrilmente, furiosamente.

Pero la noche era oscura y podia desaparecer. Entonces se proveyeron de linternas, encendieron esas antorchas de abeto que se usan en la montaña, se dispersaron en todas direcciones, procurando formar un círculo en torno del fujitivo; se organizó enfin, una batida en regla. El tambor de la aldea, hacia resonar sus prolongados redobles, y el sacristan de la pequeña iglesia de G... despertado y sobresaltado por los gritos, creyendo que ocurría un incendio, echó las campanas al vuelo. Esta cacería de un hombre, en aquella noche, sobre aquella nieve, iluminada por tantas luces dispersas, en medio de todos aquellos gritos, de todos aquellos ruidos, era lúgubrementemente pintoresca, entre tanto en el gran salon Luis XIII, Enriqueta de rodillas, oraba por Esther Sandraz.

XXII

Vandelle habia desaparecido. ¿Se habia refugiado en un asilo ignorado de todos? ¿Habia logrado ganar los primeros eslabones de la montaña? ¿Yba á escapar á la persecucion?

Empezaban á perder la esperanza de cojerle, cuando se oyeron grandes gritos, hácia el lado de la estacion de Montrejeau. Eran los empleados del camino de hierro que señalaban al fugitivo á los grupos dispersos en los alrededores.

Entónces los aldeanos llegaron por todos lados, el círculo disminuyó, y Vandelle quedó encerrado en más estrechos límites. No podia ya tomar ninguna direccion sin encontrar á un enemigo y

al mismo tiempo, las antorchas reunidas en un solo punto, le iluminaban con sus reflejos rojos y humeantes.

Se le veía con su traje de caza, sus largas polainas, alto, con sus anchas espaldas, corriendo siempre en línea recta delante de él, destacándose sobre la nieve su poderosa figura.

Parecía estenuado y sus rodillas flaqueaban.

Los que le habían visto pasar cerca de ellos sin atreverse á detenerle en su carrera, dijeron al día siguiente, que habían oído su respiración sofocada y los ronquidos que salían de su pecho anhelante, y afirmaban que gesticulaba corriendo, hablaba en alta voz y gritaba como un loco.

Quizás se había apoderado de él la locura, después de todas las emociones de aquella noche, al verse ojeado, perseguido como una fiera y con la idea fija de que él era el asesino de Esther, de Esther á quien adoraba.

De pronto, como los locos, que interrumpen su marcha y vuelven sobre sus pasos, se detuvo bruscamente, dirigiendo miradas despavoridas en torno suyo.

Hubieran podido en aquel momento, apode-

rarse de él y atarle ; pero no se atrevieron, porque les asustaba con su aspecto amenazador y terrible. El círculo ensanchó en vez de estrechar ; todos aquellos hombres reunidos, armados de escopetas, hoces y largos bastones de ferradas puntas, tenían miedo ante aquel hombre desarmado.

Él miraba en dirección del castillo, procuraba sin duda descubrir, en la oscuridad de la noche, el pabellon en que espiraba Esther. Quizás pensaba en atravesar los grupos que le rodeaban, entrar de nuevo en su casa, en su parque, correr al pabellon, penetrar en el salon del piso bajo, ver por última vez á Esther y morir á su lado.

Pero la multitud se hacia más compacta, todos los grupos aislados se habian reunido ; los tímidos se habian fortificado al lado de los valientes ; los guias de la montaña, esos inconscientes del peligro avanzaban en pequeños grupos, paso á paso, unos detras de otros, sin prisa pero sin miedo, como en los dias de las ascensiones peligrosas.

Vandelle recobró por un instante la razon, comprendió que iban á apoderarse de él, para entre-

garle á la justicia como un asesino, que no le dejarían ver á Esther y que habria hecho una tentativa inutil. Entónces, retrocedió y emprendió de nuevo su furiosa carrera, esta vez en direccion al Garona.

XXIII

Seguia ahora el camino que conduce desde la estacion al puente de Montrejeau. Ya sea que estuviese resuelto á huir desafiando todos los peligros para lograrlo, ya que el suicidio se le apareciese como el solo refugio posible y que quisiese morir sin demora, corrió con más vigor que ántes, sin mirar atrás, sin inquietarse por los gritos, avanzando por el centro del camino á igual distancia de los árboles y de las casas.

En breve entró en el puente.

Pero no debia recorrerle por completo.

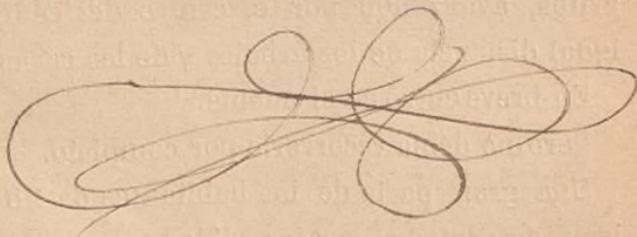
Una gran parte de los habitantes de Montrejeau, despertados por los ruidos que subian del

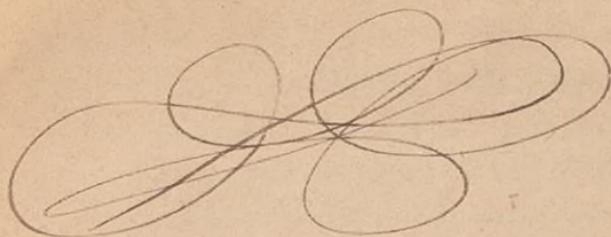
llano, habian abandonado las cimas de su aldea, para dirijirse al puente, formando en uno de sus extremos una masa compacta que el fugitivo no podia atravesar.

Vió tambien al volverse que no podia retroceder : todos los que le habian perseguido hasta entónces, estaban reunidos en un solo grupo sobre la ribera occidental y cerraban el otro extremo del puente.

Estaba prisionero, debajo de él, á derecha é izquierda el Garona ; detrás y delante la multitud hostil, amenazadora, rugiente.

Entónces, cercado por todas partes, perdido, loco, desesperado quizás, se lanzó hácia el pretil del puente, subió á él y despues de haber dirijido una última mirada al horizonte, se precipitó en el rio.





XXIV

Al día siguiente, al rayar el alba, se encontró su cadáver á dos kilómetros de Montrejeau ; la corriente lo había arrastrado toda la noche sobre los guijarros, destrozándole contra las rocas que encontró en su curso.

El fiscal acudió acompañado del alcalde y de dos gendarmes, para hacer constar la defunción. Cumplida esta formalidad, Raynal murmuró estas palabras : « He encontrado al fin un crimen, pero no tengo criminal. »

El mismo día, un cirujano de Tolosa llamado por telégrama, después de haber estudiado con detenimiento las heridas de Esther Sandraz, declaró que quizás podría salvarla.

Esta esperanza no ha salido fallida. La ciencia quirúrgica ha conseguido una nueva victoria : Esther está hoy curada.

Enriqueta ha sido su enfermera, con una abnegacion á toda prueba, como una verdadera hermana de la caridad. Pero no se dá por satisfecha : despues de haber curado el cuerpo, quiere purificar el alma y todo hace creer que lo conseguirá.

.
.
.

En las elecciones que han seguido al 16 de

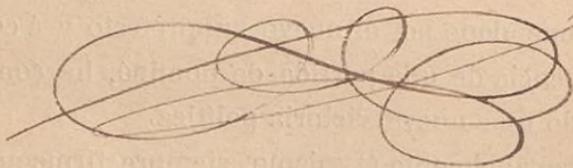
mayo, Fourcanade, gracias a varias carambolas afortunadas, ha conseguido hacer triunfar la candidatura oficial. Pero habiendo sido invalidado su diputado, todas sus simpatías se han manifestado instantáneamente, por un republicano recomendado por el nuevo subprefecto y á consecuencia de una partida de dominó, ha conseguido una nueva victoria política.

Probablemente él mismo, siempre firme en el poder, aferrado á todos los gobiernos, eternamente ceñido de su vieja banda, casará dentro de algunos meses á Olivier Deschamps con Henriqueta de Loustal.

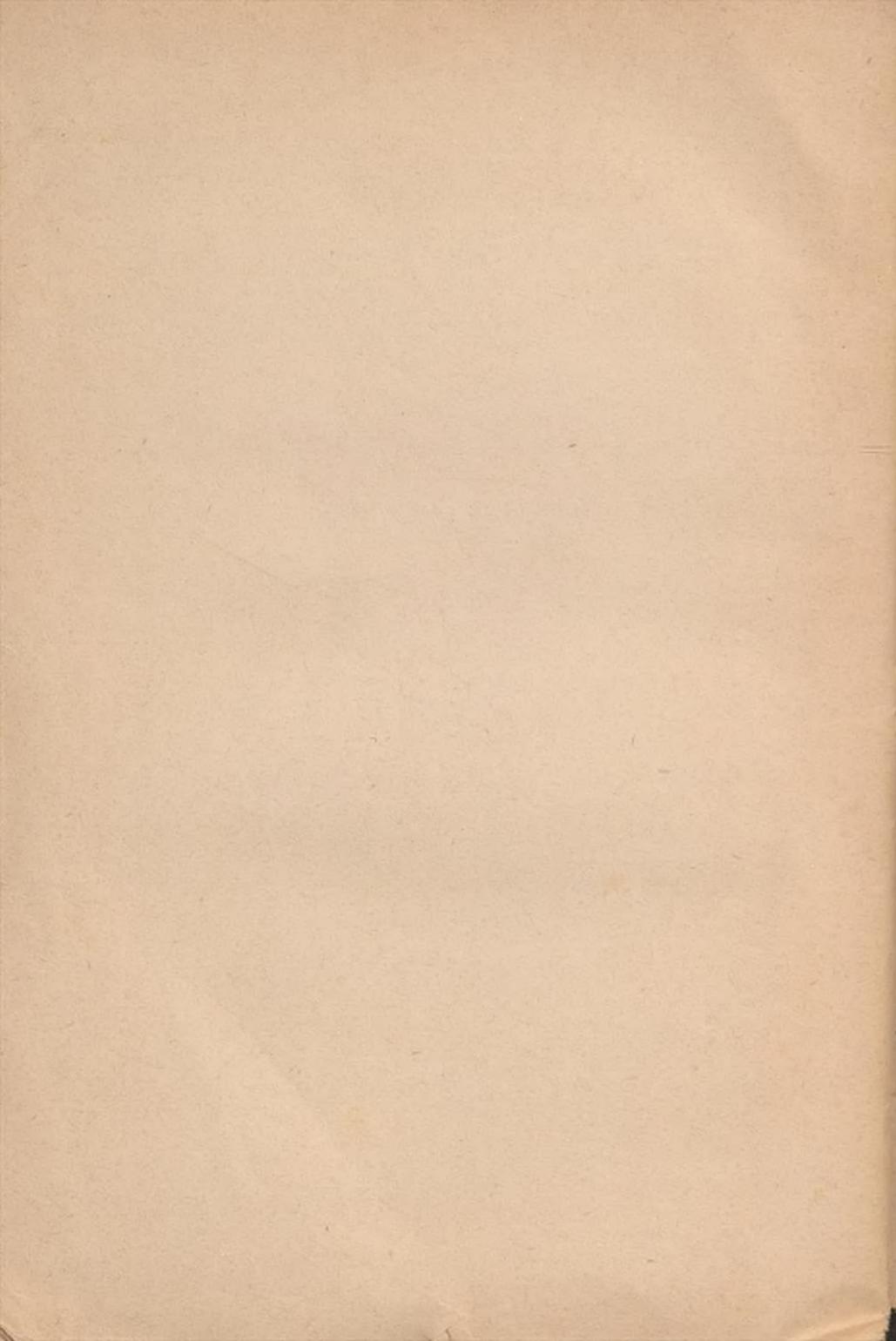
FIN.

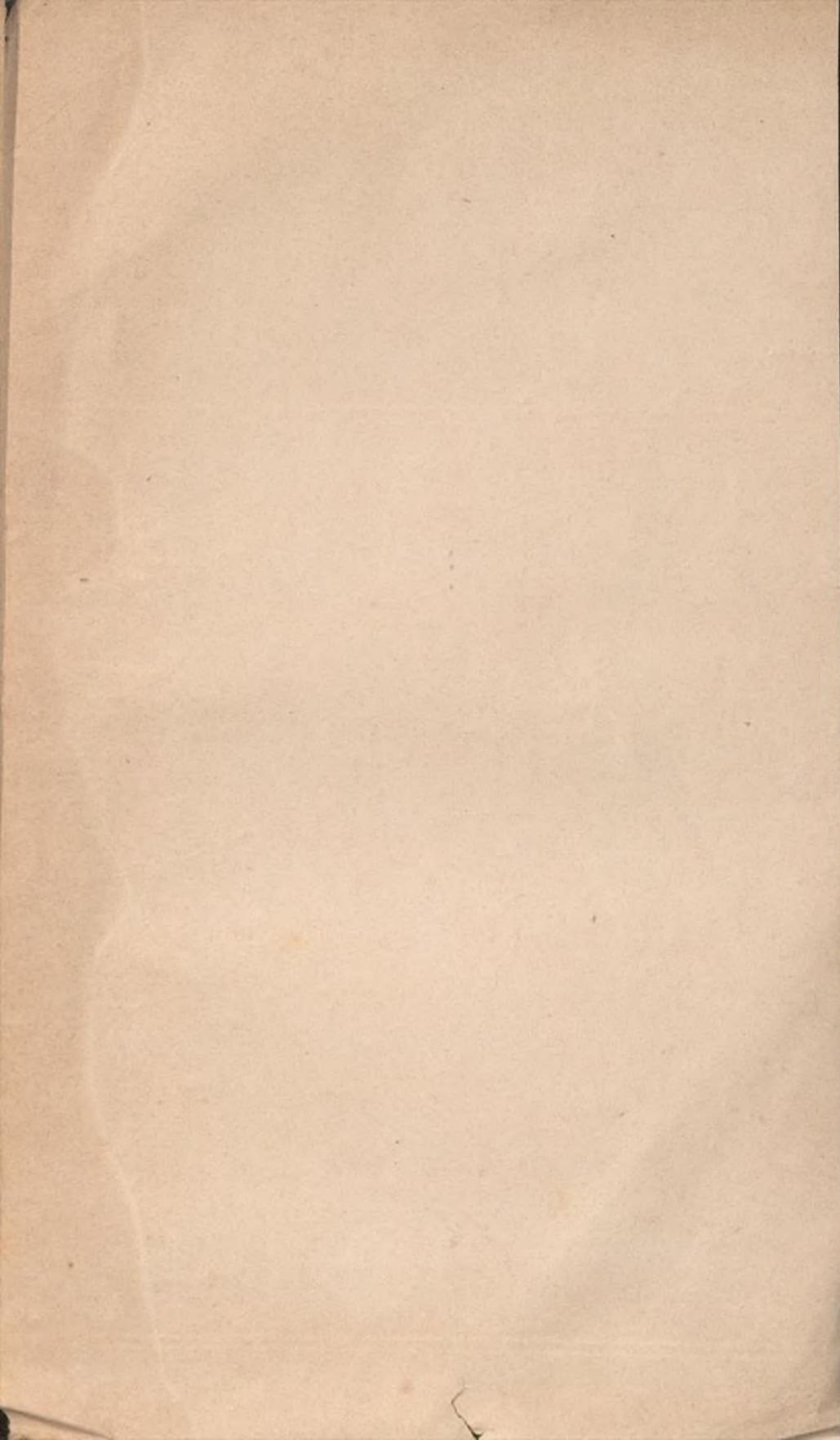
Madrid Dto. 12 de Mayo 1876

Victoriano Suarez



21506. — TYP. A. LAURE. PARIS







Labure, calle de Fleurus, 9, Paris.